

Selección RNR

Robin Scoresby

BACKSTAGE LOVESTORY



B

Romance Actual

Backstage lovestory

Robin Scoresby



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para Jorge.
Thank you for being with me
when I needed you so badly.*

PRIMER ACTO

ESCENA I

Inés

El sonido de los pupitres y las sillas arrastrándose por el suelo eclipsó el del timbre. La profesora, rindiéndose ante la algarabía del final de las clases, cerró su libro y se despidió en voz alta, sin saber si sus alumnos la escuchaban.

—No olvidéis la redacción —añadió, aunque la puerta ya se había abierto y algunos chicos estaban en el pasillo—. Para el lunes, sin falta.

Al otro lado del aula, Inés la había escuchado. Asintió, ofreciéndole una sonrisa a la profesora cuando esta la miró. No se olvidaría de la redacción porque lo había apuntado en su flamante agenda roja, que mamá le había regalado a principio de curso. Inés la llevaba a todas partes.

Mamá tenía una igual, pero de color negro. Iba en su bolso siempre, con un bolígrafo azul. Papá, en cambio, no soportaba las agendas. Se le olvidaba que las tenía, hasta el punto de encontrarlas, ya avanzado el año, envueltas todavía en el plástico protector que traían de la tienda. Él organizaba su tiempo pegando *post-its* de colores en la puerta de la nevera, en las carpetas que llevaba al trabajo, en las tapas del libro que estuviera leyendo en ese momento. No utilizaba bolígrafo, sino una pluma estilográfica. Inés sí utilizaba bolígrafos, que le quitaba a mamá.

Por lo demás, se parecía más a él que a ella, o eso pensaba. Mamá trabajaba en una galería de arte; se le daban bien las personas, trabajar por su cuenta y los números. Papá era un desastre a la hora de tratar con individuos en las

tareas cotidianas; cuando estaba en medio de un proyecto, este le impedía pensar en nada más. Se hacía un lío para pedirle al butanero el número de bombonas correcto, olvidaba la hora de las citas del dentista y necesitaba la ayuda de Inés para describirle bien al técnico qué era lo que fallaba en el ordenador. Dentro de su ámbito de trabajo, en cambio, se explicaba muy bien. Sabía dirigir a su equipo en la dirección correcta y había aprendido a valorar las diferentes aptitudes de cada uno de los miembros de este para ayudarles a llegar más allá de lo que ellos se creían capaces. A Inés le gustaba compartir pasiones con él, y por eso se había apuntado a clase de ballet. Tanto a papá como a mamá les encantaba asistir a sus muestras de final de curso, pero así como a ella le entusiasmaba ver a su hija en acción, él disfrutaba de la danza en sí. Era capaz de verla ensayar y hacer críticas constructivas, viéndola como a una artista y no como a su hija. Inés siempre estaba deseando mejorar.

Había aprendido enseguida que, si quería algo, tenía que esforzarse para conseguirlo. Lo aplicaba a todos los aspectos de su vida. Fuera del colegio y de clase de ballet, enfocaba con esa mentalidad su vida social. Por eso, cuando Pablo y sus amigos le propusieron una prueba para pasar a formar parte de la pandilla, estuvo más que dispuesta a superarla.

—Es una búsqueda del tesoro —le había explicado Lucas, el mejor amigo de Pablo—. Aquí tienes la primera pista.

Inés se había pasado la semana corriendo de un lado a otro, siguiendo las indicaciones que la pandilla había ido colocando por todas partes. La segunda pista estaba en los vestuarios de la cancha de deportes, la tercera en la conserjería, la cuarta en uno de los árboles del paseo que llevaba al parque de la ciudad, la quinta en uno de los columpios, la sexta en el portal de la casa de Lucas y Selena, que eran hermanos. Poco a poco las había ido reuniendo todas.

—Son siete —le reveló Selena, animándola—. En la última viene una contraseña. Si nos la dices, pasarás a formar parte de la pandilla.

Ella quería que Inés lo lograra porque solo eran dos chicas en el grupo y, con la nueva adquisición, lograrían igualar el número de chicos. Eran sin duda la pandilla más interesante del curso, porque las demás giraban siempre en torno a alguna actividad. Estaban los que jugaban al fútbol, los del baloncesto, los miembros del coro, los locos de los videojuegos y los que no dejaban de

jugar a la botella. A Inés no le interesaba ninguna de estas cosas. En cambio, Pablo le gustaba mucho, y unirse a su grupo de amigos era la mejor forma de estar cerca de él. Quizá hasta podría hacerse amiga de Selena. Inés no tenía mejor amiga, porque todavía no había encontrado a la persona adecuada.

—Hoy la encontraré —le aseguró a Selena—. Después del colegio.

La sexta pista decía: «Para la siguiente pista encontrar, muy lejos habrás de buscar. Donde estuvieron construyendo, pero se fueron corriendo, donde ahora reinan las sombras y un fantasma gasta bromas a aquellos que se atreven a entrar: allí la séptima pista con suerte encontrarás».

Inés estuvo pensando en ello toda la tarde, en casa. Cuando Nina, su hermana, apareció tambaleándose y se apoyó en el quicio de la puerta de su cuarto, ella se levantó y echó a la niña al pasillo.

—¡Mamá, la fiera se ha escapado! —gritó antes de cerrar la puerta.

No podía permitirse ninguna distracción. ¿Qué lugar había sido abandonado aunque habían estado construyendo en él? Se le ocurrió una antigua obra que había un par de manzanas detrás del colegio. Iba a ser un hospital, pero la habían abandonado ya hacía muchos años. Sin embargo, era imposible que los demás hubiesen escondido allí la última pista. ¿Cómo podían haber entrado? Todo el lugar estaba rodeado por una alta valla. Tampoco es que hiciera falta, porque nadie quería entrar: corría el rumor de que si la construcción había sido abandonada era debido a la presencia de un fantasma, una anciana mujer cuya habían derruido para hacer sitio al hospital.

Inés revisó la nota. Sin duda, la descripción parecía cuadrar con la obra. Allí reinaban las sombras, incluso mencionaba el fantasma. ¿Era posible que Pablo y los demás hubiesen entrado allí pese a todo?

Incluso sin detenerse a pensar en ello, Inés intuía que papá y mamá tendrían algo que objetar a que ella se reuniera con sus amigos aquella tarde para alcanzar la última pista. Ellos no entenderían lo importante que era para ella salvar ese último obstáculo, sobre todo cuando ya había conseguido hacerse con todas las demás y le quedaba tan poco para superar la prueba.

Salió al salón. Papá estaba en la cocina y mamá en el cuarto de Nina, jugando con ella. Inés pudo caminar de puntillas hasta el teléfono inalámbrico y llevárselo a su habitación sin que nadie la viera. Llamó por teléfono a Selena.

—Ya sé dónde está la última pista —comunicó—. ¿Tengo que ir sola a buscarla?

—No, no —susurró Selena, en tono confidencial—. Iremos todos. Así, cuando la consigas, podremos ir a celebrarlo. Yo avisaré a los demás y nos veremos allí mismo, si es verdad que sabes dónde es...

—Sí, sí lo sé —insistió Inés, vehemente.

—¿Quieres que les diga a mis padres que si te puedes quedar a dormir en mi casa? —preguntó Selena, con ilusión—. Así podemos quedarnos todo lo tarde que queramos y a lo mejor pedir una pizza. Para celebrarlo, digo.

—Eso si encuentro la pista —añadió Inés, aunque estaba sonriendo de oreja a oreja, saboreando ya el triunfo.

—Seguro que lo vas a conseguir —adelantó Selena—. Un momento.

Preguntó a sus padres y, como ellos dijeron que sí, quedaron en verse a las siete y media en el escondite de la séptima pista. A esa hora podrían estar todos, incluyendo a Pablo, que tenía clase de guitarra por la tarde.

Inés colgó el teléfono y corrió a la cocina. Papá estaba haciendo filetes empanados.

—¿Puedo ir a dormir esta noche a casa de Selena? —preguntó.

Él la miró y se detuvo un momento para limpiarse las manos en el delantal y apartarse el cabello de la frente. Fruncía el ceño.

—¿Quién es Selena?

—Selena —Inés puso los ojos en blanco—. Mi amiga.

—¿De tu clase?

—Sí, claro —respondió ella, alargando la última palabra.

—¿Les ha preguntado a sus padres? Bueno, no veo por qué no vas a poder ir. ¿Quieres que te lleve en coche?

—No hace falta —Inés entró en la cocina y abrió la despensa para sacar un puñado de galletas—. Voy a ir con ella y unos amigos a comer pizza primero. —Advirtió la mirada de papá, así que se apresuró a añadir—: Todos son del colegio, papá. Ya sabes, Pablo, Selena... De verdad, es increíble que no te sepas los nombres de mis amigos.

Aquello era un farol, pero ella sabía que funcionaría con papá. Él se encogió de hombros.

—Bueno, no te olvides del móvil y mándame un mensaje cuando estéis en

casa de Selena, ¿vale?

De vuelta en su cuarto, Inés guardó en la mochila las galletas, una linterna y su móvil. La tarde se hizo interminable hasta que, por fin, dieron las siete e Inés se echó la mochila al hombro y se dirigió a la puerta.

—¡Me voy con Selena!

—Hasta luego —gritó mamá desde el cuarto de Nina.

—Pásalo bien —le deseó papá.

El autobús la dejó en la calle del colegio y solo tuvo que andar unos minutos hasta la construcción. El corazón le dio un vuelco de alegría al darse cuenta de que allí, frente a la valla, esperaban los cinco que, contándola a ella, pasarían a ser seis.

—¡Ya casi lo tienes! —celebró Lucas.

—Ánimo —añadió Selena.

Pablo no dijo nada, pero Inés pudo observar con satisfacción que estaba sonriendo.

Caminó junto a la verja y no tardó en encontrar un agujero en ella, seguramente el mismo por el que habían entrado ellos para esconder la pista. Lo cruzó, agachándose. Uno de los alambres se enganchó en el hombro de su sudadera, pero se liberó de un tirón. Ya estaba dentro.

Había oscurecido ya, así que abrió la mochila y sacó la linterna. El haz de luz era débil, pero ayudaba a examinar el suelo. El solar estaba lleno de maleza, latas y basura que la gente tiraba por encima de las rejillas. Inés avanzó con cuidado hacia el esqueleto del edificio. Se veía la estructura de hormigón, así como los suelos desnudos. Cuando atravesó el umbral de la puerta, descubrió que también allí dentro había basura. Estaba claro que no eran los primeros en encontrar aquel hueco en la verja.

Sus pasos resonaban a medida que se adentraba en la oscuridad. La calle, con las miradas curiosas de los demás niños a través de la verja, quedó tan atrás como si perteneciera a un mundo distinto. Inés estaba sola.

El pasillo se alargaba hasta llegar a una amplia habitación sin paredes, desde la cual podía verse la cara trasera del solar, aún más sombría que la delantera. Una silla solitaria de metal presidía el espacio, dando a entender que aquello podía ser una sala de estar. A su lado había un bloque de hormigón gris con una lata de cerveza y algunas colillas apagadas encima. Inés se dio la

vuelta, explorando con la luz de su linterna.

Descubrió una escalera gris y polvorienta, sin barandilla, y empezó a subir por ella. Los bordes de los escalones eran rugosos, pero parecían estables. Llegó sin problemas al piso superior. Avanzó con cuidado, procurando no acercarse a los bordes del suelo. La fachada ausente hacía que diera vértigo solo de ver la distancia que la separaba del suelo.

Un sonido llamó la atención de Inés. Alguien se movía en el piso de abajo, de un lado a otro, como buscando algo. Un intruso. Buscaba un intruso. El vello de los brazos y de la nuca de Inés se erizó. La buscaba a ella. El fantasma estaba buscándola.

Dejó de percibir el ruido. Se lo había imaginado. Y entonces, cuando estaba a punto de volver a respirar con normalidad, escuchó un paso en la escalera. El fantasma estaba subiendo.

Aterrada, empezó a ascender también ella. Llegó al segundo piso y después al tercero. En aquel había ya algunas paredes, e Inés avanzó con cuidado, intentando esconderse detrás. Las manos le temblaban tanto que la linterna se le cayó al suelo y rodó lejos de ella, apagándose por el impacto.

Se agachó para tantear con las manos, con urgencia. No sabía si el fantasma seguía subiendo o si se habría entretenido registrando uno de los pisos inferiores. Entonces, un dolor muy agudo en la palma de la mano derecha le hizo gritar. Se le había clavado algo de metal en la piel, pero no sabía qué era porque la oscuridad se había hecho con el edificio y no se veía nada.

Inés se puso de pie, sin la linterna, y dio un par de pasos hacia atrás. Estaba llorando de miedo y lo único que quería era arrancarse aquello de la mano. Entonces, su pie no encontró el suelo tras ella y perdió el equilibrio. Movié los brazos, intentando recuperarlo, pero el paso en falso había sido fatal. No pudo evitar caer por el agujero que había en el suelo. Su nuca golpeó uno de los bordes y giró como una muñeca de trapo con un cráneo muy pesado y ensangrentado. Su cuerpo se precipitó hacia abajo, un piso, dos pisos, tres. El golpe contra el suelo le sacó todo resto de aire que hubiera quedado en sus pulmones. Sus costillas se quebraron, su columna vertebral emitió un chasquido desagradable. Ella había perdido el conocimiento ya, y para cuando sus amigos entraron en la construcción, estaba muerta.

Pablo llamó a una ambulancia y uno de los médicos contactó con papá y

mamá desde el móvil de Inés. Se llevaron su cuerpo de allí, pero algo de la niña permaneció en la construcción, confuso, desorientado. No sabía muy bien qué había pasado y sus pensamientos empezaban a disiparse. Quizá fueran un residuo de lo que había cruzado su mente en los últimos segundos de vida. No había ningún fantasma allí, pensaba. El miedo la había engañado. El único fantasma, en aquel momento, era ella misma. Sin embargo, incluso esos pensamientos se disiparon y pronto no quedó nada, salvo una presencia vaga, una energía liberada, una existencia imposible de sentir para los vivos.

PRIMER ACTO

ESCENA II

Lucía

Los ojos de Lucía se desviaron fugazmente hacia el reloj de la esquina inferior derecha de la pantalla. La última media hora antes de las ocho se hacía larguísima. El tiempo pasaba muy rápido, cuando acababa de llegar al trabajo y dejaba perezosamente su abrigo en el perchero, encendía el ordenador y se iba a tomar algo a la cafetería de la planta baja. Volvía, revisaba el correo electrónico, planificaba lo que tenía que hacer a lo largo de la mañana y, antes de que se diera cuenta, había pasado al menos una hora y media. El tiempo avanzaba a una velocidad moderada hasta mediodía. Después de comer, empezaba el infierno. El ratito de desconexión charlando con los compañeros por encima del sándwich o el *tupper* de comida hecha en casa se unía al sopor posterior, y el brillo de la pantalla del ordenador hacía todo lo que podía por acabar con su concentración. Los minutos se convertían en años. El tiempo iba cada vez más despacio hasta la última media hora, durante la cual prácticamente se detenía.

Así, todos los días, de lunes a viernes, de ocho de la mañana a ocho de la tarde.

—¿Tienes planes esta noche? —preguntó Raquel, la chica que se sentaba justo detrás.

Lucía hizo girar su silla para mirar cómo su compañera le sonreía y arqueaba las cejas por encima de su taza de té.

Quería decir que no, porque estaba cansada y sin ganas de nada. Además,

llevaba en el bolso la novela que estaba leyendo en aquel momento, *El misterio de la montaña secreta*, y le quedaban solo dos capítulos para terminarla. Lucía no podía esperar para averiguar si el héroe y la heroína lograban escapar de los peligrosos contrabandistas. Y le tenía muy inquieta la curiosidad por si al final la familia de ella aceptaría el amor que los dos sentían el uno por el otro y podrían estar juntos para siempre.

Además, Milo, su mejor amigo, ya se la había terminado y no dejaba de enviarle mensajes preguntándole si la podían comentar.

Claro que eso no se lo podía explicar a Raquel. No cuando había venido arreglada, con pantalones ajustados y negros en lugar de los vaqueros, y llevaba su largo cabello castaño suelto sobre los hombros en vez de recogido. Para cualquiera que la viese todos los días en la oficina, con un aspecto mucho más funcional, era evidente que iba a algún sitio.

—He quedado para cenar con Juan —respondió, lacónicamente. «...Por desgracia», añadió para sí.

A veces, Lucía completaba en su imaginación las frases que eran demasiado honestas como para pronunciar de verdad.

—Huy, huy, huy —dijo Raquel, emocionada—. Cenita romántica, ¿eh? Tendrás entonces unas ganas tremendas de que se acabe el día ya —concluyó, mirando también ella el reloj.

—Sí, me muero de ganas —asintió Lucía. «...De llegar a casa y que todo el mundo me deje en paz de una vez con tanto romanticismo».

Pudo leer un par de páginas en el metro, de camino al punto en el que había quedado con Juan, pero le supo a poco. Habría sido mejor no abrir el libro siquiera, porque la historia se quedó en un punto aún más interesante. Un poco frustrada, Lucía subió las escaleras hasta emerger en la calle.

Allí estaba Juan, esperándola.

—Hola, cariño —saludó él, dándole un beso rápido en los labios—. ¿Qué tal tu día?

—Bien —respondió ella—. ¿Y el tuyo?

Juan no respondió. Le cogió el abrigo, que Lucía llevaba en el brazo, para cargarlo él, aunque no había ninguna necesidad.

—He reservado en un sitio increíble. ¿Tienes hambre?

—No mucha. La verdad es que estoy cansada —admitió ella—. Creo que lo

que más me apetece es tomar algo rapidito e irnos a casa.

Él se encogió de hombros.

—Pues qué mala pata, porque el sitio al que vamos no es como para comer deprisa y corriendo. Ya verás, es estupendo, a mí me encanta. Está aquí al lado.

Caminaron un par de manzanas. El restaurante al que iban era Op's, un sitio de moda lleno de manteles impolutos y mármol blanco, elegante a rabiar y tan caro que asustaba. Lucía se detuvo un momento en la puerta, sorprendida, pero Juan sonrió y le hizo un gesto para que entrase.

—Lo mejor para mi tesoro —dijo.

No servía de nada pedirle que no la llamase así. Ya lo había intentado. Lucía había acabado por resignarse, pensando que por lo menos él lo hacía con la mejor intención, creyendo que la hacía sentir más querida con aquellos apelativos.

—Gracias —le dijo al camarero cuando apartó una de las sillas para ella.

Leyeron la carta por encima.

Lucía estaba cada vez de peor humor, porque estaba cansada y no tenía ganas de aquello. Los camareros pasaban cada mucho tiempo y el resto de las mesas estaba lleno, lo cual le daba a entender que iban a tardar una eternidad en ser atendidos.

—Este tiene buena pinta —comentó Juan, con optimismo—: Ruleta de pimiento spicy max con speck 'de nuestra tierra', acompañado de caprichos de patata con emulsión óleo de cítricos.

—Bueno, no me parece... —«...comida», pensó Lucía— ...mal.

—Pediré esto de primero. De segundo tomaremos semicujo de campero con secreto de patata pochada.

Lucía se encogió de hombros. Juan tardó un buen rato en conseguir llamar la atención del camarero, pero finalmente lo logró y pudo recostarse complacido en su silla.

—Está bien el sitio, ¿no? Muy moderno, pero también clásico.

—Sí, es de todo —respondió Lucía, un poco distraída.

—Te noto un poco ausente, Lucía —le reprochó él.

—Estoy un poco cansada —repitió ella.

—Vaya, ¿por qué no me lo habías dicho?

Lucía le miró largamente durante unos segundos y después se echó a reír.

—Juan, estás muy ido tú también. ¿Qué pasa?

Él empezó a contarle algo que le había sucedido en una reunión de su trabajo. Era directivo en la misma empresa en la que trabajaba ahora Lucía, no porque ella quisiera, sino porque necesitaba el dinero y no había encontrado otra cosa. Aunque el puesto de oficina no tenía nada que ver con Arte Dramático, que era lo que ella había estudiado, se lo habían dado gracias a su nivel de francés. Había sido un contrato de tiempo definido y el plazo estaba a punto de vencer. Solo le quedaba una semana de estar allí y, aunque eso significaba que volvería a estar desempleada y buscando como fuera trabajo en otra parte, Lucía no podía evitar alegrarse. No estaba hecha para la oficina.

El tiempo parecía haberse congelado igual que por las tardes en el trabajo mientras Juan no dejaba de hablar. Cuando Lucía ya empezaba a dudar de que siguiesen viviendo en el mismo año en el que estaban cuando entraron al local, el camarero llegó con la ruleta de pimienta y las patatas. Empezaron con el primer plato, mientras Juan se bebía una copa de vino tras otra. Como no paraba de hablar, al poco rato Lucía ya había terminado su parte y él apenas había comido uno o dos trozos de patata. Ella miró el plato con aprensión. A ese ritmo, llegarían a casa de madrugada. Ya ni siquiera estaba pensando en seguir leyendo su novela; solo ansiaba el momento de meterse en la cama.

—Aunque en realidad lo que yo quería comentarte es una cosa muy distinta —dijo Juan—. Que me he enrollado un poco.

—¿Ah, sí?

—Sí. Son dos cosas, de hecho. Las dos son buenas noticias —anunció él—. La primera es un secreto, ¿eh? Que me lo han confiado a mí, pero todavía no es oficial. Te lo cuento porque eres tú y porque, al fin y al cabo, te atañe a ti. Bueno. Nos atañe a los dos.

Lucía le miró, un poco más interesada, y se preguntó si los camareros pensaban esperar a que Juan se terminase el primer plato antes de traer el segundo. Empezó a comerse el pan a pedacitos, más por impaciencia que por hambre.

—Cuéntamelo —pidió.

Juan contuvo el aliento un momento, sonriendo, como si le fuera a dar la noticia del año.

—Te van a hacer contrato indefinido en la oficina —reveló.

Lucía abrió mucho los ojos, primero con incredulidad y luego con algo de horror.

—¿En serio?

Él pareció interpretar que ella no se creía digna de tal honor.

—Sí, ¡en serio! Les gustas mucho, aunque no te lo creas, creen que eres muy buena para el puesto y quieren que te quedes. ¡Ya no tienes que preocuparte más por encontrar trabajo! Tienes mucha suerte, ¡no todo el mundo que estudia lo que tú puede decir lo mismo!

«Bueno», pensó Lucía. «La gente no estudia lo que yo con la idea de trabajar en una oficina».

Decidió no decirlo. Juan parecía demasiado contento. No quería arruinarle aquel instante.

Forzó una sonrisa.

—Qué bien, Juan —dijo, intentando ser sincera—. Me alegro de que consideren que he hecho un buen trabajo. La verdad es que he procurado hacerlo lo mejor que podía.

Al menos eso sí era verdad.

—Se nota, se nota el esfuerzo —convino él.

—¿Qué es lo segundo que me ibas a decir? —preguntó Lucía.

Juan esbozó una sonrisa tímida.

—Será mejor que espere al postre para eso —supuso.

Empezó a comerse sus pimientos. Lucía suspiró. Tendría que esperar. «Un año o dos», pensó. «Al ritmo al que vamos...».

Por fin les trajeron el segundo plato y lo comieron. Lucía intentó hablarle a Juan del libro que estaba leyendo, pero él no mostró el menor interés, así que terminaron el plato en silencio.

—¿Tomarán postre? —preguntó el camarero.

Lucía tenía la sensación de que llevaba allí toda la vida.

—No, por favor —dijo, sin poder contenerse, y se apresuró a matizar—: Estoy llenísima. Estaba todo muy bueno. Nos vamos a ir para casa ya, ¿verdad, Juan?

—Tráiganos unos chupitos —dijo él—. Y la cuenta, por favor.

El camarero se fue y Juan alargó las manos por encima de la mesa, apoyando

el brazo sobre el mantel justo al lado de un trocito de pimienta que se había salido del plato y se había quedado ahí. Cogió las manos de Lucía y las estrechó.

—La segunda cosa de la que te quería hablar es muy importante —le dijo—. Querida Lucía, ¿te quieres casar conmigo?

Lucía intentó no reírse, porque al segundo siguiente de pensar que aquello era una broma se dio cuenta de que se equivocaba. Juan lo estaba diciendo muy en serio.

—¿Casarnos?

—Sí —dijo él, riendo con nerviosismo—. No sé si ofenderme por que te parezca tan rara la idea...

—Hombre, rara no —Lucía intentó encontrar las palabras correctas—. Un poco precipitado sí que me parece, pero...

—¿Precipitado por qué? Llevamos seis meses juntos y somos ya los dos adultos, ¿no? No vamos a esperar para siempre. Tú tienes ya treinta años... yo casi treinta y cuatro. Los dos tenemos trabajos a tiempo completo... indefinidos... —Le guiñó un ojo, con complicidad—. Vivimos juntos desde hace un tiempo ya. Y nos funciona, ¿no? ¿Por qué no íbamos a casarnos?

Era cierto. ¿Por qué no se iban a casar? Lucía pensó en verdaderas razones: porque Juan se ponía ocho despertadores todas las mañanas, que sonaban a intervalos desde un rato bastante largo antes de la hora a la que realmente se tenía que despertar. No era capaz de saltar de la cama al primer despertador decía, lo cual significaba que Lucía perdía casi una hora entera de sueño teniendo que soportar las alarmas intermitentes. Además, se terminaba el café y no hacía más. Dejaba pelos en la bañera. Contaba chistes que no tenían ninguna gracia. Y, sobre todo, la mayor parte de las noches Lucía no tenía nada de ganas de verle cuando salía del trabajo. ¿No era esa una muy buena razón para no casarse con alguien?

Por otro lado, era cierto que llevaban bastante tiempo juntos y que los dos eran mayores ya. Todas las amigas de Lucía estaban casadas. Estaba harta de ser la única que no, y cuando había estado encima sin novio había sido mucho peor. Estaba muy bien tener a alguien con quien salir los fines de semana, alguien que llevar a las bodas, alguien que le hiciera sentir que no tenía por qué estar por ahí buscando desesperadamente a un tío que no le hiciera sentir

sola.

Se imaginó casada con Juan. Serían dos adultos responsables, trabajando en la misma empresa. Él le presentaría a sus amigos y compañeros de trabajo e irían a comer con ellos algún sábado. No viviría más con la duda de si llegaría a fin de mes, porque con dos sueldos y compartiendo los gastos, tendrían de sobra. Podrían incluso ir de viaje de vez en cuando. Quizá, en un futuro, tener hijos.

Los padres de Lucía se pondrían tan contentos que era casi una crueldad negarse.

—Es verdad —musitó Lucía, no muy convencida.

El rostro de Juan volvió a iluminarse con una sonrisa.

—Mira, la gente tiene muchos problemas con dar pasos adelante en las relaciones, pero yo nunca lo he entendido —argumentó, con entusiasmo—. ¿Tú crees en el amor a primera vista?

Lucía levantó un poco un hombro. Quería decir que no, porque la idea le había parecido siempre una cursilada sin sentido, pero algo le decía que aquella era la respuesta equivocada.

—Yo sí —dijo Juan, respondiendo él mismo a su propia pregunta—. Yo te vi a ti y me dije: estoy enamorado de esta mujer. Me quiero casar con ella. No, no, ¡te lo digo de verdad! Es lo que pienso siempre que me enamoro. Siempre es para siempre. Es que, si ya desde el principio voy a empezar con una mentalidad escéptica, ya predispuesto a que la relación fracase... entonces ya ha fracasado, ¿sabes?

Lucía meditó aquello un momento. Era cierto que, por lo que sabía de Juan, no había pasado mucho tiempo solo. Desde que había empezado (y terminado) su primera relación sentimental, las siguientes se habían sucedido ininterrumpidamente. Si uniese todos los lapsos de soltería de la vida de él desde su adolescencia, no llegaría a reunir dos años.

Ella no tenía claro que aquello fuese saludable, pero no era nadie para juzgar la vida de los demás. Su planteamiento solía ser más cauteloso. Aunque sabía reconocerlo rápidamente cuando alguien le resultaba atractivo, no se lanzaba a una relación seria tan corriendo como parecía hacerlo Juan. No tenía prisa; podía aguantar varios meses antes de llamar a algo noviazgo, así como algunos años de noviazgo antes de pensar siquiera en matrimonio. Se preguntó

si era inmadura en ese sentido. No lo sabía.

—Y, sin embargo, no te has casado con todas tus novias, espero —comentó, en son de broma.

—Claro que no —respondió Juan—. Pero no ha sido porque yo no quisiera o porque yo no estuviera dispuesto...

—Vale. Entonces, ¿tú crees que estamos en un momento en el que es razonable pensar en ello? Sinceramente —preguntó Lucía, queriendo concretar.

—Sí —afirmó él, con seguridad—. ¿Tú no?

—No lo sé, Juan. Es que no me lo había planteado.

—Pero ¿me quieres?

Lucía parpadeó.

—Sí, claro que te quiero.

—Entonces, ¿qué más te hace falta?

Ella no estaba segura. ¿Qué más hacía falta para casarse con alguien?

Estaba demasiado cansada como para pensarlo. Se sentía un poco mareada. Le parecía que no estaba en situación como para tomar una decisión tan importante. Estaba desinformada al respecto. ¿Por qué nadie le había dado una clase sobre matrimonio y cómo reconocer el momento adecuado? Si decía que sí, quizá estuviera cometiendo un error. Si decía que no, también. Y, además, ofendería a Juan.

¿Podía ser que ella estuviera siendo infantil? Quizá era una proposición de lo más normal y Lucía estaba exagerando. Aquello podía ser un reflejo de su inmadurez, tal vez incluso de un miedo al compromiso latente.

La gente se casaba, ¿no? Todo el mundo se estaba casando a su edad. Era lo razonable. No tenía sentido hacerse tantas preguntas ni darle tantas vueltas.

—¿Entonces? —preguntó Juan—. ¿Quieres casarte conmigo o no?

Lucía forzó una sonrisa exhausta.

—Claro que sí —respondió—. Claro que quiero. Pero, Juan, tenemos que hablar bien de esto, ¿vale?

Él ya no estaba escuchándola. Se puso de pie y se acercó a ella para darle un beso en los labios.

—Se me había olvidado —comentó, sacando una cajita del bolsillo de su abrigo.

Le puso el anillo y los comensales de las mesas de alrededor empezaron a aplaudir. Juan se lo agradeció, saludó a un lado y a otro y brindó con Lucía cuando el camarero trajo los chupitos.

Tardaron casi una hora más en llegar a casa. Lucía ya no tenía fuerzas ni ganas de leer los últimos dos capítulos de la novela. Empezó a desvestirse, pensando en darse una ducha rápida y caer rendida en la cama, pero Juan tenía otros planes. Cuando vio que ella empezaba a desnudarse, hizo lo propio, la abrazó y repartió varios besos húmedos por su cuello y sus hombros.

Lucía no quería, pero le parecía feo decir que no en una noche que parecía tan importante para él. Se tumbó en la cama y toleró aquello igual que había hecho durante la cena, contando los minutos. Cuando Juan se durmió a su lado, se levantó para ir al baño, lavarse los dientes intentando no hacer ruido y ponerse el pijama. Odiaba dormir desnuda porque pasaba mucho frío.

Se metió en la cama y abrazó a su almohada, pensando en el futuro que se le ofrecía. Unos minutos antes de quedarse dormida, sin embargo, su mente se distrajo y empezó a imaginar el que ella siempre había deseado: poder dedicarse al teatro o al cine, como llevaba soñando desde que era una niña pequeña. Los ojos le pesaban cada vez más, pero reviviendo la sensación, grabada en su memoria después de muchos años de dedicarse al teatro amateur, de sentir el escenario bajo sus pies y los focos sobre su cabeza, se prometió a sí misma que nunca dejaría de ser esa persona, la actriz llena de ilusión, para sustituirla por la oficinista aburrida de la vida.

PRIMER ACTO

ESCENA III

Inés

Inés no sabía por qué estaba ahí, pero estaba. Observando a la treintañera que salía de su casa, rebuscando en su bolso para asegurarse de que llevaba encima las llaves. Tras ella salió un hombre, algunos años mayor. Fue él quien entró en el coche y lo puso en marcha. Ella se sentó en el asiento del copiloto y miró su reflejo en el retrovisor.

—Lucía —dijo él—. Llama a tus padres para preguntar si quieren que llevemos algo.

Ella ya llevaba algo. Inés lo sabía, con esa certeza inexplicable de quien siente las cosas en lugar de verlas. Como era el cumpleaños de su padre, había comprado un libro de poemas que sabía que le iba a gustar. Lo llevaba cuidadosamente envuelto en papel de regalo y guardado en el interior de su bolso.

—Le he comprado un regalo —dijo Lucía.

—Bueno, pero tendremos que comprar un vino, ¿no?

La madre de Lucía no bebía, pero ella no dijo nada. Pararon un momento delante del supermercado y Juan bajó a por una botella. Lucía esperó en el coche, con el intermitente puesto. Podría haber bajado ella, pero a él le gustaba encargarse de elegir el vino que se iba a tomar.

Lucía apoyó la cabeza en el cristal de la ventana y entornó los ojos. Los dos iris grises hacían juego con el cielo nublado. Estaba desanimada, Inés podía notarlo. Voló con una suave brisa y levantó algunas de las hojas que quedaban

por el suelo aún, restos de un otoño que ya había pasado, haciendo que bailasen delante del parabrisas. Lucía las siguió con la mirada.

Había pocas cosas que Inés pudiera hacer. Se había convertido en una mera observadora, aunque lo hacía de buena gana. No tenía una voluntad, no pensaba, no decidía. Se limitaba a existir cerca de las personas que le importaron en vida, rondando a su alrededor, haciéndose notar, a lo sumo, como un cambio de temperatura o un sople de aire.

A Lucía no la había conocido antes, pero si estaba allí era porque podría ser importante. Se había derrumbado en el asiento del coche, sin fuerzas, mirando hacia la calle sin verla realmente, y no sabía que había alguien cerca, una presencia que le quería bien. Menos todavía imaginaba que solo tenía que aguantar un poco más, porque antes o después, su vida, que es algo que no aguanta mucho tiempo en un estado estático, volvería a arrancar y a dar un giro inesperado.

—He elegido un tinto —dijo Juan, abriendo la puerta del coche y pasándole una bolsa a Lucía.

—Muy bien —asintió ella, sonriéndole.

Él no vio la sonrisa. Se puso las gafas de sol, aunque no era un día demasiado luminoso, y puso el coche en marcha.

Circularon en silencio hasta salir del centro de la ciudad, alejándose del mar y adentrándose en el interior. En un barrio de las afueras, lleno de chalés con jardín, estaba la casa de los padres de Lucía. Aparcaron delante sin dificultad, porque todos los vecinos tenían garaje y la calle estaba vacía.

Antes de que Lucía sacase las llaves, la puerta se abrió.

—¡Me pareció escucharos llegar! —exclamó Julia—. ¿Cómo estáis? Pasad, pasad.

Dio un abrazo a Lucía y un beso en la mejilla recién afeitada de Juan.

—Qué prontito habéis llegado. Juan, qué guapo te veo, ¿has estado yendo al gimnasio? Lucía, ¿qué te pasa? ¿Te has mareado en el coche? Ven, siéntate aquí en la cocina que te voy a dar un vaso de agua —ofreció, antes de levantar la voz—: Vicente, ya ha llegado la niña.

Se oyó cómo se cerraba la puerta del despacho en el piso de arriba. El padre de Lucía bajó las escaleras y entró en la cocina, con una sonrisa.

—Feliz cumpleaños, papá —saludó ella, levantándose para abrazarle.

Vicente estrechó amablemente la mano que le tendía Juan.

—Me alegro de que hayáis podido venir los dos —agradeció, aceptando la botella que le ofrecía su yerno—. Vaya, muchas gracias. Lo tomaremos con la comida.

—Ya solo tengo que meter la lasaña en el horno para darle el último toque —explicó Julia—. Venga, id al salón, que la mesa está puesta ya. Lucía, quédate para ayudarme.

A Lucía se le daba mal cocinar, pero se quedó por no hacerle el feo a su madre. Inés percibió su fastidio al ver a su padre y a Juan desaparecer hacia el salón charlando animadamente, mientras ella se esforzaba por batir claras de huevo a punto de nieve para terminar el postre.

—Hasta que puedas darle la vuelta al bol y no se caigan, acuérdate —le dijo Julia.

Las claras habían hecho espuma, pero a partir de ese momento parecían hacerse más líquidas cuanto más las batía Lucía. Después de un buen rato, cuando terminó todo lo demás que había por hacer, Julia le quitó el bol de las manos a su hija y lo hizo ella misma. Con un suspiro de alivio, Lucía se apoyó en la encimera y charló con su madre hasta que todo estuvo listo y pudieron sacar la lasaña del horno y reunirse con los demás.

La comida transcurrió pacíficamente hasta llegar al postre.

—Lucía y yo tenemos una noticia para vosotros —anunció de pronto Juan, cogiéndole la mano a Lucía.

Los dedos de ella se tensaron. La palma estaba sudorosa. Quería soltarse, pero se sentía obligada a mantener el tipo, así que no hizo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicente, con curiosidad.

—¡Ah! ¡Estás embarazada! —exclamó Julia, llevándose las manos al pecho.

—No, mamá —respondió rápidamente Lucía.

—Todavía no —matizó Juan, riendo—. Pero también es una noticia muy buena. ¡Nos vamos a casar!

Levantó la mano de Lucía, triunfante, para mostrar el anillo, pero ella no lo llevaba puesto. Juan la miró, desconcertado. Ella hizo una mueca.

—Lo siento —se disculpó—. Lo guardé por la noche en la cajita y esta mañana ni lo pensé.

—¡Qué buena noticia! —se alegró Vicente—. Enhorabuena.

Julia abrazó a su hija y la besó en ambas mejillas.

—Qué bien, Lucía, qué bien... qué alegría nos das... ¡Juan, ven aquí! Muchas felicidades... —Y también le cubrió de besos a él.

Brindaron con el vino que habían traído ellos. Después de un momento de revuelo, todos volvieron a sentarse. Inés sentía la incomodidad de Lucía. Había tensión en sus hombros y en su mandíbula. Todos los demás estaban tan relajados y alegres, tal vez demasiado. Era eso lo que le irritaba, aunque se sentía culpable por ello.

—Ah, y Lucía tiene otra noticia —se acordó Juan, demostrando un gran don de la oportunidad—. Díselo, Lucía...

—¿Qué es lo que les tengo que decir?

Él pasó el brazo por el respaldo de la silla de ella y tamborileó con impaciencia con los dedos.

—Lo del trabajo, ¿qué va a ser? Qué tonta, ¿te da vergüenza?

—Ah, sí... Me han ofrecido un contrato indefinido en la oficina —comentó Lucía, intentando sonar todo lo casual que podía.

Vicente dio una palmada en la mesa.

—¡Esa es mi niña! ¡Un contrato indefinido! Eso es que les has gustado mucho, ¡claro! Si es que tú eres muy trabajadora y además sabes estar, que no es algo que hoy en día sepa todo el mundo, no te creas. ¡Claro que quieren quedarse contigo! Muy bien, porque ya era hora de que dejases de estar de un trabajo a otro. Y con el mercado laboral como está, ¡es estupendo que te hagan esta oferta! Muy bien, estoy muy orgulloso de ti, Lucía.

—Sí, ¡qué bien! Y te queda tan cerquita de casa —añadió Julia, entusiasmada—. Además, estaréis trabajando los dos en el mismo sitio, así que podréis ir y venir juntos. Y no estáis trabajando en lo mismo, lo cual está muy bien, porque así estáis seguros de que no mezclaréis cosas del trabajo con vuestra vida privada. Tampoco es cuestión de saturaros el uno del otro. Si es que es perfecto. ¡Cuánto me alegro!

Lucía asintió, sonriendo por obligación.

—Muchas gracias —dijo—. Aunque aún no es oficial.

—Se lo he adelantado yo —explicó Juan—. Es lo que tiene ir a casarse con el jefe —bromeó, guiñándole un ojo a nadie en particular.

—Aún no lo he aceptado —agregó Lucía.

—Bueno, pero lo vas a aceptar —auguró su padre—. Aunque no te lo hayan dicho aún, no te preocupes, seguro que lo harán.

—Claro que sí —subrayó Juan, en tono tranquilizador.

—Tú te lo mereces, mi vida —dijo Julia.

Vicente se echó hacia atrás en su silla, satisfecho.

—Y eso que yo tenía mis dudas de que fueras a conseguir algo serio. Con tu carrera estaba muy difícil la cosa. Pero mira, al final por lo menos lo del francés te sirvió de algo, ¿no?

A Lucía no le hacía gracia hablar con su familia de lo que había estudiado. Por suerte, en ese momento sonó su teléfono móvil. Miró la pantalla, sorprendiéndose al ver que era una llamada de un número desconocido.

—Perdonad —se disculpó, levantándose.

Aunque normalmente habría apagado el teléfono y devuelto la llamada más adelante, agradeció la excusa para poder escapar de aquella conversación. Salió al porche y se sentó en el escalón antes de pulsar el círculo verde para aceptar la llamada.

—¿Diga?

La voz al otro lado de la línea le resultó desconocida.

—Buenas tardes, perdone que le moleste a estas horas. ¿Hablo con Lucía Jiménez?

—Soy yo —dijo ella, quitándose los zapatos.

El tacto del césped era agradable. Movié los dedos de los pies, acariciando la hierba.

—Me llamo Carla Soprano y le llamo de Acting Now en relación a la preselección del *casting* para participar en *Canción al atardecer*, la nueva producción del Teatro Aurora.

Lucía abrió mucho los ojos e intentó hacer memoria. No recordaba haber enviado su material a aquel *casting*, pero se presentaba a tantos por Internet que perdía la cuenta de ellos. Normalmente no le llamaban de ninguno, salvo que no fuera remunerado, y ya se había cansado de participar en ese tipo de montajes.

En cualquier caso, conocía la obra *Canción al amanecer*. Y participar en una producción del Teatro Aurora, una de las salas más grandes y representativas de la ciudad, era de lo más apetecible.

—Sí —musitó, con un hilo de voz.

—Antes que nada, quería agradecerle su interés en nuestro montaje y el que nos haya enviado su material. Su *videobook* nos ha gustado mucho, pero debido a la alta participación en este *casting*, había quedado usted en la lista para la segunda ronda de audiciones, que tendrá lugar en el caso de que no logremos cubrir todos los papeles con la primera —explicó Carla Soprano. Lucía contenía el aliento—. Sin embargo, una de las actrices que se iba a presentar al *casting* de hoy acaba de llamar para decir que no va a poder acudir. Le cuento todo esto para explicarle por qué le llamo con tan poca antelación. El hueco que ha quedado libre es esta misma tarde, dentro de dos horas. ¿Usted cree que podría venir?

Lucía lo meditó unos instantes, sus ojos yendo de un lado a otro, barriendo el jardín con la mirada, a la vez que sus pensamientos también se movían a toda velocidad, intentando llegar a alguna conclusión coherente. Quería presentarse al *casting*, por supuesto, pero dos horas eran muy poco tiempo. Era el cumpleaños de su padre, no podía marcharse de pronto.

Por otro lado, ellos estaban allí, celebrando su nuevo contrato indefinido como oficinista.

—¿Cuándo serían los ensayos? —preguntó, con cautela.

—De diez a dos por la mañana y de cuatro a ocho por la tarde —explicó Carla Soprano—. De lunes a viernes durante los meses de noviembre y diciembre. El estreno está previsto para enero. A partir de entonces, las funciones son jueves, viernes, sábados y domingos hasta final de temporada.

Aquello era incompatible por completo con la oficina. Lucía dudó un segundo.

Solo un segundo.

—Sí —respondió—. Allí estaré. ¿Tengo que llevar algo preparado?

A juzgar por el tono de voz, su respuesta complació a Carla Soprano.

—¿Conoce la obra?

—Sí, me encanta —dijo Lucía, con fervor.

—Le vamos a pedir el monólogo final de Mónica. Si puede preparárselo rápidamente, perfecto. Puede leerlo si no se lo sabe de memoria. Tendremos en cuenta que la hemos avisado con muy poca antelación y que no ha podido prepararlo bien, no se preocupe. No será usted la única haciendo lectura en

frío. Si tiene alguna escena que haya trabajado recientemente y con la que se sienta cómoda, a lo mejor le pedimos que la haga también, por verla en su elemento.

—Muy bien —aceptó ella.

—La esperamos a las seis. Si puede llegar un poco antes, mejor, porque va a ser la última —añadió—. Muchas gracias, Lucía. Nos vemos después, un saludo.

—Gracias a usted. Hasta luego.

Se quedó allí un momento después de colgar, con el teléfono en la mano y la mirada perdida en el jardín. Aquello había sido inesperado, porque hacía meses que no enviaba nada a ningún *casting*. Seguramente había respondido a algún anuncio durante el verano y ellos habían guardado sus datos, sin decirle nada porque no les había gustado tanto como para ser una de las primeras opciones.

Muy despacio, todavía asimilando que iría a un *casting* en un par de horas, se puso de pie. No tenía ganas de contárselo a sus padres, y mucho menos a Juan. Tenía la impresión de que arruinarían el poquito de ilusión que le hacía aquello. Poco, porque sabía que era muy difícil que la cogieran. Hacía mucho que había dejado de presentarse a *castings* con la esperanza de salir elegida.

Cuando Lucía finalmente entró de nuevo en la casa, Inés hizo que la escalera de madera crujiera. Fue como una llamada. Lucía se dio la vuelta y, siguiendo un impulso que no entendía, subió al piso de arriba. La puerta de su antiguo dormitorio estaba cerrada. Dentro, olía a polvo y al detergente que su madre utilizaba para lavar la ropa. La cama estaba hecha y las persianas bajadas. Lucía se detuvo junto a la estantería, con una mano posada en la primera fila de libros. En la penumbra, porque no había encendido la luz al entrar y veía lo suficiente con los rayos de luz que se colaban por la ventana, paseó la vista por los lomos, buscando un título concreto.

Canción al atardecer. Ahí estaba.

Buscó el monólogo de Mónica. Lo tenía marcado, porque ella había sido su personaje favorito. Los márgenes estaban llenos de anotaciones a lápiz. Aquel había sido el monólogo que había hecho en la audición para entrar en Arte Dramático en la universidad y, al leer las primeras líneas, descubrió que todavía se acordaba de ellas. Las palabras venían a su memoria como viejas

amigas a las que hacía mucho tiempo que no veía.

Sonrió al recordar lo nerviosa que había estado, a los dieciocho años, presentándose a aquella prueba. Ya entonces tenía claro que a ella lo que más le gustaba en el mundo era actuar. Habría dado cualquier cosa para convertirse en actriz profesional.

No hizo falta más. Mientras Inés jugaba con los rayos de sol que entraban por los resquicios de la persiana, Lucía decidió que no solo se presentaría a aquel *casting*, sino que además pondría en ello lo mejor de sí misma. Porque se lo debía a aquella chica de dieciocho años que había sido. Convencida, cogió el móvil y le envió un *WhatsApp* a Milo, contándole su reflexión.

«Muy bien», respondió él inmediatamente. «Y si no te dan el papel, peor para ellos».

PRIMER ACTO

ESCENA IV

Lucía

Tuvo que coger el autobús, porque Juan necesitaba el coche para volver a casa. Sentada junto a una de las ventanillas, apretaba su copia de *Canción del atardecer* tan fuerte que sus nudillos empalidecían. No necesitaba consultar el texto, después de leerlo un par de veces volvía a tenerlo fresco en la memoria. Llevaba el libro más como talismán que como apoyo. Se imaginó a sí misma formando parte de aquel montaje y la ilusión eclipsó inmediatamente todos sus nervios.

El personaje protagonista de la obra era un bombón, apetecible para cualquier actriz. Se llamaba Mónica y era dueña de una pastelería, pero esto únicamente le servía de tapadera para que nadie adivinase su secreto: era una bruja, inmortal, que llevaba una eternidad viviendo allí porque cambiaba de apariencia a voluntad para fingir primero que envejecía y luego que era su propia hija, sustituyéndose a sí misma en su negocio. Nadie la había descubierto nunca hasta que el otro personaje principal, Francisco, iba a pedir trabajo en la pastelería y Mónica le contrataba. Necesitaba ayuda porque estaba enemistada desde hacía varias generaciones con otro brujo, Lázaro, un sanador que había matado al padre de Mónica debido a una rencilla muy antigua. Entonces, Mónica hacía un plan para vengarse de Lázaro, incluyendo al pobre Francisco, que no entendía nada. En el segundo acto parecía Malena, una amiga de Mónica que se veía sin querer envuelta en el plan al cruzarse con Lázaro. Los dos se enamoraban y esto trastocaba todo. Al final, Lázaro y

Mónica arreglaban sus diferencias, después de la trágica muerte de Francisco.

A Lucía le fascinaba la evolución del personaje de Mónica durante la obra, cómo pasaba de ser una criatura vengativa y cruel a lamentar sinceramente la muerte de Francisco y a superar su odio por Lázaro, entendiendo por fin el poder del perdón. Pensó que, si los responsables del *casting* le preguntasen en profundidad por el personaje, ella podría dar las mejores respuestas, porque nadie entendía a Mónica tal y como lo hacía ella. Había pasado tanto tiempo pensando en aquel personaje y sus dobleces que la conocía como a sí misma.

Se podía ver sobre el escenario, cegada por la luz de los focos, en un vestido blanco, hecho de infinitas telas translúcidas que se superponían, mirando a su alrededor lánguidamente. El público contendría el aliento, ahí, justo al final del segundo acto, cuando ella estaba a punto de recitar aquel monólogo que había encandilando a siglos de espectadores. Las palabras llenarían el teatro, se quedarían grabadas en las memorias de los presentes, empañarían sus ojos. Incluso ella misma, Lucía, lloraría un poco, manteniéndose estoica, sin dejar que esa lágrima solitaria que recorrería su mejilla lograra quebrarle la voz.

El tiempo se detendría.

Lucía consultó su reloj. El tiempo no se había detenido y ya eran las seis. Todavía le quedaban dos paradas para llegar. Cada semáforo por el que pasaban se ponía en rojo. Tamborileó con los dedos en el asiento de delante, ganándose una mirada de irritación de la señora que había en él.

—Disculpe —murmuró Lucía.

En cuanto el autobús se paró, se apeó y echó a correr. Con suerte, llegaría antes así. Sintiendo la presión en los pulmones y en la garganta, subió la cuesta por la acera, esquivando a todos los peatones, hasta el Teatro Aurora.

La puerta estaba cerrada.

—¿Hola? ¿Hola? —Lucía la aporreó.

Apoyó la frente contra el cristal e intentó escudriñar si había alguien en el interior. El recibidor del teatro estaba desierto. Dio la vuelta al edificio, preocupada. ¿Se habrían ido sin ella? El Teatro Aurora era una construcción moderna, un bloque de hormigón todo lleno de ventanas con marco de aluminio por las que solo se veía oscuridad. De pronto, vio algo de movimiento detrás de una de las puertas en la parte de atrás. Lucía se abalanzó

contra ella y la golpeó con fuerza.

—¡Por favor!

Alguien la abrió. Era una mujer con la cabeza llena de rizos rubios, demasiado claros como para ser reales. Iba maquillada con colores muy llamativos y miró a Lucía de arriba a abajo arrugando los labios.

—¿Sí? ¿Qué quiere?

—¡Vengo por el *casting*! —exclamó Lucía—. Me llamaron hace un rato...

—¿Por el *casting*? —la señora miró el reloj—. A buenas horas. Pase, ande. Están arriba. Pregunte por la señora Soprano.

—¡Sí! —exclamó Lucía, quizá con demasiado énfasis—. Sé quién es. Sí. He hablado con ella. Vale, ya paso. Gracias.

Entró a una sala grande y vacía, con algunos buzones a la derecha y un mostrador a la izquierda, como si se tratase de una portería sin conserje. Al fondo había un ascensor y unas escaleras cemento gris, por las que empezó a subir. Se dio cuenta de que no había preguntado a la señora de los rizos a qué piso tenía que ir, pero le dio vergüenza bajar para preguntar. Supuso que escucharía voces, así que aguzó el oído.

En los tres primeros pisos no encontró a nadie. En el cuarto, Lucía había perdido el resuello. En el quinto, por fin, halló una luz encendida.

Salió de las escaleras a un pasillo como de oficina, de paredes blancas. Al fondo había una puerta abierta, que daba a un aseo. Una mujer de unos cuarenta años se lavaba las manos.

—Disculpe —llamó Lucía. Ella la miró, sorprendida—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Carla Soprano?

La mujer abrió sus ojos azules y levantó mucho las cejas, incrédula, mientras se terminaba de secar las manos.

—Soy yo. ¿Es usted Lucía?

—Sí, sí, soy yo. Siento mucho el retraso, el autobús llegó tarde y había muchísimo tráfico. Todos los semáforos en rojo... al final he venido corriendo. De verdad que lo siento. —Miró a un lado y a otro, desolada—. No se habrán ido ya, ¿no?

—Hemos recogido ya, pero creo que aún siguen aquí. Venga conmigo un momento —pidió Carla Soprano.

La siguió por aquel interminable pasillo. Al fondo había una puerta doble a

través de la cual pasaron a una sala de ensayo, de paredes y suelo negros, con focos en el techo y unas gradas a un lado. Frente a estas había una mesa larga con cuatro sillas detrás; una mujer menuda y de pelo corto amontonaba algunos papeles mientras charlaba con un hombre alto, de cabello gris y barba poblada, que llevaba una camisa sin corbata. Junto a las gradas, un segundo hombre, de anchos hombros y pelo corto y rubio, estaba de espaldas, poniéndose una chaqueta.

—Ha llegado Lucía —anunció Carla Soprano.

Los presentes se callaron y las miraron. También el hombre que estaba apartado se volvió hacia ellas. Tenía el ceño ligeramente fruncido.

—Nosotros ya nos vamos. Dijimos que a las seis pasaba la última —informó, malhumorado.

—Lo siento —musitó Lucía—. El autobús iba muy lento.

Él la miró con indiferencia y se encogió de hombros. Después, se dirigió a los otros dos.

—Os veo mañana —avanzó hasta la puerta y se detuvo un instante—. Muchas gracias, Carla.

Ella no parecía tener intención alguna de luchar por Lucía.

—Gracias a ti. Hasta mañana —se despidió.

El hombre se fue y Carla Soprano dirigió una mueca de lástima hacia Lucía.

—Lo siento. Quizá para la próxima vez.

Lucía asintió, tragando saliva e intentando disimular su decepción. En la mano seguía llevando el libro de *Canción al atardecer*. Se sentía ridícula por haberlo llevado. Era una prueba de la mucha ilusión que le hacía participar en aquello, cuando acababan de darle con la puerta en las narices.

Si Juan hubiese querido acercarla en coche, quizá habría llegado. La idea le resultó inesperadamente amarga.

—Lucía, ¿verdad?

La voz la sacó de sus pensamientos. El hombre de la barba estaba delante de ella. Tuvo que mirar hacia arriba, porque le sacaba al menos dos cabezas. Debajo de unas espesas cejas, un par de ojos alargados brillaban con simpatía. El hombre sonreía y le tendía la mano.

—Sí —dijo ella, estrechándosela.

—Sebastián —se presentó él—. Perdona la severidad de Guillermo. Es que

estamos ya todos un poco cansados.

—No, es culpa mía —aseguró ella—. Es verdad que me dijisteis a las seis y he llegado tarde. Os tenéis que ir, lo entiendo. No pasa nada. Lo siento yo.

—Le puede pasar a cualquiera —le quitó hierro él, con amabilidad—. Los autobuses funcionan fatal aquí. ¿Conocías la obra ya? —preguntó, señalando el libro.

Lucía sonrió.

—Sí, me preparé uno de los monólogos para la prueba de acceso a la universidad —comentó—. Le tengo mucho cariño.

—Mira, seguro que Guillermo aún no se ha ido. Quédate aquí un momento, ¿te parece? Al fin y al cabo, aún estamos todos aquí, no hay razón de que te vayas habiendo venido para nada.

—¿Tú crees? —Lucía no se podía creer su buena suerte—. ¿Tú crees que no se ha ido?

Sebastián se rio.

—Y tanto: tengo yo las llaves del coche.

El hombre salió de la sala y dejó allí a Lucía, que volvió la mirada hacia las otras dos mujeres presentes. Ellas le sonrieron, alentadoras.

—Siento haceros perder más tiempo —se disculpó Lucía, un poco avergonzada.

—No pasa nada —aseguró Carla Soprano, consultando su móvil—. Todo depende del director.

La puerta volvió a abrirse y regresaron Sebastián y Guillermo, este último de peor humor que cuando había salido. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una de las sillas.

—Está bien —profirió—. Vamos a acabar con esto ya.

Sebastián pasó por detrás de él, hacia su propia silla, y le guiñó el ojo a Lucía. La mujer del pelo corto se sentó también. Carla Soprano sacó una carpetilla.

—Lucía, Lucía... Aquí estás. Lucía. De acuerdo. Empezaremos directamente por el monólogo de Mónica.

—Sí —tartamudeó Lucía—. El monólogo de Mónica. Claro.

—¿Quiere leerlo?

—No, no... Me lo sé...

Sin embargo, en aquel momento estaba del todo menos segura. Sentía las palabras escapársele de la cabeza; le era tan imposible retenerlas como si estuviera intentando atrapar las olas del mar con los dedos.

Se quitó la bufanda y el abrigo y los dejó sobre las gradas, tras un momento de duda. Aún sentía la respiración agitada y le dolía la garganta de haber corrido por la calle, respirando el aire frío. Tenía los dedos de las manos congelados y el cuerpo agarrotado. Quería unos minutos para calentar, pero no se atrevía a pedirlos.

Empezó a declamar el monólogo de Mónica, pero sintió a la segunda frase que perdía el hilo.

—Lo siento —murmuró, bloqueada—. Me he equivocado. ¿Puedo empezar otra vez, por favor?

—Claro —Carla Soprano asintió, amable.

Sebastián seguía contemplándola con simpatía. Junto a él, Guillermo se había reclinado en la silla y parecía menos tenso. Lucía no supo determinar si su actitud era relajada o exhausta. Tenía la cabeza ladeada y la estaba escuchando con atención. Eso ya era algo. Sus ojos oscuros estaban subrayados por profundas ojeras, pero se distinguía en ellos cierto resplandor de alguien que, incluso cansado, está haciendo lo que le gusta.

«Yo también», pensó Lucía. «Esto es lo que me gusta, es lo que más me gusta en el mundo y lo estoy haciendo».

Con renovadas fuerzas, empezó el texto otra vez. Cuando terminó, no estaba segura de haberlo hecho bien. Había estado nerviosa, su voz había sonado extraña, tenía la impresión de haber corrido por encima de las palabras, soltándolas atropelladamente. Los cuatro que la escuchaban habían oído más fuerte los latidos de su corazón que su voz temblorosa, estaba segura.

—Gracias —dijo Carla Soprano—. ¿Puedes hacernos alguna escena de alguna obra a tu elección?

—No he preparado nada —admitió Lucía—. Y hace años que no hago teatro, la verdad. Casi dos, casi dos años. Hice mucho teatro al acabar la carrera, pero después... —se interrumpió—. Bueno, a ustedes no les interesa esto. ¡Ah! —se acordó de pronto—. Un momento, hay un texto... creo que puedo acordarme, más o menos, y lo que no... bueno, lo que no, lo improviso. Es uno que me gustaba mucho...

Carla Soprano miró al director y este asintió. Lucía imitó el gesto y tomó aire por la boca. Fijó los ojos en un punto por encima de las cabezas de ellos e intentó pensar en Sasha, dejando que el personaje de Chéjov la llenase por completo.

—Un hombre tiene trabajo que hacer —afirmó. Su voz sonó suave, un poco tímida, pero convencida de lo que estaba diciendo—, por eso para él está en segundo plano el amor. Hablar con su mujer, pasear con ella en el jardín, pasar el rato con ella... eso es todo lo que significa el amor para un hombre —parpadeó y bajó la mirada, pensando de pronto, «pero no para todos los hombres. Para algunos hombres, el amor significa aún menos que eso, significa vivir juntos, coexistir, ya está».

No supo de dónde venía aquel pensamiento intruso, pero cuando volvió a levantar los ojos, estos estaban cargados de una emoción nueva.

—Pero para nosotros, el amor es la vida. Te quiero —esas dos palabras sonaron más auténticas de lo que habían sido para ella en los últimos meses. No hablaba con Ivanov, dentro de la obra, hablaba directamente al amor, a la idea del enamoramiento, al anhelo de aquella emoción—, y eso significa que solo sueño con cómo podría curar tu tristeza...

Guillermo, el director, fruncía de nuevo el ceño, pero no con irritación, sino con profundo interés.

—Cómo podría ir contigo hasta el fin del mundo. Si tú estás en el cielo, yo estoy en el cielo. Si tú te hundes, yo me hundo. Me gustaría poder pasar la noche escribiendo para ti... o velar toda la noche para que nadie pueda despertarte.

El director empujó su silla, apartándola de la mesa. Lucía se interrumpió, sobresaltada, como si saliera de un trance, y le miró consternada.

—Ya es suficiente. Muchas gracias —dijo él.

Los demás reaccionaron poniéndose en movimiento de forma inmediata. Empezaron a recoger sus cosas, y Carla Soprano se acercó a Lucía, le dio las gracias por haber ido y le aseguró que se pondría en contacto con ella en breve.

Un poco impresionada por la forma violenta en la que le habían cortado, Lucía se despidió con rapidez y salió de allí. Corrió escaleras abajo y ya había llegado a la puerta cuando pensó que tendría que haberle agradecido su

consideración a Sebastián, pero era demasiado tarde.

Salió a la calle y caminó a toda prisa, poniéndose la bufanda al cuello mientras avanzaba, porque no le había dado tiempo a hacerlo dentro del teatro. Al llegar al semáforo y detenerse allí, se le empañaron los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo por no llorar. Qué tonta, ¿cómo podía haber puesto tantas esperanzas en un *casting* que ni siquiera había podido prepararse? Hacía ya mucho tiempo que había aprendido que eso no se podía hacer. Ni que fuera una recién graduada.

Pese a hacer un esfuerzo por reírse de sí misma y superar el mal trago, no pudo evitar seguir sintiéndose decepcionada. De camino a casa, pasó por el súper y compró un par de tabletas de chocolate, un postre refrigerado y una pizza congelada. No tenía ganas de cocinar.

Juan estaba en el salón, viendo la tele.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, sin despegar la vista de la pantalla.

—No creo que me lo den —respondió Lucía, desde la cocina, metiendo la pizza en el horno.

—No pasa nada —dijo él.

Lucía sintió que eso era algo que le tocaba decir a ella, no a él. Juan tendría que haber intentado consolarla. Entonces ella le habría quitado importancia. Que lo hiciese él solo sirvió para molestarla todavía más.

Se metió en el dormitorio con sus provisiones, se tumbó en la cama y cogió su libro. Al menos, después de aquel último intento de que su carrera hubiese servido para algo, le quedaba un consuelo: tenía tiempo de terminar de una vez aquellos dos capítulos.

Chasqueó la lengua, disgustada, cuando el móvil empezó a vibrar. Se le había olvidado apagarlo. Fue a cogerlo, con desgana porque no tenía ganas de explicarle a sus padres que le había ido mal en el *casting*, cuando su corazón se detuvo un instante. No eran sus padres. Era Carla Soprano.

Lucía lo cogió, aunque las manos le temblaban tanto que apenas era capaz de sostener el aparato.

Le habían dado el papel de Malena.

Malena. Lucía registró la nueva información. No iba a ser Mónica, pero iba a ser Malena. No le había prestado nunca mucha atención al personaje, pero daba igual. Iba a estar en la obra. ¡Iba a estar en la obra!

¡Iba a ser Malena!

Se lo agradeció a Carla Soprano como pudo. Ella se rio amablemente, divertida por la alegría incontenible de Lucía.

—Los ensayos empiezan el día cuatro —dijo Carla Soprano—. ¿Podría pasarse el viernes para firmar el contrato?

Acordaron una hora y Lucía esperó hasta haber colgado para enterrar la cabeza en la almohada y lanzar un alarido de júbilo salvaje. Después, se quedó tumbada en la cama, mirando al techo. Hacía tanto que no se sentía completa y alocadamente triunfante que se había olvidado de a qué sabía la euforia.

Juan asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Estás bien?

—Muy bien —sonrió ella—. Mejor que nunca.

PRIMER ACTO

ESCENA V

Inés

Para Inés resultaba agradable existir en segundo plano en un lugar en el que había una criatura tan contenta como Lucía en aquel momento. La energía que había en el ambiente era como una brisa que ayudaba a cantar a las hojas de los árboles. Inés no emitía ningún sonido audible, pero estaba ahí, aquello la hacía más real.

Juan, por otro lado, no se lo tomó muy bien. Lucía sabía que era porque él tenía verdadero interés en que ella aceptase el trabajo como administrativa, porque le aportaba cierta sensación de estabilidad el que trabajasen juntos, en un sitio en el que él tenía influencia. Además, el teatro le parecía un negocio inestable, en el que uno nunca sabía si le iría bien o mal a medio plazo. Algo de razón tenía.

El fin de semana siguiente, decidieron invitar a los padres de Lucía a comer.

—Así puedo darles la noticia en persona —comentó Lucía.

Juan no dijo nada.

La mañana del sábado, mientras ella terminaba de comprobar que el proceso de preparación de la comida continuaba viento en popa, le escuchó hablando a media voz desde el salón.

—...precisamente. He intentado decírselo, pero ya sabes... Claro, tampoco creo que yo pueda... Mucho más, eso está claro, sí... Sí, si estamos de acuerdo. Y que es algo que afecta a más personas, porque... En un momento dado... Sí, si vosotros pudierais... A ti te va a hacer más caso, sí.

A Lucía le temblaba la barbilla de lo mucho que estaba apretando los dientes de rabia. Aquel era un truco muy bajo por parte de Juan. Ante la posibilidad de que ella fuese a salir de la cocina para enfrentarse a él, Inés voló con un sople de aire y cerró la puerta de golpe. En el salón, Juan se sobresaltó.

Lucía, por su parte, se dio la vuelta y caminó hasta la ventana para cerrarla. Esos segundos le dieron algo de ventaja para pensar. No era buena idea ir y discutir con Juan. Haber escuchado aquella conversación le proporcionaba una ventaja: ahora sabía qué esperar durante la comida. No la cogerían por sorpresa.

El ataque llegó con el primer plato.

—Bueno, Lucía, entonces, ¿cuándo será la función? —preguntó Juan.

—En enero —respondió ella, tensándose—. Pero no es una función única, ¿sabes?

—Recuerda que tengo una reunión en Barcelona en enero —señaló él.

Lucía asintió, aunque no veía ninguna relación al hecho de que él tuviese una reunión y ella estuviera trabajando en una obra.

—Bueno, cariño, cuéntanos mejor eso de tu teatro —pidió vagamente Julia.

—No es mi teatro, mamá —respondió Lucía, con una sonrisa bien ensayada—. Es el Teatro Aurora, ya sabes, el que está en el centro. Es un montaje de *Canción al atardecer*, esa obra que me ha gustado tanto siempre.

—Sí, pero... —Vicente parecía muy concentrado en cortar la carne, hablando sin mirar a nadie a la cara— ... Es un trabajo solo para... Solo para esta función, digo... esta obra. ¿No? Esta obra que se va a hacer... ¿cuántas veces?

—Hasta junio —respondió Lucía, devolviendo la pelota como una fantástica jugadora de tenis—. Y, si el director me recomienda a la gerente del teatro, puede que me contraten para formar parte del elenco fijo, con lo cual estaría ya trabajando allí indefinidamente.

—Ah, eso está muy bien —se retiró Vicente.

Un adversario menos.

—Aun así, ya te habían ofrecido otro trabajo fijo en la oficina de Juan, ¿no? —dijo Julia—. Y eso es un trabajo fijo seguro, no una posibilidad de trabajo fijo...

Iba a seguir hablando, pero Inés procuró que se atragantase y lo consiguió.

Lucía aprovechó la tos de su madre.

—Un trabajo fijo en algo que no es lo mío —matizó.

—Una lástima que no sea lo tuyo, porque se te da muy bien —Juan puso su mano encima de la de ella, sobre la mesa.

Ella no se la apartó porque le pareció demasiado feo.

—Es verdad, dijeron que estaban muy contentos contigo —añadió Julia, agradeciendo los refuerzos—. Hija, yo creo que te lo tendrías que plantear.

—Es un trabajo mucho más serio —dijo Vicente, que había logrado recuperarse—. Más estable. Esto del teatro está bien como hobby, pero... tú misma tienes que admitir que no te ha ido muy bien con ello. Hiciste la carrera porque era lo que más querías en el mundo, pero tenías dieciocho años, ¿cómo se iba a esperar de ti que tomases decisiones maduras? En cambio, ahora...

—Ahora ya he decidido que voy a aceptar este trabajo —insistió Lucía, aunque su sonrisa amenazaba con desaparecer.

Juan bebió agua y dejó el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza.

—No podemos permitirnos perder dinero, Lucía —argumentó, tenso—. No tienes ahorros y no podemos vivir de los míos mucho tiempo. Si en junio vuelves a estar en la calle, en la empresa ya no van a cogerte, no si piensan que a la mínima de cambio tú te vas a ir. Y entonces, ¿qué vamos a hacer?

—No podéis vivir los dos del sueldo de Juan —afirmó Julia, con dureza—. Lucía, yo no te he criado para que seas una mantenida.

—¡Y no lo soy! —exclamó Lucía—. Estamos hablando de que me acaban de seleccionar para un trabajo. Soy lo contrario a una mantenida.

—Estás persiguiendo un sueño imposible —suspiró Vicente—. Y algún día te darás cuenta.

Lucía calló el resto de la comida. Cuando sus padres se fueron por fin, Juan se puso a ver la televisión y se quedó dormido en el sofá.

Ella cogió las llaves y salió a dar un paseo.

Era cierto que perseguía un sueño. Lo sabía. También sabía que era difícil y que muy probablemente no fuera nunca a darle mucho dinero. No le importaba. Toda su vida había creído que podría conseguir algo grande, alcanzar todas las metas que se propusiera. Era lo que les habían contado a todos cuando eran pequeños, que todo se podía conseguir con ganas y dedicación. Enfrentarse después de aquello a la cruda realidad del mercado laboral, recién salidos de una crisis económica mundial, había sido duro.

Sin embargo, Lucía aún seguía manteniendo ese resquicio de esperanza. Había pensado que no, que se había curtido del todo y ya no perseguía sueños que podían ser un espejismo... pero el *casting* le había demostrado que, en el fondo, seguía siendo capaz de ilusionarse. Y no quería renunciar a ello.

Las hojas de los árboles de la calle temblaron y cambiaron de color, en distintos tonos de naranja, por la luz del sol. Justo cuando ella pasaba por debajo, se desprendieron varias de golpe y cayeron sobre su cabeza.

Lucía rio. La alegría que llevaba dentro del pecho desde que Carla Soprano la había llamado volvió a llenarla.

A freír espárragos Juan y sus padres. Querían lo mejor para ella, sí, pero no sabían qué era lo mejor para ella. Lucía sí lo sabía. En aquel momento de su vida, lo que necesitaba era el teatro, el reencontrarse con sus sueños, el ser capaz de reírse de puro regocijo porque había logrado algo difícil... o porque acababa de recibir una ducha de hojas otoñales, sin preocuparse continuamente de todo lo malo que podía pasarle a largo plazo. No tenía hijos, nadie dependía económicamente de ella. Si iba a tener un momento en la vida para arriesgarlo todo por un sueño, era aquel.

Y no iba a desaprovechar la oportunidad.

PRIMER ACTO

ESCENA VI

Lucía

Los ensayos empezaban a las diez de la mañana, pero el primer día hubo una reunión a las nueve en la misma sala de ensayo en la que había tenido lugar el *casting*. Lucía entró y se sentó en un rincón sobre las gradas, con timidez, un poco impresionada por la cantidad de gente desconocida que había allí. Ellos charlaban entre sí, sonriéndose y saludándose. Ella les observó, sin atreverse a interrumpirles.

Todos callaron cuando apareció Ángela Rodríguez, la gerente del teatro, y les dio la bienvenida.

—Ya conocéis a Guillermo Arco, que ha venido desde Berlín para dirigir este montaje de *Canción al atardecer* —presentó, haciendo una seña hacia el hombre rubio, que se puso fugazmente en pie para saludar, aunque no parecía que le gustase mucho exhibirse de aquella forma—. Gracias, Guillermo, por estar aquí. Desde el principio no pude concebir esta producción dirigida por nadie más. Gracias a él —continuó, volviendo a dirigirse al resto del equipo— contamos también con la presencia de Sebastián Schulz, que ha diseñado la escenografía... podéis echar un vistazo a las maquetas que tenemos aquí para haceros una idea de cómo será... Y supervisará su construcción.

Sebastián se puso en pie y saludó con una sonrisa. Estaba tan cómodo ante el público que algunos presentes se rieron con simpatía.

—Y, para terminar, quiero que todos conozcáis a Carolina Sánchez —siguió Ángela, y la mujer de pelo corto que había estado presente en el *casting* se

puso en pie—. Ella es la responsable de caracterización y vestuario, así que necesitará de vez en cuando algo de vuestro tiempo y de vuestra cooperación. También tenemos aquí colgados algunos de sus diseños. Dicho esto, espero que disfrutéis del proceso de creación de esta obra. ¡Ah! —la gerente puso una mano sobre el montón de carpetas de color vino que había sobre una de las mesas—. Antes de irnos coged una carpeta. Tenéis aquí todo el material sobre la obra que han reunido nuestros compañeros de dramaturgia, así como información sobre el concepto. También encontraréis dentro una tarjeta de estas. —Mostró la suya—. Con ellas podéis entrar y salir por la puerta de atrás del teatro.

Todo el mundo asintió y se puso en pie. Algunos fueron a consultar las maquetas o los esbozos, otros a hacerse con sus carpetas, pero la mayoría se quedó conversando en pequeños corros. Lucía se puso en pie y cogió una de las carpetas.

—Perdona —preguntó a una señora que estaba a su lado—. ¿Sabes quién va a interpretar a Mónica? ¿O a Lázaro?

La mujer sonrió.

—Sí, mira. Esa chica de allí, la que lleva el vestido azul, es Estrella López. Y Lázaro está allí. Se llama Alfredo Torre.

Lucía les examinó con curiosidad. Se volvió de nuevo hacia la mujer, pero esta ya estaba hablando con otra persona. Encogiéndose de hombros, Lucía se acercó a las dos personas que ella le había señalado.

—Hola —saludó, dirigiéndose al hombre—. Alfredo, ¿verdad? Yo soy Lucía. Voy a interpretar a Malena.

Él la observó de arriba a abajo. Era un tipo alto, de hombros cuadrados y musculosos, rasgos muy marcados y cejas cuidadosamente perfiladas. En su mirada había un desinterés que podía confundirse con decepción.

—Hola —saludó, antes de darse la vuelta y seguir hablando con una de las figurantes.

Lucía se quedó ahí, muy sorprendida.

—Sí, mi problema es más bien que no tengo tiempo para todos los trabajos que me ofrecen —estaba diciendo Alfredo—. En mi ciudad ni siquiera tengo que hacer una prueba, me llaman y yo voy con toda la seguridad, porque estoy en mi salsa. Al final es eso, toda la gente que se queja de que es difícil vivir

de la actuación, es porque no sabe cómo hacerlo. Claro, también hay que tener un físico concreto que no tiene todo el mundo... —El hombre acarició su propio cabello con los dedos.

Lucía sacudió la cabeza, incrédula, y se volvió hacia la actriz que le habían señalado, la que interpretaría a Mónica. Era joven, con largos rizos rubios que contrastaban con el azul de su vestido y la nariz llena de pecas. Su sonrisa era agradable y a Lucía le gustó de inmediato.

—Hola —saludó—. Me llamo Lucía.

Ella le agarró el brazo con la mano y dio dos besos al aire cerca de sus mejillas.

—Estrella —se presentó—. Encantada. Eres Malena, ¿verdad? Qué ganas de empezar a ensayar. Tenemos una escena fabulosa —comentó con alegría, haciendo gestos con las manos—, ya sabes, en la que me dices que te has enamorado de Lázaro. Va a ser increíble. ¿Has trabajado con Guillermo alguna vez?

Lucía tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería al director.

—No, nunca —admitió.

—Ay, pues es fantástico, de verdad, maravilloso... Yo le conozco del año pasado, porque siempre le llaman para un montaje al menos, yo creo que porque él no tiene tiempo para más, porque si no... Es un equipo maravilloso, te lo digo, maravilloso de verdad —aseguró Estrella, con énfasis, antes de que su atención se desviara—. ¡Elena, querida! Perdóname, Lucía, tengo que saludar... un placer conocerte... —se despidió, aunque ya se estaba alejando—. Elena, por favor, qué guapa...

La reunión se prolongó un par de horas, durante las cuales Lucía intentó entablar conversación con unos y otros. Sin embargo, todos parecían tener a otras personas alrededor en las que preferían invertir su tiempo, de modo que, finalmente, se rindió y se retiró a las gradas, sentándose y ojeando la carpeta de material, fingiendo un enorme interés. Por fin, Lidia, la asistente de dirección, se puso en pie y avisó a todos de que ya no compensaba intentar empezar a ensayar aquella mañana, así que se verían a primera hora de la tarde. Alguien abrió la puerta y la gente empezó a salir despacio, todavía charlando.

Lucía cogió sus cosas y salió rápidamente del edificio, para que no fuese tan

evidente que iba sola. Sin ánimos para volver a casa, entró en una cafetería y pidió un gran zumo de frutas y un bocadillo, a modo de premio de consolación. Se sentía un poco decepcionada por haberse visto fuera del grupo, pero por otro lado era normal. Seguramente los demás se conocieran ya de otras producciones, era lo más natural del mundo que prefirieran hablar entre ellos. No se habían dado cuenta de que la apartaban, no había sido a propósito.

Con energías renovadas, volvió al teatro después de comer. Los demás fueron también muy puntuales y a las cuatro y cuarto ya estaban todos instalados. Trabajaron con el texto, leyéndolo y deteniéndose en los puntos en los que podía haber alguna confusión o que el director consideraba más relevantes.

Alfredo declamaba para sí mismo, con tanta potencia como si estuviese hablando desde el escenario y sin prestar la menor atención a las intervenciones de Lucía durante sus diálogos. En una ocasión llegó incluso a cortarle, empezando a decir su siguiente línea antes de que Lucía hubiera terminado la frase. El director levantó la mirada, molesto, así como algunos de los demás actores. Por alguna razón, a Lucía le pareció que la miraban a ella con impaciencia, como si fuera culpa suya. Se encogió un poco más sobre el asiento y leyó en voz un poco más baja y con rapidez, atropellándose.

—Perdóname —dijo Guillermo, con el ceño fruncido—. No te entiendo.

—Lo siento —se apresuró a decir Lucía.

Intentó igualar a Alfredo, pero era difícil. Este parecía estar haciendo un monólogo e incluso demostraba cierta irritación cuando ella le interrumpía.

Si bien pensó que quizá aquello se debiese a estar leyendo sentados y que posiblemente cambiaría una vez se supieran el texto y tuvieran claras las intenciones de los personajes, se equivocó. Durante el resto de la semana, siempre que coincidían en escena, Alfredo actuaba como si estuviera solo. Los días de ensayo se sucedieron y Lucía siguió sin tener la sensación de haber estado nunca en escena a la vez que él.

Con Estrella era diferente. Ella era también muy buena actriz, pero tenía la capacidad de percibir y respetar a sus compañeros. Sabía intuitivamente cuándo era mejor para la escena ceder algo de espacio a los demás, sin acaparar el foco, y lograba que los momentos en los que ella estaba sobre el escenario, compartiéndolo o no, fuesen fluidos y convincentes. Para Lucía era

un placer trabajar con ella.

—Gracias —le dijo Estrella, cuando se lo comentó—. Significa mucho para mí que me digas esto. Creo que no hay nada peor que un mal compañero en teatro. La escucha es importantísima —añadió, en tono solemne.

A Lucía cada vez le resultaba más importante construir algo de química con Alfredo. Casi todas sus escenas importantes eran con él, y su propia actuación se deslucía mucho por la actitud del otro actor. En un momento dado, al terminar un ensayo, Lucía se acercó a él.

—Oye, ¿puedo comentarte una cosa? He estado pensando en nuestras escenas y me parece que nos quedan un poco... rígidas. Creo que me ayudaría mucho si pudiéramos trabajar juntos un poco, hablar de cómo vemos los personajes, intentar construir la escena juntos —propuso, con toda la amabilidad que pudo—. Me parece que podríamos aportar mucha naturalidad...

—Tienes que relajarte —le dijo él—. No lo estás haciendo bien porque estás nerviosa y te aturullas. La verdad es que estaría bien que trabajases en eso, porque yo no puedo levantar la escena solo.

Lucía se quedó boquiabierta. Iba a responder algo mucho menos amigable, pero logró tragarse la rabia.

—¿Te apetece que quedemos algún día para comer, entre ensayo y ensayo, y lo hablamos?

Él arqueó las cejas.

—Ah. Así que es eso. Mira, yo tengo novia, pero...

Ella sacudió las manos, procurando que no se le notase la expresión de horror.

—¡No, no es...! ¡No lo digo por...! —No acertaba a encontrar las palabras. ¿Cómo podía él haber entendido eso?—. Yo también tengo novio —aclaró, por fin—. Me refería a comer juntos en plan profesional. Nada más.

—Creo que te lo tienes que preparar tú sola —dijo él, con petulancia—. No puedes esperar que yo haga tu trabajo, bastante hago ya.

Lucía respiró hondo, contó hasta diez para sí y pensó en un lugar feliz a fin de reunir la paciencia suficiente para dejar que Alfredo se marchase sin soltarle ninguna barbaridad. No podía creerse lo arrogante que era, pero no quería discutir con él y arriesgarse a que la echaran. Suponía que si habían

contratado a Alfredo sería porque le conocían ya y le tenían aprecio, o bien porque lo había hecho muy bien en el *casting*. No se podía negar que el hombre tenía algo, era guapo y su voz cautivaba a cualquiera. No, Lucía no quería acabar en una situación en la que el director tuviera que elegir a quién de los dos sustituir. Era mejor intentar llevarse bien con todo el mundo.

Dentro del equipo había bastante compañerismo. Todas las noches, después de los ensayos, iban a cenar juntos. O eso suponía Lucía, porque los veía discutir sobre quién iba en el coche de quién y marcharse en la misma dirección. Al día siguiente hacían comentarios y bromas que ella no entendía, pero sonreía con cortesía.

No era la única que no iba a aquellas cenas. El técnico de sonido se marchaba todas las noches en su moto, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Una de las chicas de vestuario, que trabajaba bajo la supervisión de Carolina Sánchez, tampoco. Todos aquellos que terminaban el ensayo antes de las ocho, como los figurantes, parecía que se iban a sus respectivas casas.

Lucía estaba allí hasta las ocho, como todos. Cuando ya llevaba varias semanas trabajando en el teatro, empezó a remolonear para no salir con demasiada antelación y esperar en la puerta mirando su móvil, fingiendo que estaba allí de casualidad. Los demás iban saliendo.

—¡Hasta mañana! —le decían algunos.

Ninguno la invitó a unirse a ellos.

Tardó un par de días más en reunir el valor suficiente para acercarse a Estrella al acabar el ensayo y abordarla.

—¿Tú crees que podría irme con vosotros a cenar? —preguntó.

Ella hizo una mueca de lástima.

—Ay, cariño, no sé si va a poder ser. Es el cumpleaños de Sebastián y creo que tienen algo preparado, va a ser una reunión un poco personal, de los que le conocemos más y eso... ¡pero quizá la próxima vez!

—Ah, por supuesto, no te preocupes —la tranquilizó Lucía enseguida—. No sabía que era una ocasión especial. La próxima vez, entonces.

Felicitó a Sebastián al salir. Al día siguiente, aguardó con impaciencia a que Estrella le dijera algo, pero ella parecía haberse olvidado. Lucía decidió no volver a preguntar.

En casa, ensayar por su cuenta los diálogos románticos entre Malena y

Lorenzo se volvía cada vez más frustrante. Delante del espejo, Lucía intentaba imaginarse a Alfredo y decirle que le quería, pero la invadía una rabia tal que era imposible fingir que sentía por él el menor afecto.

Intentó visualizar a Juan en su lugar.

—¿Qué haces? —preguntaba.

Malena estaba asombrada y un poco asustada, pero también complacida. Lucía se esforzaba por expresar todo aquello a la vez, con su tono, con su expresión.

—No deberíamos estar haciendo esto —decía, intentando que le temblase un poco la voz—. ¿Qué va a decir Mónica? No quiero que la situación se complique todavía más, no quiero que lo que siento por ti sea un estorbo... Quizá sería mejor hacer como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros, como si no...

Pausa. Entonces hablaba él. Lucía miró fijamente al espejo y se fijó en su propio rostro, mientras se imaginaba que escuchaba las palabras de Lázaro, pero pronunciadas por Juan.

—Como si nunca me hubiese imaginado... —murmuró, procurando estar conmovida. De nuevo intervenía él. Hizo otra pausa antes de continuar—. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Qué vas a hacer, Lázaro?

Se quedó mirando al espejo, totalmente fría. Aquello no le decía nada, eso estaba claro. Era demasiado evidente, y para actuar bien necesitaba por lo menos poder convencerse a sí misma de que la escena le importaba. De aquel modo no iba a conseguir transmitirle nada a nadie.

Con un suspiro, se alejó de las luces fluorescentes del espejo del baño y las apagó antes de salir al pasillo. Aprovechó para llevarse el cesto de la ropa sucia y poner una lavadora en la cocina. A esa hora no daría tiempo ya de que se secase antes de la noche, pero a Juan se le debía haber pasado hacerlo al llegar a casa.

Lucía se asomó al salón, encontrándoselo hundido en el sofá, con una revista. Tomó asiento a su lado.

—¿Qué tal va? —preguntó él, mirándola por encima de las páginas.

Ella se encogió de hombros. Alargó la mano para alcanzar una de esas mantas suaves y peluditas que había comprado para el dormitorio pero que habían acabado formando parte del sofá. Se arrebujó en ella, se descalzó y

subió los pies para cubrirlos también con la manta.

—Me cuestan las partes en las que mi personaje habla con su enamorado —explicó, alegrándose de poder desahogarse—. Mi compañero, el actor que interpreta a esa persona, no pone nada de su parte.

Para Lucía aquello era el principio de una conversación, pero para Juan fue solo un comentario aislado.

—Quizá no estés hecha para ese mundo —respondió, con toda naturalidad.

Después, volvió a desviar la mirada hacia las líneas que estaba leyendo.

PRIMER ACTO

ESCENA VII

Inés

El sol de noviembre se esforzaba en calentar el ambiente, pero ni siquiera a mediodía lo lograba del todo. A medida que iban pasando las horas, la sala de ensayo se iba enfriando. La luz se apagaba tras las ventanas y los focos ganaban terreno hasta ser lo único que iluminaban el lugar.

También el ánimo de los presentes se apagaba a medida que el cansancio se hacía con ellos. Inés se dejaba llevar por la somnolencia de los demás a primera hora de la tarde, aceleraba con su concentración, encontrando un punto álgido a eso de las seis, y bajaba de nuevo a partir de entonces, hasta la extenuación satisfecha de las ocho. Era entonces cuando todos se iban y la casa se quedaba a oscuras.

En aquel momento, sin embargo, seguían allí. La atmósfera era íntima gracias a la tarde que ya había caído en el exterior. Sentado al centro de la mesa estaba él, con el cabello un poco revuelto, dando a entender que no había parado desde la mañana, los codos apoyados sobre el tablero, los dedos entrelazados delante de sus labios. Observaba con atención, intentando que no se sintiera su impaciencia. A su lado, el escenógrafo estaba reclinado hacia atrás en la silla, contemplando con educado interés, algo más distante. Detrás, en las gradas, estaban sentados y mezclados unos con otros asistentes de dirección, un dramaturgo, gente de producción y, sobre todo, muchos actores. A un lado, la encargada de vestuario requería a veces a algunos de ellos y les probaba cosas durante el ensayo, en silencio.

Bajo los focos había un remedo de escenografía, montado para ser utilizado de forma temporal. Una mesa, una pequeña estantería, un sillón, una chimenea. Dos personas estaban allí; un hombre sentado y, frente a él, una mujer. Ella era Lucía. Inés la rodeó, con ligereza, acariciando sus hombros, pero ella no lo notó.

Estaba muy nerviosa, Inés lo podía percibir. Tenía mucho interés en que aquello saliera bien, y cada vez que sus ojos se volvían hacia la mesa y las gradas, llenas de siluetas oscuras que no era capaz de distinguir, su respiración se aceleraba.

—¿Vamos a ello, Alfredo? —preguntó.

—Sí, sí —dijo él, en tono cansado, como si ella le hubiese insistido hasta el punto de acabar con su paciencia—. Vamos.

Entonces él se puso en pie. Avanzó hacia ella y, con hastío, se le plantó delante.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía.

Él ladeó la cabeza para que la audiencia tuviera una buena visión de su mejor perfil.

—No deberíamos estar haciendo esto —murmuró ella—. ¿Qué va a decir Mónica? No quiero que la situación se complique todavía más, no quiero que lo que siento por ti sea un estorbo... Quizá sería mejor hacer como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros, como si no...

Él soltó una media carcajada arrogante.

—Como si nunca te hubieses imaginado esto, ¿eh? —adivinó.

—Como si nunca me hubiese imaginado... —repitió ella.

—Ajá —asintió él.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Lucía—. ¿Qué vas a hacer, Lázaro?

Él cogió la cara de ella con la mano, la atrajo hacia sí y apretó sus labios contra los de Lucía. Abrió la boca como si quisiera cubrir toda la extensión posible con ella, babeó el rostro de la mujer desde debajo de la nariz hasta la barbilla y luego repitió la operación varias veces, moviendo la cabeza de un lado a otro, en una grotesca caricatura de beso.

Guillermo se echó hacia atrás con aire exasperado y habló en susurros con su asistente. Esta se puso en pie.

—Gracias —dijo, aunque en realidad lo que estaba haciendo era

interrumpirles, no agradecerles nada—. ¿Podéis retomarlo desde «¿Qué haces?». Necesitamos algo más de energía, chicos. No hemos notado ninguna intención por vuestra parte. Tenéis que expresar, ¿comprendéis? Expresar. Otra vez, por favor.

Alfredo sacudió la cabeza y se sentó de nuevo. Lucía miró al director con angustia, viendo la creciente irritación en su mirada.

—Es que de verdad —había escuchado decir a Alfredo un par de días antes—, yo he pasado ya es fase de mi vida en la que tolero trabajar con gente amateur. Hoy en día parece que le dan el título a cualquiera, no lo puedo entender. Todas nuestras escenas se salvan solo porque estoy yo ahí tirando del carro...A ver si le buscan una sustituta ya.

De eso era precisamente de lo que tenía miedo Lucía. Inés podía sentirlo en la fina capa de sudor en su frente. Miedo de que la echasen, de ser peor que los demás, tal y como Alfredo decía. Tal y como Juan decía.

—¿Qué haces? —repitió, pero estaba nerviosa, y el efecto fue mucho peor que la vez anterior.

Alfredo suspiró y miró hacia la mesa como si le hubiese explicado algo a aquella mujer tantas veces que ya no sabía cómo expresarse para que le entendiese.

—Lucía, tienes que esperar a que él se levante —indicó la asistente de dirección.

—Lo siento —respondió ella, rápidamente—. Se me ha ido.

—Otra vez.

Alfredo se puso de pie.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía.

Él se acercó a ella, conteniéndose para no poner los ojos en blanco.

—No deberíamos estar haciendo esto —repitió Lucía—. ¿Qué va a decir Mónica? No quiero que la situación se complique todavía más, no quiero que lo que siento por ti sea un estorbo... Quizá sería mejor hacer como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros, como si no...

Esta vez él ni siquiera se rio.

—Como si nunca te hubieses imaginado esto —soltó.

—Ya está bien. —La voz de Guillermo, que no solía escucharse en los ensayos, sobresaltó a Lucía—. Basta, por favor.

Alfredo resopló una risa sardónica y se volvió hacia el director con los brazos cruzados.

—Esta escena es horrible. —Guillermo se había puesto en pie y los miraba sin parpadear con sus ojos color bronce—. Es de lo peor que nadie le ha hecho nunca a esta obra y a este autor. ¿Cuál es el problema?

—Yo no tengo ningún problema —respondió Alfredo, con calma—. Ella está muy incómoda, Guillermo, eso es evidente. Lo digo con todo el cariño, preciosa —añadió, mirado a Lucía por encima del hombro—. Entiendo que cada cual tiene sus hobbies, pero si te cuesta tanto soltarte en escena a lo mejor deberías dejar que se dedicasen al teatro los profesionales. Mira, Guillermo, yo te respeto mucho, pero me cuesta trabajar así, ¿sabes?

—No tenéis ninguna química —asintió Guillermo.

Inés pudo sentir casi físicamente cómo a Lucía se le caía el alma a los pies.

De Guillermo podía percibir otras cosas, mucho más materiales. El vello de su nuca estaba erizado, sus nudillos eran blancos por culpa de la tensión en sus manos, su voz sonaba demasiado controlada. Estaba furioso, pero se estaba conteniendo.

—Siéntate —ordenó, con brusquedad—. Sal de la escena.

Lucía se puso en pie, con las mejillas ardiendo. Dio unos pasos hacia las gradas, pero se detuvo al encontrarse la expresión de dureza de Guillermo.

—¿Se puede saber qué haces? No te lo decía a ti, sino a él.

Alfredo, confuso, se puso de pie.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Es que hay alguien más en escena aparte de ti? Claro que te lo estoy diciendo a ti. Siéntate.

El actor salió del círculo de luz de los focos y Guillermo tomó su lugar, sentándose en el sillón. Clavó los ojos en Lucía, que había reulado para volver a su sitio.

—Vamos a hacer la escena otra vez —explicó—. Ahora escúchame, Lucía. Yo soy Lázaro. Me vas a mirar como a Lázaro. No soy tu mejor amigo ni tu novio ni tu enamorado. Soy un tío que te atrae, pero al que apenas conoces. Sabes que no puede pasar nada entre nosotros, primero porque soy un poco peligroso y segundo porque tu amiga me odia. El hecho de que estemos aquí los dos, en la misma habitación, es algo prohibido. Por un lado te gusto, sí,

pero por otro también sientes que esta situación no puede ser buena. ¿Estamos?

—Sí —confirmó ella.

—Pues vamos allá. Date la vuelta, mira hacia el otro lado, tómate el tiempo que necesites y vuélvete hacia mí cuando estés lista.

—Muy bien.

Se giró hacia la parte de la sala de ensayo que seguía sumida en las sombras y respiró hondo. Sus ojos se cerraron un instante. Estaba convirtiéndose en otra persona, buscando en su interior al personaje al que tenía que encarnar. Cuando se dio la vuelta, su energía era diferente. Inés la rodeó, curiosa.

Guillermo se levantó. El sillón crujió al dejar de soportar el peso de su cuerpo. Una de las manos de él quedó en el aire, a medio camino, como si quisiera seguir avanzando hacia ella, pero él la hubiese detenido. Sus ojos estaban fijos en los de Lucía. Su expresión era la de alguien que había querido decir algo, pero se había quedado con las palabras retenidas entre sus labios, controlándose antes de que fuera demasiado tarde.

Inés lo entendió. Él deseaba acercarse a ella, pero la razón le obligaba a detenerse. No era apropiado. No estaba bien. Y, por encima de todo, podía ser que ella se asustase. No quería eso.

Entendió el miedo de él a no ser correspondido, en conflicto con su anhelo.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía, impresionada.

También ella se debatía entre dos emociones.

Él dudó un instante y después se acercó a ella. Se movía despacio, como si esperase que ella le detuviera. Pero ella no lo hizo, y él se quedó allí, frente a Lucía, demasiado cerca como para fingir que no pasaba nada inusual, demasiado lejos como para que sus dedos se rozasen.

Los ojos de Lucía se desviaron instintivamente hacia sus manos. Él los siguió con la mirada.

Centímetros de distancia que parecían kilómetros. Y, sin embargo, había una atracción magnética entre sus pieles.

—No deberíamos estar haciendo esto —dijo Lucía, aunque aquellas palabras eran más vacías que nunca. Decían lo contrario de lo que debían.

A unos metros de ellos, los demás miembros del equipo contenían la respiración.

Guillermo asintió. Era cierto que no debían hacer aquello.

Pero sus dedos se rozaron. Lucía empezó a temblar. Sus dedos se habían rozado y se entrelazaban. Sus manos se aferraban, la de él grande y cálida, la de ella temblorosa y suave.

—¿Qué va a decir Mónica? —Fue más significativo que nunca que aquí no utilizase un condicional. Lucía se rendía a lo que fuera a suceder. Ya no estaba en duda que fuera a pasar algo, solo le preocupaba la reacción de su amiga.

Guillermo se dio cuenta y le apretó la mano. La levantó, se la llevó al pecho.

—No quiero que la situación se complique todavía más, no quiero que lo que siento por ti sea un estorbo... —balbuceó Lucía. Estaba intentando argumentar, pero su mirada se perdía en los labios de él. Se obligó a sí misma a desviarla, rápidamente, volviendo la cara hacia el suelo, negándose a verle a él la cara—: Quizá sería mejor hacer como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros, como si no...

Él le tocó la parte inferior de la barbilla con los dedos, delicadamente. Ella respondió al contacto y volvió a mirarle. Le flaqueaba la fuerza de voluntad, no se podía resistir.

—¿Como si nunca te hubieses imaginado esto? —sugirió él, en tono melancólico.

Ella vio la tristeza en sus ojos, vio el miedo a no ser digno de ser querido. Suspiró. Apoyó la mano en su pecho, con una ligera presión, llamando su atención.

—Como si nunca me hubiese imaginado... —confirmó, con una pequeña sonrisa. Estaba confesando que era incapaz de desear aquello realmente.

La esperanza tiritó como un pájaro en el pecho de él.

—Si no lo imaginases tú, lo haría yo —susurró él, tan bajito que parecía estar diciéndolo solo para ella.

El resto de los presentes había desaparecido.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Lucía—. ¿Qué vas a hacer, Lázaro?

Los ojos de él sonrieron. Se inclinó hacia ella, lentamente, un poco dubitativo, pero decidido a continuar adelante. Ella levantó la cabeza, ofreciéndole los labios, cerrando los ojos cuando él ya estaba tan cerca que podía sentir su respiración. Notaba los latidos del corazón de él a través de la camisa, acompasados a los propios. Aquello era real, el calor de sus cuerpos

era real y aquel momento estaba sucediendo. El aire vibraba en torno a ellos de pura emoción.

Unos segundos antes de que sus labios se tocaran, Guillermo se separó de ella.

Ya no era Lorenzo. Era el director. Y ella ya no era Malena, sino una actriz temblorosa y un poco avergonzada al regresar a su ser.

Guillermo miró con cierto desdén a Alfredo.

—¿Has tomado nota? —preguntó.

Detrás de la mesa, Sebastián se estaba riendo por lo bajo. Alfredo, a su espalda, asintió, mohíno.

El director se giró hacia Lucía un instante.

—Has estado perfecta. Toma nota de esto tú también —indicó.

—Gracias —balbució ella.

—No, gracias a ti.

Guillermo la dejó allí sola y volvió a sentarse detrás de la mesa.

—Otra vez desde «¿Qué haces?» —exigió, lacónico—. Y esta vez, salga como salga, pasamos a la siguiente escena.

Alfredo fue a ocupar su lugar y dijo sus líneas, tan enfadado con el director por haberle puesto en evidencia que no se dio cuenta de que Lucía estaba haciéndolo mejor. No tan bien como con Guillermo, pero mejor. Podía buscar en su interior esas emociones recién descubiertas y evocarlas de nuevo. Se sentía como si el director le hubiese descubierto una nueva faceta de la relación de Malena con Lázaro.

Aquella noche, tumbada boca arriba en su cama, con Juan profundamente dormido al lado, volvió a pensar en ese beso que no se había llegado a producir. Se descubrió a sí misma preguntándose cómo habría sido, qué torbellino de sensaciones habría provocado en ella. ¿En ella o en Malena? No lo sabía.

Inés flotaba entre ellos dos, un par de metros por encima. El ambiente estaba muy tranquilo comparado al de aquella tarde en la sala de ensayo. Sin embargo, la preocupación de Lucía empañaba la paz de la noche.

«Buenas noches», le escribió a Milo.

La pantalla del móvil se iluminó de nuevo a los pocos segundos.

«¿Qué haces despierta a estas horas? A dormir ya, que si no mañana no

rindes.»

«Síiii, ok», respondió ella. «Gracias, mamá Milo, ya me voy a dormir.»

«Ya me lo agradecerás en tu discurso para aceptar el Oscar».

Lucía contuvo la risa para no despertar a Juan. Después, apartó obedientemente el teléfono y volvió a sumirse en la contemplación del techo.

¿Había deseado ese beso ella, Lucía? ¿Lo habría deseado de igual forma si hubiese sido otra persona la que hubiese estado allí a punto de dárselo? ¿Si hubiese sido Alfredo, interpretando su papel como se suponía que tendría que hacerlo? ¿O si hubiese sido Juan?

Decidió dejar de pensar en ello, porque de otro modo no podría dormirse. Era más fácil pensar que había sido simplemente teatro, nada más. Había logrado meterse en el papel más de lo que lo había hecho nunca. Eso era un paso muy grande. Se recreó unos momentos en la magia del teatro y en la satisfacción de ver cómo su personaje iba cogiendo forma.

Cualquier herramienta era buena para llegar a una actuación excelente, razonó. De modo que se imaginaría a Guillermo en lugar de Alfredo cada vez que hiciera esa escena. No había nada malo en ello.

PRIMER ACTO

ESCENA VIII

Lucía

El viernes, al terminar del ensayo, Lucía se apresuró a entrar en el vestuario para cambiarse de ropa. Prefería salir de allí la primera, para que no fuera tan evidente que se marchaba sola, y también para evitar que le preguntasen por sus planes. No tenía ninguno, salvo volver a casa. Milo vivía fuera, y ninguno de los pocos amigos que eran de su ciudad estaba libre aquella noche. Por triste que fuera, iba a irse a casa, a ver alguna película con Juan. Aunque en el pasado aquel plan podía haberle parecido romántico y apetecible, algo había cambiado. El hastío que le producía le obligaba a encarar una realidad cada vez más palpable: no deseaba pasar tiempo con Juan, pero no se sentía preparada para enfrentarse al cambio que esto suponía.

Ni siquiera quería pensar en ello.

Salió del vestuario y subió la escalera, a toda velocidad, hacia la entrada trasera del teatro. Alguien subía también, tras ella, igual de rápido, pero se detuvo.

—¡Lucía! ¡Oye, Lucía!

Ella se detuvo y acechó por el hueco de la barandilla. Allí estaba Sebastián, un piso por debajo, mirándola con la cabeza asomada.

—¿Tanta prisa tienes? ¿A dónde vas?

—A ningún sitio —admitió ella, a regañadientes.

Sebastián subió y Lucía le esperó, rindiéndose ante lo inevitable. Él se plantó ante ella, sonriendo bajo su bigote, los ojos amables brillando

divertidos.

—¿No tienes planes?

A Lucía le agradaba Sebastián, pero no le hacía mucha gracia que él se regodease en su situación. Frunció el ceño.

—Netflix y sofá —resumió—. Cuando me muera, podrán en mi lápida: «Su vida fue muy sosa».

Aquel era uno de esos comentarios que Lucía normalmente se guardaba para sí, pero lo dijo en voz alta antes de darse cuenta de que lo hacía. Se arrepintió de inmediato.

Sebastián se rio.

—Tendremos que hacer algo para evitar eso —declaró, de buen humor—. Estábamos hablando de ir a tomar algo a un sitio que hay cerca de aquí. ¿Te quieres apuntar?

Lucía le miró, perpleja. ¿Por qué la invitaba aquel día y no algún otro anterior? Tardó unos segundos en responder, pero las ganas que había tenido durante aquellas semanas de sentirse incluida en el grupo le hicieron sobreponerse.

—Sí —exclamó, antes incluso de procesarlo—. Sí, claro. ¿Vais ahora mismo, sobre la marcha?

—Ahora mismo —confirmó Sebastián—. Yo voy a ir en coche, porque ya que estoy lo dejo aparcado allí y me voy luego directamente a casa. Si quieres, puedes venir conmigo.

Lucía asintió, con una sonrisa.

—Perfecto. Entonces espérame un segundo —pidió Sebastián—. Voy a buscar mis cosas y vengo. Lo tuve que dejar todo atrás para que no te me escaparas... —le guiñó el ojo—. Dame un momento.

Bajó de nuevo las escaleras. Lucía se apoyó en la barandilla, sintiéndose un poco tonta por estar ahí parada, esperando. Enseguida volvió a oír pasos por la escalera: era Estrella, que subía con otros dos miembros del elenco.

—Vienes, ¿verdad, Lucía? —preguntó Estrella, con ligereza, como si no hubiera ella misma evitado invitarla durante un periodo de tiempo demasiado largo.

—Sí —respondió ella—. Estoy esperando a Sebastián.

—Ah, maravilloso —canturreó Estrella—. Nos vemos allí.

Por suerte, se habían marchado ya cuando llegó Sebastián.

—Listo. ¿Vamos?

Subieron juntos la escalera. Lucía le miraba de reojo. Era extraño, porque aunque le había caído bien desde el primer momento, no habían hablado mucho durante los ensayos. Él estaba siempre ocupado, cuando no con su propio trabajo, intercambiando impresiones con Guillermo. Era la sombra del director, incluso más que su asistente.

—Guillermo y tú os conocíais de antes, ¿no? —preguntó.

—Sí —Sebastián le abrió la puerta para salir a la calle—. Somos amigos desde el instituto.

—¿En serio?

—Sí. Hicimos un montón de proyectos juntos de adolescentes. Me cayó una cámara de vídeo unas Navidades y nos pasábamos la vida grabando películas con nuestros amigos. Ya sabes.

Lucía rio.

—Mis amigas y yo grabamos un programa de radio. Todavía tengo por algún sitio los casetes.

—¿Un programa de radio?

—Principalmente de noticias, aunque también tenía números musicales —explicó Lucía, muy seria—. Se llamaba «El cronómetro», no me preguntes por qué. Bueno, ¿y qué pasó con vuestra productora de cine?

Llegaron al coche. Lucía se sentó de copiloto y Sebastián arrancó. Conducía con serenidad, con movimientos seguros y suaves. Del retrovisor colgaba un llavero con la foto de un niño pequeño.

—Se acabó cuando Guillermo se fue a estudiar música y yo arquitectura —relató Sebastián—. Sí, arquitectura, imagínate. Luego tiré para escenografía y él para teatro, y unos años después nuestros caminos volvieron a encontrarse. Trabajamos juntos siempre que tenemos la oportunidad.

A los pocos minutos, Sebastián volvía a aparcar. Estaban en una calle ancha y tranquila, casi vacía. En la acera de enfrente, un local tenía las luces encendidas. Era un pub a medio camino entre una discoteca y un irlandés, con mesas y una pequeña pista de baile. Sebastián guio a Lucía hasta la puerta.

Dentro estaban ya reunidos muchos de sus compañeros.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Sebastián.

—Una caña —dijo ella sin pensarlo.

—Voy a por ella.

Lucía se acercó a los demás, que la saludaron como si fuera habitual que ella saliese con ellos. Al parecer, todos habían decidido obviar el incómodo hecho de que era la primera vez que la invitaban. Lucía lo agradeció. Era más fácil para todos así.

—...Y a ella le gustaba otro, pero aun así, ya puestos a ello, dijo... —estaba narrando Estrella, animada.

Lucía se sentó a su lado, pero no escuchó la conversación. Paseó la mirada por el local, hasta detenerla en Sebastián, que estaba junto a la barra. A su lado se encontraba Guillermo, apoyado con un aire relajado que parecía antinatural en él, conversando. Cuando la camarera trajo las dos cañas, Sebastián las cogió y ambos caminaron hacia la mesa.

—Gracias —le dijo Lucía, aceptando la bebida.

—Ah, ¿ya estás cotilleando otra vez, Estrella? —bromeó Sebastián, tomando asiento.

Ella se encogió de hombros, risueña.

—De algo hay que hablar —respondió—. ¿O es que tienes tú algo que contarnos y yo estoy acaparando la atención de todos?

—Bueno, yo siempre tengo algo que contar —respondió Sebastián, en tono vago.

Guillermo se sentó junto a Lucía, sin mirarla.

—¿Tú te has enterado de toda la historia? —le preguntó Estrella.

—Yo prefiero no saber nada de eso —afirmó él, decidido—. Si de mí dependiera, no habría espacio para tejemanejes románticos entre los trabajadores en un mismo montaje. Por desgracia, parece que los ensayos de teatro sean un invernadero para este tipo de relaciones...

Estrella se rio de su tono categórico, contagiando la risa a otros de los presentes.

—Vaya, así que eres anti romántico. Seguro que también odias San Valentín.

—Solo estoy en contra de los amoríos entre compañeros de ensayo —matizó él—. Entorpecen la labor de todos los demás. No debería haber lugar para ellos en un ambiente de trabajo... —insistió, pero ante la mueca de Estrella, se vio obligado a sonreír—. Y sí —añadió antes de beber un trago—, odio San

Valentín.

—Yo también odio San Valentín —intervino Lucía, para sorpresa de todos—. En San Valentín del año pasado salí con algunas amigas, todas dispuestas a escapar del horror cupidesco. Nos metimos en una especie de antro en un semisótano, horrible. Todo estaba lleno de humo y no se podía ni respirar. Entonces llegó un chico y se puso a hablar conmigo, muy majo... Empezamos a bailar y de todo —contó—. A mí me picaba muchísimo la garganta, no podía ni hablar. Le decía todo el tiempo que sí y que no con la cabeza, esperando que él pensase que yo era muy tímida o algo... —Los demás se rieron, lo cual animó a Lucía a seguir contando su historia—. De pronto, me soltó: ¿quieres venir un rato a mi casa... o prefieres que hagamos una pequeña excursión para comprobar cómo son los baños en este sitio?

—¿Y qué hiciste? —inquirió Estrella, divertida.

—Me acerqué a él para hablarle de cerca, porque si no, no me iba a escuchar... Nuestras caras estaban muy pegadas. Abrí la boca para responderle... pero era imposible hablar. ¡Imposible! Así que, en vez de eso, le tosí encima... —Le costó hablar por encima de las risas de los demás—. No me volvió a hablar nunca, claro... ¡fue mucho más efectivo que lo que yo tenía pensado decirle!

Los demás rieron más todavía.

—Qué horror, qué vergüenza —se lamentó Estrella—. ¿Cómo soportaste quedarte allí después de eso?

—No me quedé. Otro chico me acompañó a la calle y se quedó conmigo hasta que estuve mejor —explicó Lucía.

—¿A él no le tosiste?

—No. Es mi prometido ahora...

Estrella murmuró algo, con una sonrisa, pero sus palabras se perdieron en el alboroto del pub. Lucía sorprendió a Guillermo mirándola, con expresión inescrutable, a continuación, bajando la vista hacia el anillo que ella llevaba puesto.

—¿Cómo es que has venido a trabajar aquí, si eres de Berlín? —le preguntó Lucía, aprovechando que los demás habían seguido charlando.

—No soy de Berlín —corrigió él—. Trabajo allí desde hace varios años, pero soy de aquí. Mi primer montaje lo estrené en este teatro... De vez en

cuando vuelven a contactar conmigo, y a mí me cuesta decir que no.

—Así que eres un nostálgico —señaló Lucía.

Él sonrió.

—¿Tú no?

Ella se encogió de hombros.

—¿Tu familia vive en Berlín también?

Guillermo volvió los ojos hacia el centro de la mesa.

—No —respondió, sin mirarla—. Mis padres son españoles.

—Creía que estabas casado.

—No —respondió él, cada vez más distante—. No lo estoy.

No añadió nada después de eso, y Lucía no supo qué otra cosa podía decir. Al cabo de unos minutos, Guillermo empezó a hablar con otra persona y ella se quedó en silencio, escuchando la conversación.

El director no tardó mucho en ponerse en pie.

—Hasta mañana —se despidió—. Pasadlo bien.

A nadie pareció sorprenderle que él se marchase tan pronto, pero Lucía se quedó un poco preocupada.

Él había reaccionado de una forma muy extraña cuando ella le había preguntado por su familia. Estaba claro que no se había sentido cómodo hablando del tema, y ella tenía la desagradable sensación de haber metido la pata. Sin embargo, no sabía qué era lo que podía haber hecho mal. Aquella pregunta había sido de lo más normal.

Estrella notó que estaba un poco chafada.

—¿Qué pasa, guapa? ¿Por qué pones esa cara? —preguntó, en voz baja.

Lucía examinó un momento los ojos grandes y confiados de la otra.

—No sé si he dicho algo que haya molestado a Guillermo —confesó—. Creo que se ha ido por mi culpa.

La otra actriz hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Oh, no, no pienses eso. Él siempre se va pronto, ¿a que sí, Sebastián? —llamó su atención—. ¿A que Guillermo se marcha siempre el primero?

—Sí —confirmó él.

—Es porque va todas las mañanas prontísimo al teatro —explicó Estrella—. Le gusta revisar la planificación del ensayo o qué sé yo. Si me preguntas, es un poco adicto al trabajo —concluyó—. Pero eso no es culpa de nadie.

Lucía asintió, más tranquila. Procuró seguir la conversación y disfrutar de la noche, pero le resultaba muy difícil. Estaba contenta por que le hubiesen invitado y era agradable poder pasar el rato con sus compañeros, que ofrecían una compañía divertida y amena. Por otro lado, habiéndose ido Guillermo, no le apetecía tanto estar allí.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Sebastián.

Lucía parpadeó. Él sonrió, como si fuera consciente de que acababa de sacarla de golpe de sus pensamientos.

—Claro —respondió ella.

Sebastián no sabía bailar, pero lo hacía con unas ganas que compensaban la falta de técnica. Enseguida, Lucía empezó a pasárselo tan bien que perdió la noción del tiempo. Cuando volvieron a la mesa para beber algo y recuperar el aliento, hacía tiempo ya que había pasado la medianoche.

—¡Pero qué tarde es! —exclamó Lucía, alarmada—. ¡Tengo que irme!

—¿El hada madrina te dijo que volvieses a las doce? —preguntó Sebastián.

Lucía rio.

—No, pero no había avisado en casa de que iba a llegar tan tarde —explicó—. Pensé que solo íbamos a tomarnos una cerveza. ¡Me voy corriendo!

Volvió a casa con el ánimo mucho más alegre. Por fin se sentía plenamente parte del grupo. Incluso la extraña reacción de Guillermo había pasado a un segundo plano. Seguro que Estrella tenía razón y que su marcha no tenía nada que ver con las preguntas de Lucía.

Abrió la puerta del piso con cuidado para no hacer ruido, pero la luz estaba encendida en el salón. Se dirigió allí, contenta de que Juan no se hubiese ido aún a la cama.

—¡Hola! —saludó—. Adivina quién ha ido hoy a tomar algo con los demás. ¡Yo! Me ha invitado Sebastián, por fin, y ha estado muy bien.

Juan la miró con la cara contraída de furia.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien —bufó—. Yo no te importo nada, ¿no?

Lucía se detuvo, desconcertada, con la llave todavía en la mano.

—¿Qué dices?

—Llevo aquí horas esperándote, pero a ti te da igual. Mientras te lo

estuvieras pasando bien con tus amiguitos del teatro, todo bien. A mí, que me jodan.

—Lo siento, Juan, no quería preocuparte. No pensé que fuera a quedarme tanto tiempo. Siento que me hayas tenido que esperar.

Él se dio la vuelta y se metió en el dormitorio, sin decir palabra. Lucía le siguió.

—Oye, Juan. ¿Y por qué no me llamaste?

—¿Tenía que llamarte? ¿No te parece que no debería ser responsable yo de tu falta de consideración? A lo mejor tú tenías que haberme llamado a mí —gruñó.

Lucía lo entendió de pronto. Él quería enfadarse con ella. Por eso no la había llamado. En lugar de eso, se había quedado en casa, despierto, rumiando su mal humor y su rabia, esperando a que ella llegase para soltarle todo aquello encima.

—¿Estás celoso? —preguntó.

—¿De quién voy a estar celoso?

—No sé. De mi trabajo nuevo. Es verdad que ya no estamos tanto tiempo juntos como cuando íbamos a la misma oficina...

Él se metió en la cama.

—Claro que no estoy celoso —dijo en tono cáustico—. Vaya tontería. Pero es verdad que estás cambiada. Desde que trabajas como actriz no pareces la misma. Será el estrés o algo, pero... no, no eres la misma.

Lucía sabía que él quería ser hiriente, pero sus palabras le parecieron un cumplido.

PRIMER ACTO

ESCENA IX

Inés

Los ensayos se habían trasladado al escenario principal del teatro. Entre las butacas alguien había instalado una gran mesa, detrás de la cual, con una pequeña lamparita que iluminaba sus notas, se sentaba el director con sus compañeros. Los actores y actrices permanecían sobre el escenario, entre bastidores o bien discretamente sentados en las primeras filas. En la cabina al fondo de la sala, los técnicos se comunicaban con el director a través de un pequeño transmisor.

—Está bien, vamos a descansar diez minutos y seguimos —indicó el director, poniéndose en pie.

Alguien encendió las luces de sala. Un murmullo surgió en cuando los presentes empezaron a reunirse en grupos para comentar las escenas que acababan de ver y hacer consultas sobre las siguientes.

Guillermo estiró las piernas dando un par de pasos, contemplando la sala, sin hablar con nadie. Inés le seguía, como una brisa casi imperceptible pasando a su lado, jugando con los mechones de su cabello, desordenándole un poco las hojas de papel sobre la mesa. Logró abrir un cuadernillo fino lleno de imágenes, descubriendo su contenido. Estaba lleno de dibujos coloridos, un poco chillones, letreros en amarillo fluorescente: era un catálogo de juguetes.

El movimiento de las páginas llamó la atención de Lucía, que se había acercado a la mesa. Estaba un poco nerviosa, Inés podía notarlo. Acarició las mejillas de la mujer, intentando transmitirle que no había de qué preocuparse,

estaba haciendo justo lo correcto. Estaba bien que quisiera hablar con Guillermo, aunque no supiera de qué. La respuesta estaba precisamente ahí, junto a sus manos.

—¿Buscando ideas para regalos de Navidad? —preguntó, con una sonrisa.

Él levantó los ojos hacia ella, cogido por sorpresa.

Lucía se tensó un momento, nerviosa. Tenía miedo de meter la pata, porque aún arrastraba la sensación de haber dicho algo inadecuado en el pub. Sin embargo, la actitud de él era, si bien cautelosa, pacífica. Inés, muy cerca de los latidos de su corazón, supo que estaba haciendo un esfuerzo por no mostrarse receloso ni huidizo.

—Sí —respondió.

Lucía asintió, con una media sonrisa. No dijo nada más, porque él tampoco le había dado pie a ello y no quería hacerle más preguntas si solo iba a obtener monosílabos a cambio. No pretendía interrogarle.

Él, consciente de que estaba en sus manos continuar la conversación o no, dio unos pasos hacia ella, quedando la mesa entre los dos. Lucía le miró, y él le sostuvo la mirada unos segundos.

Los ojos de ella eran muy brillantes bajo las luces del teatro. En el silencio que había a su alrededor, las respiraciones de ambos se hicieron perceptibles. No había nadie más en el patio de butacas. Parecía que el tiempo se hubiese detenido.

—Para mi hija —explicó él.

Inés percibió la dificultad con la que las palabras eran pronunciadas por sus labios secos, aunque su tono fuese natural.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Lucía, de forma amigable.

—Nueve —respondió él.

Ella le miró, intentando calcular la edad de él.

—Anda, la tuviste muy joven, ¿no?

Guillermo se rio.

—Qué va. Debía tener yo treinta y cinco o treinta y seis. Treinta y seis.

Inés sabía que Lucía quería hacer más preguntas. Por suerte, se contuvo. Guillermo estaba tranquilo, pero nada aseguraba que fuera a llevar bien otra intromisión en su vida privada.

La mujer ojeó el catálogo.

—Hay un montón de cosas —comentó—. La verdad es que a mí me sorprende la de juguetes que hay hoy en día. Cuando yo tenía nueve años me hubiera vuelto loca uno de estos. O de estos. —Levantó la mirada hacia Guillermo, divertida—. ¿Tú también tenías algo que pedías todos los años y nunca te traían?

Logró arrancarle a él una sonrisa.

—Un perro —admitió—. Pero nunca fui lo bastante bueno como para que los Reyes considerasen que lo merecía.

—Seguro que eras malísimo —coincidió Lucía, con ironía—. Ya se te ve ahora, rompiendo las reglas siempre, metiéndote en líos, trasnochando...

Él volvió a reírse.

—Así soy yo... un jueguista. ¿Y tú? ¿Tenías algún regalo que nunca te trajeron?

—Un coche teledirigido —respondió Lucía—. No, no te rías. No uno cualquiera. Uno en concreto que cuando chocaba con algún obstáculo se daba la vuelta y seguía circulando boca abajo. Era amarillo por un lado y verde por otro. Salía en los anuncios, ¿sabes cuál digo?

Él sacudió la cabeza.

—Creo que eso a mí ya me debió pillar muy mayor. Ten en cuenta que estás hablando con un niño de los setenta.

—Huy, es verdad, si eres prácticamente una momia... No sé cómo se me podía haber olvidado... —bromeó ella—. ¿Cuál es el regalo que tu hija pide siempre pero nunca le toca?

Guillermo meditó un instante. No estaba intentando adivinar el regalo, sino decidir si quería compartir aquella información o no.

—Mi exmujer me ha dicho que anda suspirando por una muñeca —dijo finalmente—. Es una que a lo mejor a ti te suena, de hecho... Una especie de niña de trapo, con trenzas, regordeta, algo así. —Cogiendo un portaminas, esbozó con trazos rápidos en uno de los márgenes del catálogo—. Estaba de moda a finales de los noventa.

Lucía se inclinó para ver el dibujo. Se le iluminó la cara.

—¡Sí, claro que me acuerdo de ellas! Es verdad, hubo una época en la que todo el mundo las tenía en el colegio. ¿Las siguen haciendo?

Guillermo se apartó y guardó el portaminas, encogiéndose de hombros.

—No, que yo sepa —contestó—. Y mira que he buscado.

Lucía le miró, pensativa.

—Quizá en alguna tienda de segunda mano. ¿Cómo es que se le ha antojado precisamente esta muñeca a tu niña?

Él se encogió de hombros de nuevo, aunque esta vez el gesto fue un poco más tenso.

—Yo no tengo ni hijos ni sobrinos —compartió Lucía, intentando alejarse de un tema que había percibido ella también como peligroso—. Las Navidades en mi casa son un rollo.

—Las mías también —dijo él—. Nevadas, pero un poco solitarias.

—¿Tienes más hijos?

La expresión de él se ensombreció. Se apartó de la mesa de nuevo, echándose hacia atrás, casi sin darse cuenta.

—No —respondió, con cierta brusquedad—. Solo una hija.

Lucía le miró, consternada. No sabía qué había hecho para molestarle. Dudó, queriendo añadir nada más, pero temerosa de estropear todavía más el momento. Decidió callar.

Inés no tenía tiempo para consolarla. Se había refugiado contra el pecho de Guillermo, tratando de animarle, de que él notase que ella estaba allí. No lo logró. El director se volvió hacia el escenario.

—¡Vamos a seguir! —exclamó. Encendiendo el micrófono, añadió—. Apagad sala, por favor.

Las luces de sala se extinguieron.

Lucía, confusa, se retiró hacia el escenario y subió por las escaleras laterales, entendiendo que el instante de conversación había terminado ya.

Él la observó desde la oscuridad, durante unos segundos, antes de sacudir la cabeza, como para deshacerse de un pensamiento molesto o un sentimiento de culpa incómodo. Alargó las manos, cogió el catálogo de juguetes y lo cerró para guardarlo en su carpeta, lejos de la vista de los demás.

Sebastián se sentó a su lado. Olía a tabaco y su chaqueta estaba fría. Venía del exterior.

—¿Ya ha terminado el recreo? —preguntó, despreocupado.

—Sí —respondió Guillermo, conciso.

Su amigo le estudió, sus pupilas indistinguibles en la oscuridad.

—¿Va todo bien?

—Sí —Guillermo le devolvió la mirada, de reojo. Luego se dirigió a su asistente, que se había sentado una fila por delante de ellos—. Vamos a retomarlo desde la escena seis.

—¡Escena seis! —exclamó ella, alzando la voz—. Desde el principio, chicos. Alfredo, acuérdate de entrar por la izquierda esta vez.

Entre bambalinas, Lucía se había sentado en una silla huérfana, pegada a la pared negra de la caja escénica. Apoyó la barbilla en sus manos y miró hacia el escenario a través de la rendija entre las telas negras. No veía nada, pero fingió estar concentrada en la escena para no tener que hablar con nadie. No entendía qué era lo que había sucedido, solo sabía que había intentado acercarse a Guillermo de buena fe y que de nuevo lo había fastidiado todo.

Alguien apoyó una mano en su hombro arrancándola de sus pensamientos. Era Estrella, que se agachó a su lado.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó, con una sonrisa.

Lucía la miró, sin comprender.

—¿Perdona?

—Guillermo y tú —especificó Estrella, animadamente, sin avergonzarse lo más mínimo por estar buscando información para cotillear—. ¿De qué hablabais?

Por un momento, Lucía la contempló con incredulidad. Estaba a punto de deshacerse de ella, pero las formas directas y sinceras de Estrella la conmovieron. Ella era así, no lo podía evitar. Cuando otros irían a las espaldas de los demás e inventarían la información que desconociesen, Estrella preguntaba a la cara aquello que quería saber.

Lucía se encogió de hombros.

—No lo sé, estábamos hablando de regalos de Navidad y le pregunté cuántos hijos tenía... Y se ha puesto raro, no sé si he dicho algo que no debía —resumió.

Miró a Estrella, intentando descifrar su expresión en la penumbra, con la esperanza de que le revelase que ella sabía algo que pudiera aclarar la situación.

Estrella suspiró profundamente.

—Claro, pobrecillo —musitó, compasiva—. Debe resultarle muy difícil

hablar de su hija. Claro que tú no lo sabías, ¿cómo lo ibas a saber? Y has metido el dedo en la llaga, pobre. Pero no te preocupes, cariño, seguro que él sabe que lo has hecho sin mala intención. A ti se te nota que no quieres mal a nadie, y a las personas buenas se les suele perdonar la torpeza. O eso creo yo.

Lucía frunció el ceño.

—¿Pero qué...?

No sirvió de nada. Tal vez porque no la había escuchado, tal vez por considerar que lo que ella estaba diciendo era de más relevancia que cualquier explicación, Estrella siguió hablando.

—Aunque yo opino, querida, que las desgracias siempre tienen un lado bueno. Sería insensible decirlo, por supuesto, ¡ni se me ocurriría!, pero no puedo dejar de pensar en lo mucho que debe haberle enriquecido esta experiencia como creador, ¿sabes? El haber sufrido tanto seguro que ha afectado radicalmente a su visión, a su forma de dirigir... Huy, querida... Perdona... Tengo que prepararme ya.

Y, dejando a Lucía más desconcertada aún que antes de hablar con ella, Estrella se puso en pie, se apartó y cerró los ojos un momento para concentrarse antes de salir a escena.

PRIMER ACTO

ESCENA X

Lucía

Durante los días siguientes, Lucía no pudo pensar en otra cosa: tenía que conseguir hacer desaparecer esa barrera de incomodidad que se había interpuesto entre Guillermo y ella. No solo era importante porque las pocas ocasiones que había conseguido conversar brevemente con él había sido muy agradable, ni siquiera porque no pudiera evitar seguirle con la mirada durante los ensayos y estar pendiente de todas sus reacciones, ni por cómo se le aceleraba el corazón cuando le escuchaba hablar con sus compañeros y le parecía oírle pronunciar su nombre.

No, había una razón mucho más poderosa que aquellas: desde que sentía el ambiente raro entre ellos, cada vez que pensaba en él el sentimiento que la colapsaba era de preocupación y no de anhelo. Y esto afectaba gravemente a su interpretación de Malena, porque ya no podía imaginarse a Guillermo en el lugar de Alfredo en las escenas románticas.

Aunque con toda probabilidad el director no supiera a qué se debía aquello, estaba claro que se había dado cuenta de que algo pasaba. En el último ensayo que habían tenido, a última hora, había perdido los nervios después de ver a Alfredo y a Lucía luchar contra la escena un par de veces, sin lograr sacarla adelante. Guillermo se había puesto de pie.

—Basta —había dicho, desapasionadamente—. Vámonos todos a casa. No tiene sentido seguir dándole vueltas a esto, no estamos avanzando nada. Revisad esta escena por vuestra cuenta, quedad a solas, haced lo que creáis

conveniente, pero no volváis a venir aquí con esto como está. Tenéis mis indicaciones, os sabéis el texto, conocéis los movimientos que hemos marcado. Lo que os falta es sangre o espíritu o verdad, algo. Buscadlo, no tiene sentido seguir repitiendo esto hasta que lo encontréis.

Todo el mundo se quedó inmóvil, mirándole, sin atreverse a parpadear siquiera. Guillermo les observó, incrédulo.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis ahí congelados? He dicho que todo el mundo a casa. Luces de sala, por favor. Recoged. Todos necesitamos un descanso, esta última escena ha sido un suplicio.

Sebastián se rio por lo bajo y fue el primero en ponerse en marcha y empezar a recoger.

—¡Ya lo habéis oído! Hoy nos vamos pronto a casa —anunció.

Alfredo bajó del escenario pasando como una exhalación junto a Lucía, sin mirarla ni siquiera al pegarle un pequeño empujón. Le habían sentado como un jarro de agua fría los comentarios despiadados del director.

A Lucía tampoco le hacía gracia que se describieran sus esfuerzos como «un suplicio», pero no dejaba de admitir que Guillermo tenía algo de razón. A ella no le faltaba la autocrítica y podía darse cuenta de que aquella escena dejaba mucho que desear, tanto por parte de Alfredo como por la suya. Como era imposible ensayar con él, seguía repitiendo sus líneas delante del espejo y encontrándose, para su desolación, con que no era capaz de resultar convincente ni siquiera ante sí misma.

Las únicas veces que lo había hecho bien habían sido con Guillermo en el papel de Lorenzo, aunque fuese en su imaginación. Si quería volver a ejecutar aquella escena de forma orgánica, tenía que lograr revivir esas sensaciones en su interior. Y eso significaba eliminar la incomodidad que las eclipsaba.

Por suerte, una luminosa mañana de sábado se le ocurrió la forma de volver a acercarse al director. No fue cosa suya, sino de Juan, que estaba desayunando frente a ella, con el periódico abierto sobre la mesa.

—Mira —comentó, rumiando su tostada—. No me puedo creer que todavía hagan estos juguetes horribles. ¿Te acuerdas de ellos? Eran una especie de pájaros que hablaban. Todo el mundo quería uno cuando yo tenía diez años o así.

Lucía echó un vistazo al anuncio.

—En mi colegio no. Allí todo el mundo quería una de esas muñecas con trenzas —comentó, recordando el dibujo que había hecho Guillermo.

—Serían las niñas —matizó Juan.

—Bueno, y algunos niños —hizo memoria Lucía—. Mi vecino tenía una morena y yo tenía una rubia... Ahora que lo pienso, debe seguir por alguna parte en mi casa, no recuerdo haberla tirado ni nada...

Se quedó callada, de pronto. Aquello podía ser una buena idea.

—Sí... Seguro que la sigo teniendo.

Apuró su café con presteza.

—Voy a acercarme a casa de mis padres.

—¿Ahora?

—Sí. Volveré para comer.

Cogió las llaves del coche antes de que Juan pudiera decir nada en contra. En menos de una hora estaba aparcando frente a la puerta del jardín.

—¡Hola! —saludó alegremente, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Lucía? —se oyó la voz de Vicente desde el salón.

—Sí, soy yo. —Se acercó para darle un beso antes de que él se levantase del sofá—. ¿Cómo estás? ¿Está mamá?

—Bien, bien... No, está en casa de la tía Ana... ¿Cómo es que has venido?

—A buscar una cosa en mi cuarto —explicó Lucía—. No, no hace falta que te levantes, papá, ya me aclaro yo. Iba a preguntarle a mamá por si ella recordaba si lo habíamos dado o si seguía guardado, pero no pasa nada, echaré una ojeada y ya está.

Salió del salón para dirigirse a su cuarto.

—¿Qué tal está Juan? —preguntó Vicente.

—Muy bien —respondió ella, distraída, empujando la silla de su escritorio hasta el armario.

Se encaramó a ella para abrir las puertas del altillo. Allí había algunas cajas llenas de trastos antiguos. Empezó a bajarlas una a una, dejándolas sobre la alfombra.

Oyó la televisión apagándose y al cabo de unos minutos, Vicente entró en su cuarto y se sentó en la cama.

—¿Qué estás buscando?

Lucía le miró con afecto.

—Una muñeca —contestó—. Esa de trenzas rubias y vestido rojo que tenía de pequeña. ¿Sabes cuál digo?

—¿La Caperucita?

Ella se echó a reír, encantada.

—¿Es verdad! No me acordaba de que la llamaba así. Caperucita, sí... justo esa. No me suena que se la hayamos regalado a nadie, ¿no?

Vicente negó con la cabeza y contempló a su hija revolviendo en las cajas.

—¿Te va bien en el trabajo ese del teatro? —preguntó.

—Sí, papá —respondió Lucía, con cierta impaciencia—. Me va bien.

—¿Te han dicho algo de si te van a hacer contrato indefinido?

—Todavía no.

—Estaría bien que te dijeran...

—Sí, papá, sí, estaría bien, pero aún no me lo han dicho... Seguramente no me digan nada hasta que termine este proyecto. De verdad, dejad de preocuparos por eso, ¿vale?

Él se encogió de hombros.

En ese momento, ella sacó de una de las cajas la muñeca rubia que estaba buscando. La observó un momento, satisfecha, y después le dio un abrazo, siguiendo un impulso. El juguete era igual de cariñoso que como lo recordaba. Estaba segura de que haría las delicias de cualquier niña.

—Me parece que puedes estar aferrándote a las cosas que valorabas de niña —dijo Vicente—. En lugar de fijarte en las que deberían ser importantes para ti como adulta.

Lucía sacudió la cabeza.

—De verdad, papá. ¿Lo dices por la muñeca? No es para mí. Es un regalo de Navidad para una niña pequeña. De nueve años. ¿Te parece que es una edad normal para que valore una muñeca?

—No lo decía por eso.

—Vale. Pues no te preocupes tanto. Te aseguro que le doy importancia a todas las cosas importantes... ¿Me ayudas a volver a meter todas las cajas en el altillo?

Cuando todo hubo regresado a su sitio, Lucía dio un beso a su padre, guardó la muñeca en una de las bolsas de papel que su madre guardaba en un cajón y volvió a casa. Una vez allí, dejó la muñeca, aún envuelta, en el bolso grande

de tela que llevaba a los ensayos y procuró dejar de pensar en ella hasta el lunes.

Cuando llegó al teatro, Guillermo estaba ya allí, pero Sebastián se encontraba con él. Lucía no se sintió con el suficiente aplomo como para acercarse a ellos y sacar una muñeca, de modo que dejó el bolso en el vestuario. Aguardó durante el resto del día, esperando un momento en el que poder encontrarse con el director a solas, pero este no llegaba. A la hora de comer, Guillermo abandonó la sala junto a Carolina, discutiendo una cuestión de vestuario, y no volvió hasta que la mayor parte del elenco estaba ya presente. Durante el ensayo de la tarde, Lucía estuvo en escena prácticamente en todo momento. El estar más pendiente de la muñeca que de la obra y la falta de inspiración que llevaba sufriendo ya varios días tuvieron como resultado que no fue capaz de dar pie con bola en las cuatro horas que pasó lidiando con Alfredo.

Por fin dieron las ocho y todo el mundo empezó a prepararse para irse. Lucía corrió a buscar su bolso y después estuvo perdiendo el tiempo en el escenario, entre bambalinas, confiando en que Guillermo también se retrasase. El director estaba en el patio de butacas, hablando con Sebastián y dándole la espalda a ella. Sin embargo, el escenógrafo la debió ver, porque sonrió y se enzarzó en una discusión muy larga con Guillermo, reteniéndole hasta que todo el mundo se hubo marchado. Cuando ya solo estaban ellos tres en la sala, Sebastián interrumpió la conversación súbitamente, se despidió y subió las escaleras del escenario con rapidez.

—Adiós, Lucía —dijo al pasar a su lado.

Ella se sonrojó, consciente de que Sebastián sabía que ella deseaba hablar con Guillermo a solas. Bajó al patio de butacas para encontrarse con el director, que terminaba de recoger sus cosas un poco perplejo.

—¿Qué le ha pasado a Sebastián? —preguntó al ver aparecer a Lucía—. Se ha ido como si le persiguieran.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Perdona, Guillermo —añadió enseguida, al ver que él había acabado de reunir sus documentos y apuntes dentro de la carpeta y se disponía a marcharse—, si no te importa que te entretenga un momento... Tengo algo para ti.

La puerta que unía el escenario con las escaleras traseras y los camerinos se cerró, y la sala quedó en completo silencio. Guillermo dejó de nuevo la carpeta sobre la mesa.

—¿Sí?

Lucía sacó la bolsa de papel y se la tendió. No sabía por qué, pero estaba muerta de vergüenza.

—Me acordé de que la tenía... Y pensé...

Él, intrigado, abrió la bolsa y sacó de ella la muñeca. La miró un momento, sin palabras, con mucha más emoción de la que Lucía había esperado. Después, clavó los ojos en ella, aún con la muñeca en la mano. Parecía conmovido.

—¿Es un regalo? —preguntó.

—Sí, para tu niña... Para...

—Nina —dijo él.

—¿Nina? Qué nombre tan bonito. Nina, como la de *La gaviota*...

—Precisamente —sonrió él.

Lucía le devolvió la sonrisa, algo más calmada.

—Pues eso, para ella. La tenía yo de pequeña, así que es de segunda mano, pero pensé que si no la conseguías encontrar nueva, quizá no le importaría...

Guillermo sentó a la muñeca en la mesa y se cruzó de brazos, como si no supiera bien qué hacer con sus manos.

—Claro que no. Es un detalle precioso, Lucía, muchas gracias. A Nina le va a encantar, le hace mucha ilusión tener esta muñeca y está descatalogada en todas partes. ¿Seguro que no te importa?

—No, segurísimo... ¿Para qué quiero yo una muñeca? No tengo sobrinos ni nada... No, no, si a tu niña le hace ilusión, la tiene que tener ella. Una muñeca está mucho mejor en el cuarto de una niña que en el altillo de una adulta, ¿no te parece?

—Gracias —repitió él.

—No hay de qué —resolvió ella—. Y ya no te molesto más, que querías irte.

—No me molestas en absoluto —corrigió él, en tono suave.

—Bueno, una cosa más —añadió ella—. Siento haber estado un poco dispersa esta semana. Me está costando mucho la escena con Lorenzo.

Guillermo ladeó la cabeza y se tocó los labios con los dedos índice y

corazón de la mano derecha pensativo.

—¿Quieres hablar sobre ello?

Lucía no se esperaba aquella oferta. Tragó saliva, sintiendo que su corazón volvía a hacer de las suyas y a acelerarse ante la perspectiva de un tú a tú con Guillermo en el teatro vacío, de noche.

—¿No tienes prisa?

—Ninguna —aseguró él, apoyándose en el respaldo de una de las butacas, con aire distendido—. ¿Tú sí?

—No —respondió Lucía.

Guillermo se acercó al escenario y ella le siguió. Aprovechó ese momento para sacar el móvil y escribirle a toda velocidad un *WhatsApp* a Juan: «Llegaré tarde. Ensayo». Que no se dijera que no había avisado esta vez.

Se sentaron en los dos sillones que formaban parte de la escenografía, en la penumbra. Los focos estaban apagados, así que la única luz llegaba de las luces de sala, que apenas alcanzaban el escenario.

—Tú lo sabrás mejor que yo —dijo Guillermo—. Pero a mí me parece que tienes dos problemas. Uno de ellos, hablando con franqueza, es Alfredo. No te creas que no me doy cuenta de que no hace mucho esfuerzo por colaborar.

Lucía hizo una mueca. No quería hablar mal de uno de sus compañeros, pero lo que decía el director era cierto.

—Ya, pero lo único que puedo hacer entonces es intentar que no sea Alfredo —dijo ella—. Intentar que sea Lorenzo y nada más que Lorenzo, y lo que no ponga él de su parte lo pongo yo desde mi imaginación.

Guillermo asintió.

—Y allí es donde llega el segundo problema. Ese lo tienes con Malena. O, mejor dicho, con cómo se siente Malena. Entiendo que estás interpretando amor, pero no me lo creo.

—No —suspiró Lucía—. Yo tampoco me lo creo.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

La pregunta era rara viniendo de alguien que sabía que ella estaba prometida. Lucía fue a decir que sí sin dudarle, pero no fue capaz. Lo pensó un instante.

—Sí —afirmó—. Creo que sí.

—Dicen que si no estás seguro de que estás enamorado es que no lo estás

—señaló Guillermo.

—Eso lo dirá la gente que no se piensa mucho las cosas —rechazó Lucía—. Pero yo soy la reina de darle demasiadas vueltas a todo.

Él se rio.

—Vale, ahí tienes razón.

—¿Tú has estado enamorado?

Guillermo arqueó las cejas.

—Creo que sí.

—De todos modos, hay muchas formas de amar —puntualizó Lucía—. Lo que siente Malena no puede ser amor incondicional como si se fuera a casar mañana o como si llevase seis años con Lorenzo, porque esa no es su situación. Yo creo que es más bien una atracción que todavía no acaba de entender, un amor... un amor más bien potencial. ¡Eso! Un amor en potencia.

Él asintió, interesado.

—Un amor en potencia. ¿Has sentido eso alguna vez?

Lucía enrojeció, pero por suerte él no podía distinguirlo con aquella luz.

—Sí, claro. ¿Tú no?

Guillermo calló durante unos segundos.

—Sí —se decidió a decir, en tono calmado—, aquella vez que sustituí a Alfredo para hacer la escena contigo, creo que logramos construir algo así.

El corazón de Lucía dejó de latir. O al menos eso le pareció a ella.

Él la estaba mirando. Cuando sus ojos se encontraron, Lucía volvió a tener esa sensación de que se paraba el tiempo. Todo lo que no estaba allí mismo dejó de importar, como si no fuese tan real como lo que pasaba en aquel instante entre ellos.

—¿No te pareció? —preguntó Guillermo, en ese tono suave que Lucía empezaba a asociar ya con momentos en los que él era casi demasiado sincero.

Titubeó un segundo antes de asentir con la cabeza. ¿Para qué mentirle? Claro que lo había sentido también.

—Las únicas veces que he conseguido hacer la escena bien ha sido cuando te he imaginado a ti —confesó.

Él había bajado la vista, pero la subió de golpe otra vez.

Lucía tenía la sensación de que estaban muy lejos el uno del otro, como si el

metro que los separaba fuese inabarcable. Por otro lado, al mismo tiempo, le parecía que se encontraban peligrosamente cerca.

Entonces, él se puso de pie. Dio un paso. Y la distancia se hizo más pequeña.

Sus ojos pidieron permiso para seguir avanzando. Lucía se lo concedió levantándose ella también. Él dio otro paso. No despegaba la mirada de ella, y Lucía tampoco la apartaba.

—Pues eso es lo que tienes que utilizar, entonces —susurró él. Como si siguieran hablando de la escena, aunque no lograba engañar a nadie.

Alargó las manos. Lucía no solo no le detuvo, sino que levantó las suyas también hacia él. Guillermo sujetó sus muñecas. Ella abrazó las de él con sus dedos.

Podía sentir el pecho de él levantándose y bajando con su respiración, que le parecía sobrenaturalmente tranquila en comparación con la de ella. Podía ver la sombra de barba en sus mejillas. Podía sentir un olor agradable, quizá de un gel de ducha o de un desodorante masculino...

Estaban demasiado cerca.

—No deberíamos estar haciendo esto —murmuró Lucía.

Eran las palabras de Malena, y eso hizo que Guillermo sonriera. Lucía tuvo que reír por lo bajo también. Las había pronunciado con toda la intención, porque era verdad que no debían hacer aquello, pero era consciente de que lo había hecho obligada por el deber, no porque de verdad quisiera interrumpir aquel momento.

—Podemos parar —sugirió él.

—Sí —asintió ella—. Podemos parar.

Podían, pero no lo hicieron.

Se acercaron más todavía, arropados por la penumbra cómplice del escenario. Lucía no entendía qué estaba sucediendo, las cosas pasaban sin que a ella le diera tiempo a razonarlas. No sabía si estaban ensayando o si se acababan de declarar. Aquello del amor potencial era muy confuso.

—¿Como si nunca te hubieses imaginado esto? —citó Guillermo, con una media sonrisa.

—Como si nunca me hubiese imaginado... —continuó Lucía.

Estaban diciendo el texto de Malena y Lorenzo, pero era un disfraz y los dos lo sabían. Eran Lucía y Guillermo, solos, sobre un escenario. Nada más.

—Si no lo imaginases tú, lo haría yo —susurró él.

—Llevo mucho tiempo imaginándolo —admitió ella, y era cierto. Cada vez que hacía aquella escena.

Él se inclinó un poco, casi imperceptiblemente. Ella se puso de puntillas, casi sin que se le notase.

Sus labios se atraían. Era irremediable.

Lucía cerró los ojos. Estaba abrazada a él, tan cerca que parecían una sola persona. Notaba su rostro muy cerca. Sus labios se rozaron, ¿o fue imaginación suya?

Guillermo se había separado de ella.

—Lucía... —musitó.

La realidad había caído sobre ellos de golpe. El momento se había roto, como una campana de cristal que les hubiese protegido y que yaciese hecha añicos a sus pies.

Lucía se separó de él, quedando desamparada, los brazos de él ridículamente tendidos hacia ella.

—Lo siento —se apresuró a decir.

—No, yo... —dijo él, turbado.

—Debería irme a casa —comentó ella, intentando evitar ante todo quedar en silencio.

Él asintió y bajó del escenario de un salto para acercarse a la mesa y hacerse con su carpeta. Luego, los dos salieron a las escaleras traseras.

Lucía estaba desesperada por hablar, pero Guillermo parecía demasiado aturdido como para iniciar una conversación. Los pasos de los dos resonaban sobre los escalones. En comparación con la calidez que habían compartido en el escenario, el ambiente se había vuelto gélido.

Él era, en cierto modo, su jefe. Era su jefe, le sacaba quince años, tenía una hija, ¡vivía en Berlín! Aquella era muy mala idea. ¡Y Lucía estaba prometida! Pensó en Juan, reprochándose a sí misma el sentirse más amarga que culpable al recordar su existencia.

No podían hacer aquello. Se habían detenido a tiempo, cortando aquel impulso de raíz, tan rápidamente como había surgido.

Eran compañeros de trabajo. Su relación era estrictamente profesional, eso era todo.

—Guillermo, por cierto —comentó Lucía, desesperada por decir algo, por volver a la normalidad—. Me he enterado de que existe la posibilidad de formar parte del elenco fijo del teatro. Si tú me recomendases...

Él la miró como si le acabase de clavar un cuchillo. Sin embargo, Lucía solo pudo distinguir aquello durante un segundo. La traición que se podía leer en sus ojos fue sustituida enseguida por frialdad.

—No tenía intención de recomendar a nadie —respondió Guillermo. Le abrió la puerta a la calle y la dejó salir al frío antes de seguir hablando—. Eres una de las actrices con las que trabajo. Nada más. No tengo por qué darte un trato especial —concluyó—. Buenas noches, Lucía.

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó. Lucía se quedó sola, ante la fachada oscura del teatro.

Estaba empezando a nevar.

ENTREACTO

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Inés

La segunda semana de diciembre transcurrió lenta y dolorosamente. Inés, siguiendo a Lucía, absorbió parte de la negatividad que la rodeaba, pero no fue suficiente. Las mañanas parecían más oscuras, los minutos pasaban más despacio. Lucía se despedía de Juan con un beso cuando él, que era el primero en abandonar el piso, salía en dirección a la oficina.

—Me voy a ganar dinero de verdad —anunciaba él, en un tono cantarín que pretendía ser alegre.

—Me alegro —respondía Lucía, añadiendo para sí: «de tenerte lejos todo el día».

Después, ella salía en dirección al teatro. Los ensayos eran ya de corrido, desde el principio hasta el final de la obra. Los tres puntos álgidos de su personaje, la escena en la que finalmente Alfredo y Malena se besaban, el momento en el que se pelean debido a su conflicto de intereses y, finalmente, cuando se reconciliaban casi al final de la obra, eran igual de desastrosos que al principio del proyecto. Sin embargo, Guillermo pasaba por esas escenas sin detenerse, sin querer dedicarles más que los minutos imprescindibles. La mayor parte de las veces, Lucía tenía la sensación de que ni siquiera estaba viéndolos, aunque mirase en su dirección con los ojos inmóviles, sin pestañear.

El director dejaba que fuese su asistente la que lidiase con Alfredo. Después de muchos ensayos, se acercaba a él y le hacía algunos comentarios a media

voz. Alfredo respondía, algunas veces mirando a Lucía. Ella sabía que estaba echándole la culpa, pero a Guillermo no parecía preocuparle. En ningún momento le hizo llegar ninguna indicación.

—Ella ya lo tiene —le oyó comentarles a sus compañeros en un momento dado—. Lo está haciendo ya lo mejor que puede. Si no da más, será que no da más, pero no tiene sentido agobiarla con más críticas. El concepto lo tiene. Sabe qué es lo que quiero. Y si me preguntas, creo que es perfectamente capaz de hacerlo. Dejadla a su aire y ya está.

Lucía no sabía qué pensar. ¿Era aquello mentira, una simple excusa para no tener que hablar con ella? ¿Había algo de resentimiento en sus palabras, quizá diciendo que ella sabía bien cómo pretender que se sentía atraída por alguien, implicando que lo que había pasado entre ellos no había sido real? ¿Pensaba Guillermo que ella le había engañado... tal vez para conseguir la recomendación? La idea le horrorizaba.

A finales de semana, con motivo del puente de diciembre, Milo volvió a la ciudad. Encontrarse con él fue como llegar a un oasis; por suerte, como todos los buenos amigos, estaba más que dispuesto a escuchar, analizar y revisar todo lo que Lucía necesitaba contarle.

Se reunieron en una cafetería y encontraron una mesa amplia, con dos sillones a los lados, situada junto a uno de los ventanales que daban a la calle. Se hicieron con dos grandes tazas de café con leche y se acomodaron allí. Milo había ido al colegio con Lucía, aunque era un año menor. Ya desde primaria nadie le había conocido por su verdadero nombre, Emilio, que parecía demasiado serio hasta para el adulto de veintinueve años que estaba sentado junto a Lucía entonces. Era alto, de hombros estrechos y cuello largo, con ojos azules de mirada irónica escondidos detrás de los cristales de sus gafas.

Arqueó las cejas con elegancia y miró a Lucía, expectante.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué ha hecho Juan ahora? Y, si no te importa, otra pregunta, para tus fans, ¿por qué todavía no le has dejado?

Lucía sacudió la cabeza.

—Pero ¿se puede ser más indiscreto? ¿Quién eres tú para decir a quién tengo que dejar?

—Yo no: tus fans —bromeó Milo, revolviendo su café y comiéndose la nata

con la cucharilla antes de llevarse la taza a los labios—. No, no, vale, perdona. No lo digo de malas, ¿eh? Lo digo porque, hija, cada vez que me hablas de él últimamente es para contarme que no te apoya o que malmete con tus padres o, peor aún, que te aburre. Normal, por otro lado, conociéndole. Si me permites decirlo. Pero no me quiero meter con él, conste. Solo te digo mi opinión sincera, si tú le quieres, allá tú. Quiero decir, si tú le quieres, entonces yo le quiero también.

—Mira, yo creo que en las relaciones hay que trabajar. Quizá no estemos en nuestro mejor momento, vale —argumentó Lucía—, pero eso no significa que lo tenga que mandar todo a tomar viento. Tengo que tomar estas decisiones importantes tranquila y habiéndolo pensado todo bien.

—Vale, vale.

Lucía cogió su taza con las dos manos y se recostó en su sillón.

—¿O es que tú empiezas y terminas relaciones a la ligera?

—No sé. Yo cuando lo tengo claro, lo tengo claro. Por cierto, saludos de Marina. Igual venimos en Navidad, así que os veréis entonces, pero de momento me ha dicho que te dé un beso de su parte.

Marina era la novia de Milo. Aunque la había conocido ya como pareja suya, Lucía y ella habían conseguido construir una amistad al margen de él. Ella era una mujer alegre e inteligente, muy del estilo del propio Milo, y había sido un agradable cambio para Lucía el que la chica de su mejor amigo no estuviera celosa de ella.

—¿Por qué no puedo encontrar yo a alguien como Marina? —se lamentó.

—¿Quieres conocer chicas? —preguntó Milo, con interés.

—No, idiota. Aunque no te voy a decir que no lo haya pensado... Los hombres sois insoportables a veces.

—Algunos. Otros somos encantadores siempre, como yo. En fin, si te decides a cambiarte de acera, tengo una compañera de trabajo con la que harías buena pareja.

—Ya te avisaré si eso pasa. De momento... bastante lío tengo ya con los hombres como para ponerme a enredar con mujeres... —comentó Lucía, y le contó a Milo todo lo que había pasado con Guillermo.

Los ojos de Milo se iluminaron.

—Entonces, ¿lo vas a dejar con Juan?

—¡Claro que sí! Voy a dejar a un tío serio, que quiere casarse conmigo, con el que vivo y que les encanta a mis padres por otro tío con el que no tengo nada, que es mi jefe, quince años mayor que yo y que, encima, ¡ahora me odia! Buena idea, Milo, voy a hacer eso mismo... —ironizó ella.

Milo se echó a reír. Inés le rodeó, agradada por él, por su energía.

—No te odia, creo yo —opinó—. Creo que te ha entendido mal. Seguramente como le pediste que te recomendase justo después de que casi os liaseis, pensó que lo habías hecho para manipularle. Y si de verdad siente algo por ti, ahora se sentirá muy estúpido por haber caído en tus redes —adivinó, con toda naturalidad—. Tienes que ir y decirle que todo ha sido un malentendido, ya está.

—¡Qué fácil! —lo bueno de Milo era que sacaba todo el potencial de Lucía para el sarcasmo.

—Pues sí —replicó él, inmune a la sorna—. A mí lo que me preocuparía más es todo ese rollo de que se ponga raro cuando habla de su hija. Hay algo extraño ahí.

Lucía se encogió de hombros.

—Bueno, suficiente Guillermo por hoy —declaró, cerrando el tema—. Cuéntame en qué proyectos estás metido ahora.

Milo trabajaba como investigador en el ámbito farmacéutico. Aunque a Lucía le parecía un aburrimiento, a él le apasionaba, y cuando hablaba de ello era capaz de entusiasmarla. La conversación tomó rápidamente otros derroteros, y los minutos pasaron tan deprisa que la noche les sorprendió a los dos. Fueron a cenar juntos, porque ya era hora, y después él la acompañó hasta casa.

—¿No quieres pasar?

—No, no. Mañana tengo desayuno con la familia y necesito fuerzas para soportar la energía de los sobrinos —explicó Milo—. Es mejor que me vaya a dormir pronto. Dale un abrazo a Juan de mi parte —añadió, con una pizca de malicia.

—Eres lo peor.

—No, es solo que te quiero mucho —corrigió él.

Aunque Lucía supiera perfectamente que a Milo no le hacía nada de gracia Juan, la conversación con él la había animado. Decir en voz alta por qué

seguía con él le ayudaba a entenderse mejor a sí misma. Tenía buenas razones para querer darle una oportunidad a lo suyo con Juan, no era cuestión de tirar por la borda algo que llevaban ya meses construyendo entre los dos, solo por no estar de acuerdo en un punto en concreto. Tenían sus diferencias, sí; a ella le encantaba el teatro y él se había llevado una decepción porque habría preferido que siguieran trabajando juntos, pero eso se podía superar.

Al revisar el buzón antes de subir al ascensor, acción que seguía haciendo de forma rutinaria, aunque prácticamente nunca tuviese correo, se llevó una sorpresa: estaban allí las tres invitaciones que había pedido para el estreno de *Canción al amanecer*. Abrió la puerta de la casa, entusiasmada.

Juan estaba en el salón.

—¡Hola! —saludó Lucía—. ¿Qué tal?

—Bien —respondió él, levantando la mirada de la revista que estaba leyendo—. ¿Y tú?

—Genial. He estado cenando con Milo. ¡Y mira lo que ha llegado! —Le tendió las invitaciones.

—Ah... ¿Para quién son?

Lucía dejó el bolso sobre el sofá, sacudiendo la cabeza.

—¿Para quién va a ser? Para ti y para mis padres. ¿Por qué? ¿Querías traer a alguien?

Él frunció el ceño y dejó las entradas sobre la mesita.

—Lucía, pero yo el día nueve no voy a poder ir. Tengo la reunión en Barcelona, ¿te acuerdas?

Su tono de voz era cansado, como si se lo hubiese repetido varias veces ya, aunque Lucía estaba segura de que solo había mencionado que en enero tendría una reunión en Barcelona, sin especificar el día. Sin embargo, se encogió de hombros.

—Lo siento, no me acordaba —mintió—. No pasa nada... Me hacía ilusión que vinieras, pero no pasa nada. Puedes venir otro día.

Él asintió y se volvió a sentar en el sofá, todavía con expresión adusta. Su mal humor era tan perceptible que ahuyentó a Inés de la habitación. Su esencia se refugió en el recibidor, desde donde apenas podía percibir las vibraciones que venían del salón.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucía.

—Nada.

—Sí, te pasa algo.

Él apartó la revista a un lado, con brusquedad.

—Es que no me parece serio, Lucía, qué quieres que te diga. No me parece serio.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Qué es lo que no te parece serio? ¿Que te haya pedido una invitación pero no puedas usarla? Yo qué sé, es desafortunado, sí, pero ya está...

Aquello pareció la gota que colmaba el vaso. Inés vibró, azotada por las olas de rabia que emitía Juan al ponerse de pie.

—No, lo que me parece poco serio es todo esto del teatro. Y me parece poco serio cómo estás actuando tú, la verdad. Yo no sabía que tú eras así cuando empezamos...

—¿No sabías que yo era qué? ¿Actriz? Lo dice mi currículum, Juan, el mismo que envié a la empresa para suplir esa baja, ¿te acuerdas? Dijimos que iba a ser algo temporal, porque yo no encontraba nada de lo mío. Ahora lo he encontrado. Supéralo de una vez.

—Me da igual dónde trabajes —ladró Juan—. Me da igual que sea en una empresa o en otra, mientras sea un trabajo de verdad, no esto que tú haces que te pagan dos meses y luego hale, a vivir otra vez del idiota de tu novio, que va a currar todos los días para pagarte a ti el caprichito de ser actriz.

—¿Caprichito?

El dolor de Lucía salpicó a Inés incluso desde la distancia.

—Yo quiero estar con alguien que tiene un trabajo de verdad, Lucía, para poder plantearme un futuro realista, para plantearme tener hijos, comprar una casa, sin pensar que voy a cargar yo solo con el peso económico. Porque no puedo, ¿sabes? ¡No puedo hacerlo yo solo, mientras tú vas por ahí haciendo *teatro!*

Lucía estaba temblando del disgusto.

—Ah, vale, pues nada, ve pensando en otra para planear el futuro —gruñó—. Saludos de parte de Milo, por cierto. Pregunta que cuándo te voy a dejar.

—Milo es gilipollas —bufó Juan.

Lucía se dio la vuelta y se encerró en su cuarto. Se sentó al borde de la cama

e intentó contener las lágrimas, pero le resultaba difícil. Inés la siguió y la rodeó, como una manta invisible. De algo debió servir, porque al cabo de un rato, Lucía logró que las lágrimas se secasen en sus ojos. Inés continuó transmitiéndole ondas de afecto, que entraban en el cuerpo de Lucía, atravesándolo.

Entonces, la puerta del dormitorio se abrió.

—Lucía... —dijo Juan.

—Juan, lo siento —dijo ella, poniéndose de pie.

—Yo también lo siento.

Se abrazaron.

—Escúchame, voy a hacer las funciones de esta obra, aunque sea por sentir que he cumplido mi sueño al menos una vez. Y luego, ya veremos.

—Vale. Vamos a dejar de hablar de esto por hoy, ¿vale? —propuso Juan.

—Está bien —admitió Lucía.

Volvieron los dos juntos al salón, eligieron un folleto de comida a domicilio para pedir la cena y pusieron una película, con la sensación de que aquello era una tregua, pero no la paz.

SEGUNDO ACTO

ESCENA II

Lucía

Era posible que Milo tuviera razón y que todo se pudiera arreglar hablando con Guillermo. No en el sentido en el que lo decía Milo, claro, para empezar con él una historia de amor, no. Solo para que no estuviese la cosa extraña entre ellos y pudieran ser simples compañeros de trabajo, un director y una actriz como otros cualquiera, con la peculiaridad sin importancia de que ella se lo imaginase a él cada vez que besaba a su enamorado en la obra.

Lucía intentó acercarse a Guillermo para hablar con él a solas, pero descubrió que era imposible. El director estaba siempre con alguien, ya fueran otros actores o actrices, otros miembros del reparto o personal del teatro. Ni antes de los ensayos ni durante ni después era posible hablar con él en privado. Lucía llegó al punto en el que, en una ocasión en la que él abandonó la sala sin dar explicaciones, ella esperó unos segundos y salió detrás para encontrárselo saliendo del baño. El director le dirigió una mirada curiosa, levantando las cejas.

—El aseo de señoritas está hacia el otro lado —indicó, con algo de humor en su voz, antes de volver al patio de butacas.

Se había dado cuenta de que ella estaba acercándose a él otra vez, eso seguro. No podía haber pasado desapercibido que Lucía estaba otra vez presente en las conversaciones después de los ensayos, en las pausas para tomar café e incluso entre las butacas durante los ensayos en los que no tenía que actuar. Si entendió que quería hablar con él, no hizo nada para

demostrarlo. Actuó con amabilidad, como si pensara que ella estaba intentando volver a normalizar la situación con él por el simple procedimiento de estar cerca, pero no la ayudó en absoluto a encontrar un momento a solas. De hecho, a veces incluso parecía que le había pedido a Sebastián que nunca se separase de su lado; incluso cuando los demás estaban a otra cosa, a Lucía le era imposible franquear la barrera que suponía el escenógrafo.

Él también se había dado cuenta de que algo pasaba.

—¿Qué tal, Lucía? —le preguntó una mañana en la que coincidieron los dos junto a la cafetera que había en un rincón de la primera planta del teatro y que suministraba combustible para todos los que trabajaban en él—. ¿Cómo te va todo?

—Muy bien —respondió ella.

—Hoy voy a cenar a un sitio que está por tu barrio. ¿Quieres que te acerque a casa, ya que estoy?

Ella le sonrió.

—No hace falta, pero gracias por pensarlo. Hoy creo que voy a ir a casa de mis padres a cenar.

—¿Viven muy lejos?

—Huy, sí. Tendrías que desviarte mucho —Lucía le explicó dónde vivían sus padres, en el extrarradio de la ciudad—. En fin, ¿y a ti cómo te va todo?

Él sacudió la cabeza y suspiró, como si eso fuese irrelevante.

—Como siempre, como siempre. Oye, dime, ¿estás cómoda aquí? ¿Todo bien? ¿Con todo el mundo?

—Sí, gracias. La verdad es que el ambiente está bien —dijo ella, con cortesía, aunque tenía sus reservas.

—¿Y Guillermo qué te parece?

Lucía le miró, con los ojos de par en par.

—¿Qué?

—¿Estás a gusto con él? —matizó Sebastián—. Como director, quiero decir.

—Ah, claro, claro. Pues sí, bastante a gusto. ¿Por qué lo preguntas? —Lucía sonrió—. ¿Estás a gusto tú?

Sebastián se rio.

—Solo por saber.

Pero los dos sabían que no era eso. Lucía se preguntó qué le habría contado

Guillermo. ¿Eran tan amigos que se relataban unos a otros sus aventuras con las mujeres? ¿Le habría dicho que habían estado a punto de besarse en el escenario? Peor aún, ¿la habría descrito a ella como una manipuladora y una mentirosa? La idea creció tanto dentro de su cabeza que dejó de poder mirar a Sebastián sin preguntarse qué pensaría él de ella y sentirse mortificada.

Finalmente, sus horas de acechar al director se vieron recompensadas. Una tarde, al terminar el ensayo, todo el mundo se estaba marchando ya a casa o al pub cuando uno de los técnicos llamó a Guillermo.

—Se nos ha desajustado la mesa de luces y ya no sabemos qué grabaciones son para qué obra —explicó—. ¿Puede alguien venir y verlo para renombrar las pistas?

—Yo me quedo —aseguró el director, haciéndole un gesto a los demás para que se fueran sin él.

El corazón de Lucía dio un salto en su pecho. Se quedó en la sala, esperando, mientras las luces de los focos cambiaban de un color a otro sobre ella. Cuando terminaron de localizar todas las piezas del montaje de iluminación, Guillermo pasó caminando deprisa por el pasillo entre las butacas, y se detuvo al verla.

—¿Lucía? —preguntó, sorprendido.

Ella se incorporó.

—¡Hola! —exclamó, y se arrepintió inmediatamente. Ya le había visto antes, no había necesidad de saludarle de nuevo. ¿Por qué a veces su boca hablaba sin pedirle permiso?

—Hola —sonrió él.

Su sonrisa hizo desaparecer por arte de magia el nudo que había en la garganta de ella. Había estado tanto tiempo pensando en Guillermo como un ser distante y enfadado con ella que había olvidado la calidez con la que era capaz de sonreír.

De pronto, hablar con él le pareció tan sencillo como lo había pintado Milo.

—Siento lo de la otra noche —dijo, todo lo rápido que pudo, aprovechando el momento—. Cuando salimos se me hizo tan raro todo que solté eso sin pensar. Pero no creas que lo tenía en mente todo el rato, porque no es así. Quiero decir, sí que me gustaría estar en la plantilla fija, pero eso es algo totalmente independiente de...

En aquel instante, la puerta de la sala se abrió y se asomó Sebastián.

—¡Guillermo! —llamó—. Estaba esperándote fuera, ¿vienes o no? Anda... —se detuvo—. Si estás aquí, Lucía.

—...De todo lo demás —concluyó ella, nerviosa, mirando alternativamente a Guillermo y a Sebastián—. Hola, Sebastián.

—Así que eres tú quien le tenía entretenido —comentó él, acercándose a ellos. Su expresión irradiaba alegría, aunque Lucía no entendía por qué.

—No, no ha sido ella —intervino Guillermo—. Ha habido un problema con las luces, pero ya está solucionado.

Se quedaron los tres ahí de pie, sin que ninguno se decidiera a continuar la conversación. Lucía quería una respuesta de Guillermo, pero entendía que, mientras Sebastián estuviera allí, él no iba a decir nada. Y el escenógrafo, por otro lado, parecía no tener nada que hacer con ellos, pero de todos modos no se marchaba. Se había alegrado al verlos hablando, ¿por qué no se iba y les dejaba continuar? Lucía miró a Sebastián, que parecía ligeramente culpable. Quizá su sospecha de que Guillermo le hubiese pedido que no le dejara a solas con ella, para evitar otro momento incómodo, fuera acertada...

—¿Quieres que te lleve a casa, entonces? —le preguntó Sebastián al director. Este asintió—. ¿Y tú, Lucía? ¿Te acerco?

La oferta la cogió desprevenida.

—Ah, pues me harías un favor, gracias —respondió, de forma casi mecánica.

Los tres se dirigieron a las escaleras y subieron por ellas, en silencio. Lucía pocas veces se había sentido en una situación tan extraña, en la que parecía que estaban pasando muchas cosas bajo la superficie, sin que nadie diera muestras de ello. Miró de reojo al director, que llevaba las manos metidas en los bolsillos de su abrigo beige y parecía ausente. Sin embargo, en cuanto notó que le observaba, volvió los ojos hacia ella. Lucía intentó decirle por telepatía que le hiciera un gesto o una señal en respuesta a lo que ella le había dicho, pero él solo le sostuvo la mirada durante un momento.

Al llegar al coche, Guillermo le ofreció el asiento de copiloto, pero ella lo rechazó y se sentó en el de detrás.

—Las damas primero —dijo Sebastián—. ¿A dónde te llevo?

Lucía le dio la dirección y se acurrucó en el asiento, agradeciendo no tener

que dar conversación. Se sentía frustrada por el intento de reconciliación fallido. Si hubiera sabido que iba a tener tan poco tiempo, quizá hubiera sido mejor esperar a la siguiente ocasión... pero ya era demasiado tarde. El no saber qué era lo que Guillermo pensaba de lo que le había dicho, si aceptaba o no que hubiese sido un malentendido, era peor aún que el no hablarse con él.

—Entonces, ¿vas a ir a la cena? —preguntó Sebastián.

Lucía levantó la mirada hacia ellos.

—No —respondió Guillermo—. Es demasiado deprimente.

—¿Cómo que deprimente? Es una cena de celebración, hombre —dijo Sebastián—. Te echarán en falta si no estás. Tú ayudaste mucho al principio, para que saliera adelante el proyecto, ¿no? Deberías ir.

—Ya me alegro lo suficiente de que haya salido adelante sin ir a la cena.

—Aun así —insistió él—. Creo que te haría bien ver que lograste hacer que todo tuviera al menos una consecuencia positiva.

—A mí me parece triste. Pero si tanta ilusión te hace, está bien, ven conmigo. Puedo llevar a un acompañante.

Sebastián chasqueó la lengua y lanzó una mirada fugaz a Lucía a través del retrovisor.

—Qué lástima. No voy a poder ir... Esa noche tengo un compromiso. Aunque entiendo que ir solo pueda ser duro —concedió.

—No, solo no voy a ir.

El mismo Guillermo tuvo que darse cuenta del error que había cometido formulando aquello así. Sebastián sonrió abiertamente por el espejo.

—Lucía, ¿tú no tendrás ganas de ir a una cena en un sitio elegante?

—¿Una cena? —preguntó Lucía, parpadeando—. ¿Qué cena?

Sebastián interrogó a Guillermo en silencio. Él hizo un gesto vago, como diciéndole que hiciera lo que quisiera y desvió la mirada hacia la ventanilla.

—Hace años, Guillermo colaboró con una organización para el bienestar de los niños —explicó Sebastián—. En concreto, estaban intentando impulsar un proyecto de normativa sobre la seguridad para los niños en las ciudades grandes, para asegurar vigilancia en los sitios que pueden ser peligrosos para ellos como carreteras, el río, obras de construcción... El caso es que acaban de conseguir que les aprueben esta normativa y uno de los patrocinadores de la organización va a dar una cena por todo lo alto, no sé si con fiesta posterior

o qué... Y como da la casualidad de que Guillermo está aquí...

Mientras decía esta última frase, Sebastián giró el volante para entrar en la calle de Lucía.

—Ah... Qué interesante —comentó ella.

—Entonces, ¿quieres ir? —preguntó Sebastián.

Lucía estaba a punto de decir que no, porque le daba la sensación de que Sebastián le había hecho una emboscada, pero en ese momento notó que Guillermo la miraba por el espejo.

Pensó que, más que aprensivo o incómodo, lo que parecía él era expectante.

—¿Te apetece? —le preguntó Lucía.

—Sí —admitió él—. Pero seguramente sea bastante aburrido, te lo advierto.

—No pasa nada. Si quieres que te acompañe, yo...

—Claro que quiero —aseguró él, con la cabeza apoyada en el asiento y sin despegar la mirada de ella a través del retrovisor—. Eres muy amable por ofrecerte. O por dejar que él te ofrezca.

Lucía se rio. Sebastián esbozó una sonrisa burlona.

—Es que, si no os mangoneo un poco yo, no os movéis... —se justificó, deteniendo el coche junto a la puerta del edificio de Lucía—. Aquí estamos.

Ella se apeó. Aunque hacía frío, Guillermo bajó su ventanilla.

—Gracias —dijo.

Lucía no supo si le agradecía que le fuera a acompañar a la cena o que se hubiera quedado esperando para poder hablar con él a la salida. Tuvo la sensación de que era lo segundo.

—De nada. Gracias por traerme, Sebastián —añadió, inclinándose un poco para verle por delante de Guillermo, antes de volverse de nuevo hacia este—. Ya me dirás cuándo es la cena y eso...

—Te mandaré los detalles por *WhatsApp*.

—¿Tienes mi número? —Lucía se lo dio sobre la marcha.

Sebastián esperó a que ella abriese el portal antes de arrancar y marcharse. Después, el coche desapareció en la noche, dejando a Lucía sola y no muy segura del tipo de plan del que había decidido formar parte. ¿Una cena de una organización para la seguridad de los niños? Nunca había oído hablar de algo así.

Se le hizo extraño que Guillermo fuera algo así como un miembro de honor

de una organización, al que invitaban a fiestas y todo. No le pegaba mucho, no parecía de esas personas que hacían trabajo voluntario. Era increíble lo mucho que podía sorprenderle la gente, cuando una creía que se había hecho ya una idea de cómo era.

Juan estaba dormido ya, así que Lucía entró sin hacer ruido, pasó al baño y después se metió en la cama sin despertarle.

Su móvil vibró. Fue a cogerlo, esperando que fuera Milo, pero era un número desconocido.

«Es el miércoles 15, a las 22:00. ¿Puedo pasar a buscarte a tu casa a las 21:45? No está muy lejos.»

El corazón le dio un salto. Era Guillermo.

«Claro. ¿Hay que ir elegante?»

La respuesta llegó enseguida.

«Mucho. Es en el antiguo casino.»

«¿Te podré ver con esmoquin?»

«No creo. De traje, sí. ¿Y yo cómo te veré? ¿En tacones? ¿Maquillada?»

Lucía se rio por lo bajo.

«Ya me has visto maquillada. Muchos días voy maquillada. ¿No lo habías notado?»

«No. Te he visto siempre muy bien, maquillaje o no. Claro que no soy un experto.»

«¿En mujeres o en maquillaje?»

«En ninguna de las dos cosas.»

Lucía miró la pantalla, pensativa. Sabía que Guillermo había estado con al menos una mujer, porque había estado casado y tenía una hija. ¿Significaba aquello que había ido virgen al matrimonio y no había vuelto a tocar a ninguna desde el divorcio? No se lo creía. ¡Si parecía más bien un ligón, a su manera! Decidió no preguntar.

Llegó otro mensaje antes de que ella pudiera decirle nada.

«Respecto a lo que estábamos hablando antes de que viniera Sebastián, no te preocupes por eso. Estábamos los dos un poco nerviosos por la situación. Creo que ninguno de los dos deberíamos hacernos responsables de lo que dijimos...»

Ella suspiró, aliviada. Le envió el icono de una cara sonriendo.

«Deberíamos irnos a dormir», escribió él.

«¿Juntos?», respondió ella, con picardía.

Él puso un icono muerto de risa. Ella se preguntó si se habría reído de verdad.

«Echaba de menos hablar contigo», respondió él.

«Yo también», admitió ella. «Hasta mañana.»

«Que duermas bien.»

Él puso un icono de una cara enviando un beso. Era solo un dibujo en la pantalla del teléfono, pero hizo que Lucía se fuera a dormir con una sonrisa y una extraña sensación en el pecho.

SEGUNDO ACTO

ESCENA III

Inés

El miércoles, aunque ni Lucía ni Guillermo hicieron ningún comentario respecto a la cena durante el ensayo, Inés podía sentir la energía entre ellos vibrar. Aquello le hacía feliz, dejándose llevar, como arrastrada por una marea invisible, entre el uno y la otra. Evitaban mirarse, apartando la vista como si temieran que alguien pudiera adivinar lo que pensaban, pero la conexión estaba ahí.

Cuando terminó el ensayo, Lucía recogió sus cosas y salió de allí tan rápido que Inés apenas pudo seguirla. Se cruzó con Sebastián y Guillermo en la escalera.

—Hasta mañana, Lucía —dijo el primero.

Ella se sonrojó al mirar a Guillermo.

—Hasta luego —se despidió él.

—Adiós —respondió ella, a los dos y, tras dirigirle al director un gesto de asentimiento rápido y una sonrisa, voló escaleras arriba.

Una vez llegó a casa, todavía contaba con una hora y media para estar lista. Sacó el vestido que había decidido ponerse. Era uno de una delicada tela plateada, ligero como un rayo de luz, del que se había enamorado al verlo en una ocasión y que no había estrenado todavía. Lo dejó sobre la cama para admirarlo un momento antes de sacar los zapatos y el fular con los que lo acompañaría. Después, se metió en el baño y dedicó un buen rato a ducharse y arreglarse. Cuando se miró en el espejo, este le devolvió una expresión

curiosa y emocionada. Estaba guapa como una actriz de cine en una gala, con el cabello semi recogido y maquillada con mucha prudencia, realzando sus rasgos sin perder naturalidad. Pero, sobre todo, lo que más destacaba de su imagen era la ilusión que transmitía. Eso, además, era lo único con lo que había venido puesto, lo único que no había sido producto del largo rato de preparativos.

Cuando salió al salón, Juan le regaló una mirada atónita.

—Estás increíble —le dijo, con los ojos muy abiertos.

Lucía sonrió, un poco avergonzada.

—¡Gracias! —en ese momento, sonó el teléfono—. Ah, debe ser Guillermo.

—Dile que suba —requirió Juan—. Vamos a sacarte una foto para enviársela a tu madre.

—No, deja... —Lucía corrió al telefonillo—. ¡Hola! Sube... —indicó, pulsando el botón para abrirle la puerta y esperando a escuchar el zumbido antes de colgar.

Juan había sacado ya el móvil y le estaba haciendo señas para que posase. Lucía abrió la puerta del piso y después, ante la insistencia de su prometido, se puso de pie junto al perchero y lanzó una sonrisa forzada a la cámara.

—¡Ya está, preciosa! Espera, ¡una más, ponte mirando para el otro lado!

Guillermo estaba en la puerta mirando con curiosidad la escena que tenía lugar delante de él. Tocó suavemente con los nudillos, aunque estuviera abierta.

Lucía sintió que la vergüenza trepaba por su rostro.

—Bueno, ya está bien de fotos —dijo, riéndose—. Guillermo, pasa. Juan, este es Guillermo... —les presentó.

Juan estrechó la mano de Guillermo, sosteniendo aún el móvil con la otra.

—Es para su madre —explicó, sonriendo.

El director asintió, cortés.

—Es un placer, Juan.

—Ya estoy lista —intervino Lucía—. No me esperes despierto, ¿vale, Juan? Que mañana tienes reunión a primera hora —añadió, para dejar claro que sí se tomaba en serio su trabajo e incluso se acordaba de cuando él tenía reuniones.

Juan miró con fijeza a Guillermo, apoyando una mano en el marco de la puerta, interponiéndose entre ellos y la salida.

—Cuídamela bien, ¿eh? —dijo, como si Lucía no estuviera presente—. Nada de descocarse por ahí —Guiñó un ojo en dirección a ella, como si aquello fuera una broma interna.

No lo era. Lucía apretó los puños. «¿Qué estás haciendo, Juan?»

Guillermo frunció el ceño.

—No tienes de qué preocuparte, somos adultos los dos —respondió.

—Sabes que ella y yo vamos a casarnos este año, ¿verdad? —preguntó él, en un intento de tono casual.

—No sabía que iba a ser este año —dijo Guillermo, sin darle mucha importancia—. ¿Qué es lo que me estás intentando decir, Juan?

La dureza de Guillermo fue como una pared sólida para Inés. El director había levantado un muro, no entre él y Lucía, sino entre los dos y Juan. En su voz podía sentirse la misma sombra beligerante que cuando había implicado delante de todo el elenco que Alfredo no sabía hacer su trabajo.

—No te hagas el tonto, amigo —advirtió Juan, ladeando la cabeza y arqueando un poco las cejas, como si estuviese tratando con un adolescente respondón.

—Ah, no te preocupes por eso; si hay alguien que esté quedando como un tonto ahora mismo, no soy yo —comentó Guillermo, manteniendo el tono educado, casi cristalino—. Si hay algo que te inquiete, «amigo», deberías hablarlo con Lucía y no conmigo.

—¿Por qué dices eso? —Juan sentía que acababan de insultarle, pero no estaba acostumbrado a que lo hicieran en su cara y con aparente amabilidad. Estaba un poco desconcertado. Inés tembló con un sentimiento parecido a la risa.

—Porque yo no estoy comprometido contigo —explicó Guillermo—, por suerte. Lucía, ¿nos vamos, entonces, o queréis hablar un momento a solas?

—No, nos vamos —aseguró ella.

Cogió su abrigo mientras Guillermo salía al descansillo.

—Lucía —llamó Juan.

Ella se volvió hacia él un momento.

—Juan, no me puedes tratar como a una niña díscola —susurró, para que Guillermo no la oyera.

—No me gusta este tipo —insistió él, sin bajar la voz.

—Lo hablaremos mañana —cortó ella.

—Si te vas ahora, quizá mañana no tengamos nada de lo que hablar —gruñó él, tenso.

Lucía le miró, perpleja.

—Juan, solo estoy yendo a una cena con él. Si tú quieres lo mismo, solo tienes que proponerme algún plan en lugar de estar siempre aquí en el sofá montándome broncas por mi trabajo, mis amigos y todas las cosas que me interesan. Hablamos mañana.

Quiso darle un beso, pero él se apartó.

—Así que todo esto también tiene que ver con eso que llamas trabajo —dijo—. Lo sabía. Desde que entraste estás rara, no eres la misma, te lo he dicho ya antes... Si es que me di cuenta desde el principio...

Lucía sacudió la cabeza, salió del piso y cerró la puerta. Guillermo estaba allí, mirándola con expresión inescrutable. Al otro lado de la puerta, Juan les vigilaba a través de la mirilla. Inés, percibiéndolo, empujó hacia abajo los pesos del ascensor, haciéndole acelerar y abrir rápidamente sus puertas. Guillermo y Lucía entraron en él, alejándose del fisgoneo de Juan.

—¿Va todo bien? —preguntó Guillermo.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy en un momento un poco tormentoso de mi vida —explicó ella, sin entrar en detalles.

—Siento estar colaborando —murmuró él, aunque a Inés no le pareció que lo lamentase mucho.

Subieron al coche de alquiler que había traído Guillermo. Lucía subió al asiento de copiloto y le observó de reojo. Se preguntó cómo sería hacer de aquello una rutina, que fuera completamente normal para ella ir en coche con él, ir a cenar. Por un instante, pretendió que eran pareja y se permitió jugar con aquella idea durante algunos minutos.

No tardaron en llegar al antiguo casino. Era un edificio grande y blanco, al que se accedía a través de unas escaleras de anchos escalones de mármol. Las puertas eran impresionantes y los techos muy altos, sostenidos por bellas columnas. Guillermo le dio las llaves del coche al hombre que estaba esperándoles en la puerta, que se encargaría de aparcarlo, y le ofreció su brazo a Lucía. Ella lo aceptó y juntos entraron en el casino.

Dejaron los abrigos en la puerta y subieron a la planta en la que tenía lugar la cena. El tacto de la chaqueta de Guillermo era agradable, y Lucía podía sentir los músculos de su brazo al agarrarse a él. Se sorprendió un poco, porque Guillermo no parecía un tipo de gimnasio. Quizá hiciera algún otro deporte, como natación. Intentó imaginárselo en bañador, pero decidió que era mejor dejar de pensar en el hombre que tenía al lado medio desnudo, por su propio bien.

Llegaron a una sala amplia, de suelos claros y rodeada de ventanales que daban a un balcón cerrado. A un lado había una pista de baile, vacía en aquel momento, y al otro, varias mesas con manteles blancos en torno a las cuales se arremolinaba una pequeña multitud.

—Bueno —dijo Guillermo—. Vamos a socializar.

Se acercaron a una mujer alta, de cabello corto y rojo, que saludó a Guillermo.

—Cuánto me alegro de que hayas podido venir —exclamó.

—Te presento a Lucía —dijo Guillermo, sin molestarse en especificar cuál era su relación—. Lucía, ella es Miranda. Está al cargo de la organización.

—Encantada —dijo Miranda, dándole un beso.

—Igualmente —respondió Lucía—. Y enhorabuena.

—¡Gracias! Ha sido un proceso de muchos años, ¿verdad, Guillermo? Así que es estupendo ver que obtenemos resultados. Desde luego, la situación tal como estaba era intolerable, no podía ser así...

Fueron saludando una a una a varias de las personas presentes, hasta que Guillermo se hizo a un lado con Lucía.

—¿Comemos algo? —propuso.

Había varios platos en una barra a un lado y algunas mesas en las esquinas. Se dirigieron a una de ellas para hacerse con dos platos. Guillermo examinó lo que había sobre las mesas.

—¿Te gusta esto? —preguntó, señalando lo que parecían canapés de color violeta.

—¿Qué es? —preguntó Lucía.

—No tengo la menor idea —respondió él, y ante la risa de ella, cogió dos.

Después de haber rellenado sus platos, fueron a sentarse a una de las mesas libres junto a la ventana.

—Tampoco conozco a tanta gente, en realidad —comentó Guillermo—. Colaboré con ellos hace años y, claro, muchos de los que yo conocía ya no colaboran tampoco con la organización. Y hay mucha gente nueva. La verdad es que estas reuniones no son del todo lo mío.

—Ya —contestó Lucía, pensativa—. Podemos irnos pronto si quieres.

Guillermo la miró, sorprendido.

—No digas tonterías... Me refería al evento en sí. Estoy encantado de estar aquí contigo.

—¿Mejor que con Sebastián? —preguntó Lucía, en broma.

Él ladeó la cabeza, como si estuviese pensándose de verdad.

—Bueno, eso aún está por ver. Verás, Sebastián baila *muy bien*.

—Lo sé, he bailado con él. Contigo, en cambio, nunca...

—Es que yo soy más prudente que Sebastián... No me atrevería a bailar contigo: quizá Juan me esperase a la salida para pegarme —añadió él, con un poco de malicia.

Lucía le dio un golpe en el hombro.

—¡Oye! A callar. Juan es mi problema, no el tuyo. Quiero decir, mi prometido, no el tuyo. Y yo puedo bailar con quien buenamente quiera, la verdad.

Guillermo se estaba riendo, frotando con la mano el punto en el que Lucía le había golpeado. Ella, mientras tanto, probó uno de los canapés violetas.

—¿Ya sabes lo que es? —preguntó él.

—Mmm... Creo que es delicia de queso púrpura al aroma de la remolacha en su jugo, todo tendido sobre una suave escama de pan al horno de leña —sugirió ella, recordando aquellos platos absurdos que había compartido una vez con Juan.

Él la miró un momento, atónito, antes de echarse a reír a carcajadas.

—¿Quieres acompañarlo con un poco de elixir afrutado a base de zumo puro de uvas cocido naturalmente por la fermentación? —preguntó, con cortesía.

—Por favor —respondió ella.

Guillermo se levantó a por un par de copas de vino. Cuando regresó, Lucía chocó suavemente la suya contra la de él, produciendo un agradable tintineo.

—Por las victorias —dijo Lucía, haciendo un gesto hacia la gente que les rodeaba.

Él asintió y bebió. Después, se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Te apetece un baile?

Ya había otras personas en la pista, girando y riendo. Lucía asintió y le siguió hasta allí. Él sostuvo su mano con delicadeza, colocando la otra en su espalda y dejando que ella apoyase la suya en su hombro. En la penumbra de la pista de baile, sus ojos parecían negros. Lucía los miró, perdiéndose en ellos durante unos segundos. No era posible distinguir el iris de la pupila, destacando en ellos el reflejo de las luces de la zona más iluminada. Él tampoco despegaba la vista de ella. No habían estado tan cerca desde que se habían quedado aquella noche más tarde de lo que les correspondía en el escenario.

Se estaban moviendo y Lucía no se había dado cuenta de cuándo habían empezado. Guillermo guiaba con soltura, de un modo tan natural que casi parecía que no lo estuviera haciendo y que, por el contrario, sus cuerpos se moviesen en sintonía por sí mismos.

El resto de los bailarines desapareció. Solo estaban ellos, girando, cada vez más deprisa, hasta que ya no solo estaban dando vueltas abrazados, muy despacio, sino que bailaban. La pista era suya; la noche, que podían ver a través de los ventanales, también. El baile hacía que todo lo que no fuera ellos se desvaneciera, hasta que solo quedó aquel preciso instante. Lucía deseó que no se terminase nunca. No le hacía falta nada más, solo estar allí, con él y la música. Sin intercambiar ni una sola palabra, sabía que a él le pasaba lo mismo.

Ella no sabía que Inés estaba allí con ellos, pero quizá él sí lo supiera. Tal vez a ello se debía su serenidad, su facilidad para no sentir remordimientos por lo que estaba pasando, de esquivar ese sentimiento de culpa que, desde hacía ya varios años, le embargaba cada vez que se encontraba emocionalmente demasiado cerca de otra persona. Ella calmaba su conciencia, le aseguraba que todo estaba bien. Permitía, así, que sucediera aquello, que tuviera lugar aquel baile. Inés era la campana protectora que les cubría.

Sin embargo, no pudo evitar que la canción se acabase. Cuando sucedió, Guillermo y Lucía se quedaron inmóviles, mirándose. No querían separarse. Él esbozó una sonrisa.

—Se me ha hecho corto —confesó—. ¿Quieres que bailemos también el

siguiente?

Lucía asintió, pero alguien los interrumpió. Era un hombre mayor que había puesto una mano en la espalda de Guillermo. Él y Lucía se separaron enseguida, como pillados en falta.

—Guillermo, perdona —dijo el hombre—. ¡No me puedo creer que seas tú! Tenía que saludarte. Hace, ¿cuánto? Cinco o seis años...

—Enrique —saludó Guillermo—. Deja que te presente a Lucía. Lucía, él es Enrique, uno de los colaboradores que, como te comentaba antes, participaron al principio de todo con la organización y después, como yo, la vida los llevó por otros caminos... —Y, volviéndose de nuevo hacia Enrique, preguntó—. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... ¿Tú cómo estás?

—Bien. Muy bien, de hecho —añadió, con una media sonrisa—. Me pillas a punto de disfrutar de un segundo baile en maravillosa compañía.

—¡Vaya! Lo siento, qué momento tan malo para interrumpirte. Solo quería saludarte. ¿Cómo está... Inés? Ah, no. Perdón, Nina, claro, me refiero a Nina, por supuesto... ¿Cómo está?

Guillermo se había tensado visiblemente, toda la paz que había sentido hacía unos minutos había desaparecido. Inés rodeó su pecho como un escudo, pero ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho.

—Está bien —respondió—. Ahora, Enrique, si me disculpas...

Abochornado, Enrique murmuró una disculpa y se alejó. Lucía miró a Guillermo, confusa, pero él no dio muestras de querer seguir bailando. Se había quedado ahí, apretando los dientes, intentando poner en orden sus pensamientos. Ella, dándose cuenta de que algo le había trastornado, tiró de su brazo.

—Ven —llamó—. Vamos a salir de la pista.

Se lo llevó a un lado, sin saber cómo apartarle de la gente. Inés llamó su atención hacia un pequeño banco de madera que había junto al ventanal, en una zona tan apartada del resto de la celebración que estaba desierta. A Lucía le pareció un buen sitio. Guillermo se sentó allí, y ella junto a él. Esperó unos instantes, para dejarle pensar.

—¿Estás bien? —preguntó.

Él asintió, sin decir palabra.

—¿Quién es Inés? ¿Es tu ex mujer? —preguntó ella—. No quiero interrogarte, Guillermo, pero si quieres hablar de ello... Bueno, y si prefieres seguir bailando... o que nos vayamos...

Guillermo negó con la cabeza. La preocupación de ella le había hecho volver a recuperar las riendas.

—No, no te preocupes. Gracias —carraspeó e hizo una pausa, buscando en sí mismo el valor para hablar de ello. Inés se apretó contra él todo lo que pudo, intentando que él pudiera encontrar esa fuerza a través de ella—. Inés... Inés era mi hija. Murió hace siete años —explicó él. Su voz sonó un poco ronca, pero por lo demás, articular aquellas palabras fue más fácil de lo que había imaginado—. Se metió en una obra con unos amigos suyos de clase, jugando... y tuvo un accidente.

Lucía estaba horrorizada. Instintivamente, se arrimó a Guillermo y le dio un abrazo. Él la miró, asombrado, pero lo aceptó.

—Lo siento.

—Yo también. Era una niña excepcional —dijo, en voz baja.

—Tu mujer y tú... Quiero decir, tu ex mujer...

Él negó con la cabeza.

—No. Bueno, sí, nos divorciamos por esto, pero no fue inmediatamente después. Nos cambió la vida, ¿sabes? Mi mujer... ella no fue nunca la misma. Supongo que yo tampoco. Estuvimos juntos los primeros años... Los dos lo pasamos mal, claro, pero lo llevamos de formas distintas. Una vez superada la primera etapa, yo empecé a colaborar en proyectos como este... Ella, en cambio, se encerró. Descuidó sus amistades, perdió las ganas de levantarse por las mañanas... Se convirtió en una sombra. Fue difícil. Era duro intentar recuperarme y ayudarla a ella cuando parecía esforzarse en tirar para abajo, en revolcarse en lo malo. No quiero decir que yo viera todas las cosas buenas del mundo en ese momento, para mí también era difícil ver la luz entre toda la negatividad... Pero yo estaba caminando, fuera como fuera, para salir antes o después de aquel temporal. En cambio, ella no.

—Lo debisteis pasar muy mal —musitó Lucía.

—Sí. Como yo había hecho más esfuerzos para salir adelante, lo logré antes, al menos en apariencia. Y la situación se convirtió rápidamente en una en la que yo era el responsable de los dos, porque ella estaba demasiado mal como

para serlo de sí misma. Todo se justificaba con el hecho de que ella estaba deprimida; todas las escenas, la susceptibilidad, los reproches. Tenía que luchar contra mi propio duelo y contra el suyo, sus llantos, su necesidad de que yo la levantase de la cama, le hiciera ducharse, le insistiera en que hiciera cualquier actividad... Ella se enfadaba, pero si yo no lo hacía, entonces permanecía en la habitación, a oscuras, todo el día. Estoy hablando de un momento en el que hacía ya más de un año desde... —Guillermo tragó saliva—. No la estoy juzgando. Dios sabe que yo sé mejor que nadie el dolor que estaba teniendo que soportar. Pero aquel proceso destruyó todo el amor que podía haber entre nosotros. Nuestra relación era más la de un tutor y su pupila. Ella se había vuelto dependiente de mí, ya no podía ser mi compañera. Y cuando finalmente estuvo mejor, cuando volvió a ser ella, de lo nuestro no quedaba nada. Nos divorciamos y ella se quedó la custodia de Nina, nuestra hija pequeña... porque yo no la pedí. Solo quería irme de allí, cambiar de tercio. La necesidad de escapar era casi animal. No estoy diciendo que esté orgulloso ni que fuera la mejor solución...

—Y te fuiste a Berlín.

—Sí. Me fui a Berlín, gracias a Sebastián.

—¿Y Nina?

—Vive aquí. La veo cuando tengo ocasión.

Inés sabía que aquello no era verdad. No la veía siempre que tenía ocasión. La veía muy de vez en cuando. También sabía por qué, dado que su estado no corpóreo le proporcionaba un sentido mucho más agudo para detectar las sensaciones de aquellos que seguía teniendo cerca, y si incluso en vida le había resultado fácil entender a su padre, en aquel momento era como si pudiera leer en él lo que le sucedía. Nina despertaba en él recuerdos de tiempos que le resultaba doloroso revivir. Y no solo eso; Nina se parecía a Inés, al recuerdo que él tenía de su hija muerta. Cultivar una relación con Nina, estrechar lazos con ella, quererla como había querido a Inés, le hacía sentir culpable, casi como si la estuviera sustituyendo.

Era un sentimiento demasiado profundo como para racionalizarlo y demasiado poderoso como para ignorarlo.

Guillermo carraspeó, un poco incómodo.

—No te debería haber contado todo esto —murmuró—. Qué feo está hablar

de los ex...

Lucía sonrió un poco.

—No pasa nada. —Comprendía que le resultaba más fácil hablar de cómo se lo había tomado su ex mujer que de su propio proceso interno o de su hija—. Ahora entiendo lo duro que debe ser venir a este tipo de eventos. Si lo hubiera sabido, te habría propuesto que hiciéramos acto de presencia y después nos escapásemos a hacer otro plan.

—¿Y perdernos los suspiros de merengue de clara de huevo al aroma de limón? —preguntó él, recomponiéndose—. No te preocupes. Está bien que estemos aquí. Es verdad que me alegra que por fin se haya aprobado esta normativa. ¿Bailamos una última pieza y nos vamos?

—Venga —Lucía se puso en pie y esta vez fue ella la que le ofreció la mano a Guillermo.

Volvieron a caminar hasta la pista de baile. Esta vez sus cuerpos se acercaron más el uno al otro, porque el abrazo que acababan de compartir había roto las barreras que se interponían entre ellos. Guillermo se sentía más liviano, como si sus pies apenas rozasen el suelo, y lograba alzar a Lucía también unos centímetros. Durante el tiempo que duró la música, los dos tuvieron la ligera impresión de estar flotando.

SEGUNDO ACTO

ESCENA IV

Lucía

Solo querían bailar una, pero fue imposible. Dejar de bailar significaría dejar de tocarse, perder la cercanía, el roce de sus cuerpos. El tacto de la tela del traje de él contra la piel de Lucía era cálido, como el anticipo de un refugio que ella se moría por alcanzar. Cuando la pieza terminó, se miraron y sin palabras entendieron que ninguno de los dos quería detenerse. Bailaron hasta que a través de los ventanales se pudo ver el sol despuntando en el horizonte.

—¿Ya es de día? —preguntó Lucía, señalándolo.

—¿Día? ¿Qué día? ¿De qué mes? —bromeó Guillermo, volviendo a atraerla hacia sí—. Esta noche no ha existido el tiempo...

Ella le rodeó el cuello con los brazos, poniéndose de puntillas, y le besó en la mejilla. Pudo sentir cómo la piel de él se erizaba en el cuello.

—Vámonos antes de que nos echen —propuso.

Él le devolvió el beso. Fue también en la mejilla, pero a Lucía le pareció que sus labios permanecían en contacto con su piel un segundo más de lo normal. El beso tuvo en ella el mismo efecto que si se lo hubiera dado en los labios.

Recuperaron sus abrigo y salieron a la calle. Mientras esperaban a que les trajesen el coche, Lucía tuvo un horrible presentimiento. Tocó los bolsillos de su abrigo, primero por fuera, luego metiendo las manos dentro para revisarlos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Guillermo.

—Las llaves. No me he traído las llaves. Oh, mierda —Lucía cerró los ojos un momento—. Mierda, Juan tiene una reunión importantísima en unas horas. Se va a poner como una fiera cuando le despierte. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Él se encogió de hombros.

—No sé, Lucía, es normal, a todos se nos olvidan las llaves de vez en cuando. Has tenido mala suerte, eso es todo.

—En fin... Esta vez me merezco que me eche la bronca, supongo.

El coche llegó. Guillermo le dio las gracias y una propina al hombre que le sostuvo la puerta, dejando las llaves puestas, y subió al vehículo.

—¿Por qué no te quedas a dormir en mi casa? —le propuso a Lucía, una vez ella estuvo instalada a su lado.

—¿En tu casa? —Lucía dio un respingo.

No se había esperado aquello, pero por otro lado era cierto que las cosas habían avanzado deprisa entre ellos en lo que iba de noche. Por otro lado, ella seguía estando comprometida con Juan, y prefería aclarar las cosas con él antes de pasar a mayores con Guillermo. Aunque en realidad, ¿no era ya infidelidad el hecho de que desease secretamente que pasara algo si se quedaba en su casa? ¿No era infidelidad haber disfrutado bailando con él más de lo que lo había hecho con Juan en los últimos meses?

Por primera vez, Lucía cuestionó con total seriedad sus sentimientos por Juan. Tenía que hablar con él, aquello ya era imposible de eludir. Tenía que hacerlo. Con Guillermo o sin él, lo cierto era que ya no estaba enamorada de Juan. Admitirlo fue como quitarse un peso de encima. Lo siguiente que pensó fue que tendría que decírselo a Milo y darle la razón. Esperaba que no fuera a regodearse mucho en eso...

—Tengo un apartamento alquilado —dijo Guillermo—. Tiene una cama y un sofá. Puedo dejarte dormir donde prefieras —ofreció—. No me cuesta nada y así tú no tienes que despertar a Juan. Además, está al lado del teatro, así podrás dormir un poco más.

Era cierto. Ya era jueves y tenían ensayo. A Lucía le dolió el madrugón solo de pensarlo.

Si dormían separados, no había nada de malo en que pasara la noche con Guillermo. Juan se enfadaría, claro, porque pensaría que habían dormido

juntos, pero si él quería creer que Lucía era una mentirosa, eso era problema suyo.

—De acuerdo —aceptó—. Muchas gracias, Guillermo.

—No me las des —contestó él—. Es un placer. Así puedo pasar un poco más de rato contigo.

La expresión de Lucía se iluminó cuando él le sonrió.

Metieron el coche un garaje. Guillermo rodeó el capó, mirando a Lucía mientras ella salía por la puerta de copiloto, y ella sintió que, si de ella dependiera, saltaría hacia él para darle un beso. Se contuvo. No tenía derecho para hacerlo, mucho menos entonces, que ya debían estar en frío, fuera de la pista de baile. Aun así, aunque el embrujo de la música y la penumbra se había roto, Lucía seguía sintiendo que las barreras entre ellos habían desaparecido. Se preguntó si él sentiría lo mismo.

El apartamento estaba en la primera planta, de modo que se ahorraron un largo viaje en ascensor que Lucía no estaba segura de poder aguantar sin tocarle. Él abrió la puerta y la dejó pasar primero. Era un piso pequeño, casi un estudio. Tenía un salón lleno de estanterías, con algunas fotografías enmarcadas y libros sobre sus estantes, un sofá amplio, una televisión y, para sorpresa de Lucía, un piano vertical. A un lado, una puerta abierta descubría una cocina pequeña, con una mesa cuadrada y dos sillas; al otro, un baño. Desde el salón, presumiblemente, se accedía al dormitorio a través de una puerta que en aquel momento estaba cerrada.

—¿Este sitio lo has alquilado tú? Está muy bien. ¿Cómo lo encontraste?

—En realidad, lo alquiló el teatro por mí —respondió Guillermo—. Déjame tu abrigo, lo colgaré aquí.

—Gracias. —Lucía movió los brazos para quitarse el abrigo y que él, que se había colocado detrás de ella para ayudarla, lo cogiera—. ¿Puedo pasar un momento al baño?

—Claro —él se adelantó y le encendió la luz—. Todo tuyo.

Lucía utilizó el baño y se paró delante del espejo después de lavarse las manos. Contempló su reflejo con aire circunspecto.

«No va a pasar nada, Lucía. No. Tú eres una mujer con principios, fiel, leal. No va a pasar nada, no, ni aunque creas que ya no quieres a Juan, porque tienes que hablar con él primero.»

Una vez que le pareció que había conseguido convencerse a sí misma, volvió a salir. Guillermo había encendido un par de luces indirectas en el salón, creando un ambiente muy acogedor. Había puesto sobre el sofá un par de mantas y una almohada, sobre la mesita baja dos copas y una botella y estaba allí, esperándola.

—Pensé que a lo mejor te apetecía una última copa.

Lucía se sentó junto a él.

—Sí que me apetece. Gracias.

Él sirvió vino en ambas copas y le ofreció una.

—Por el teatro —propuso, y ella estuvo encantada de brindar—. ¿Cómo empezaste tu carrera como actriz?

—¿Cómo empecé? ¿A estudiarlo o a hacer teatro?

—Todo.

Lucía se reclinó en el sofá y contempló a Guillermo. Estaba relajado, apoyado en el reposabrazos, mirándola con sincero interés.

No estaba acostumbrada a que la gente se tomase en serio su carrera.

—Empecé en el colegio y después, de adolescente, en una academia. Intenté entrar en Arte Dramático, pero el primer año no pude, así que me metí a Literatura. En segundo conseguí entrar. Dejé Literatura. Pero cuando me gradué no encontré trabajo, así que empecé a hacer teatro en grupos amateur, cobrando muy de vez en cuando aquí y allá. Me salieron algunas cosas en publicidad, pero poco más. Así que fui tirando de trabajillo en trabajillo. Este es el primer trabajo serio que he tenido como actriz. No me lo podía creer cuando me llamaron para el *casting*.

—¿En serio? —preguntó él—. Pues no saben lo que se pierden los que no te llaman. Me dejaste impresionado en el *casting*, se veía perfectamente el potencial.

—Gracias. Supongo que mi currículum no es muy impresionante, por eso...

—Qué tontería. Haber trabajado en teatro amateur o alternativo está bien. De verdad. Lo que me dice de ti es que sabes currar de verdad, que no eres una princesita que a la mínima se va a hundir y no va a poder seguir adelante. Fíjate cómo has lidiado con Alfredo. Has tenido tus más y tus menos, pero has seguido adelante, sin dejar que te aplaste. Al final lograrás sacar esas escenas, y no habrá sido por el trabajo del actor profesional que vive de eso, será por

el tuyo, aunque sea, como dices tú, tu primer trabajo serio.

Lucía le miró, cohibida, y esbozó una sonrisa.

—Vaya, qué intenso te has puesto... —bromeó—. Gracias, significa mucho para mí que digas esto.

—No me las des. Lo pienso de verdad. Pero es verdad que me he emocionado un poco —se rio de sí mismo—. Yo empecé por música, en realidad.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Me lo contó Sebastián. ¿Cómo es que por música?

Él se encogió de hombros.

—Toco el piano desde niño. Me metí por música, acabé haciendo cosas de danza y de musical, luego de ahí pasé al teatro. Tuve unos estudios larguísimos... Al final estaba a la vez dando clase para financiarlos.

—¿Clase de qué?

—De música y de teatro. Talleres y cosas así. Sobre todo a niños.

—Me gustaría verte de profesor.

—Hace ya años que no doy clase. Aunque me gustaba. Quizá en un futuro.

Lucía dejó la copa vacía sobre la mesa y se recostó en el sofá.

—Mis padres nunca se han tomado en serio el teatro como carrera profesional —comentó.

Guillermo soltó una carcajada.

—¿Es que hay padres en el mundo que se lo tomen en serio? Los míos tampoco estaban nada convencidos, la verdad. Qué se le va a hacer...

La idea le resultó reconfortante a Lucía. No era que sus padres y Juan tuvieran razón; solo que todos los padres desconfiaban de las carreras artísticas de sus hijos, era natural... No era porque ella no fuera lo bastante buena, sino porque todos los padres se mostraban recelosos, incluso los de Guillermo.

—Gracias por decírmelo... y gracias por dejar que me quede...

—Deja de darme las gracias, Lucía —respondió él—. Me encanta que estés aquí. Me gustas mucho, y me gusta estar contigo.

Lucía abrió los ojos para mirarle. Fue en ese momento en el que se dio cuenta de que los había tenido cerrados.

—Tú también me gustas mucho. Aunque no sé si deberías gustarme, pero me gustas.

Él se rio bajito. Alargó la mano para ponerla sobre la de ella. Lucía se la acarició, juzgando que aquel contacto era de lo más inocente y de ningún modo estaba rompiendo con él el juramento que había hecho a su reflejo.

La luz daba sobre el rostro de Lucía directamente, porque alguien había descorrido las cortinas. ¿Cómo podía haber tanta luz, si apenas estaba amaneciendo? Lucía abrió los ojos. Era de día.

Estaba todavía en el sofá, arropada con la manta. Guillermo tenía que haberla tapado cuando se quedó dormida. La botella y las copas se habían ido. Él tampoco estaba en ningún sitio a la vista.

Lucía se puso de pie y se asomó al dormitorio, con la manta todavía sobre los hombros. La puerta estaba entornada.

—¿Guillermo? —llamó.

Él no respondió. Ella empujó la puerta. La cama estaba hecha. Olía muy fuerte a Guillermo, al desodorante que utilizaba y a *after-shave*, pero él no estaba allí. Lucía avanzó y se tumbó un momento sobre su cama. Allí sí que olía a él. Se perdió un momento en el olor, disfrutando de aquella cercanía y reviviendo las horas que habían pasado bailando la noche anterior. Parecían irreales, como parte de un sueño.

Se levantó y se dirigió a la cocina. Allí tampoco estaba Guillermo, pero sobre la mesa había un plato, una taza y cubiertos, además de una cesta con panecillos y un paquete. Dentro había un par de magdalenas y un croissant. Sobre el paquete, una nota: «Hay café recién hecho y leche en la nevera. Toma todo lo que quieras, como si estuvieras en casa. No sabía qué te gusta desayunar así que compré varias cosas, elige lo que prefieras. El ensayo sigue empezando a las 10, ¡¡no llegues tarde!! Un beso.»

Lucía sonrió. Aquello era muy del estilo de Guillermo. Por un lado, no la había esperado y se había marchado al teatro a la hora a la que solía hacerlo. Por otro, se había tomado la molestia de bajar a comprarle algo para hacer un desayuno especial.

Desayunó rápidamente, mirando el reloj. Todavía tenía tiempo de darse una ducha. Fue al baño para encontrarse, sobre el lavabo, un juego de toallas blanco que entendió que era para ella. Dándole las gracias a Guillermo

mentalmente por haberse anticipado a su necesidad de ducharse, se metió debajo del agua. El gel y el champú también olían a Guillermo. Se enjabonó bien con ellos, disfrutando del momento.

El teatro estaba muy cerca de allí, apenas a cinco minutos andando. Cuando llegó, aún faltaba un rato para que empezase el ensayo. Ángela Rodríguez, la directora del teatro, estaba en la sala, llamando la atención a todos los que iban llegando.

—¿Ya estamos? —preguntó a las diez—. Perfecto. Hola a todos, quería saludaros y felicitaros por lo mucho que habéis avanzado. Ya queda muy poco para el estreno y os adelanto que tenemos ya todas las entradas vendidas. Vais a estrenar con un lleno. No esperábamos menos, claro. Un aplauso para vosotros. —Esperó mientras los demás aplaudían—. También quería anunciaros que la ópera de la ciudad le ha ofrecido un puesto a nuestro Guillermo, como director residente. Un aplauso para él, enhorabuena, Guillermo.

A Lucía le pareció que el aplauso era más fuerte. ¿O eran los latidos de su propio corazón, que se habían acelerado? Si Guillermo tuviera un puesto como director residente en la ópera, significaba que no volvería a Berlín...

Para terminar de alegrarle la mañana, Ángela se detuvo un momento a su lado antes de abandonar la sala.

—Por cierto, Lucía —le dijo, aprovechando el barullo que se había formado a su alrededor, mientras todos se ponían de acuerdo para ir a sus puestos y empezar el ensayo—. Me ha llegado tu recomendación. Estamos valorando tu incorporación a la plantilla. Es un proceso que puede llevar unas semanas aún, así que quería que supieras que está en camino y que pinta bien, que no te preocupes si ves que tardamos en decirte algo. ¿De acuerdo?

—Va... vale —balbuceó ella, anonadada—. Muchas gracias. ¿Quién... quién me recomendó, si no es indiscreción preguntarlo?

—Guillermo, claro —respondió Ángela.

—Claro. Gracias, Ángela...

Lucía pasó todo el ensayo con la sensación de tener el estómago lleno de algo efervescente. No podía dejar de mirar a Guillermo. Por el contrario, él no la buscó en ningún momento. Actuaba como si ella no existiera, como si no hubiesen estado juntos la noche anterior.

Estaba disimulando, era normal. Tenía que concentrarse en su trabajo al fin y al cabo. Al menos él era capaz de hacerlo, a ella le estaba costando muchísimo. Se esforzó en no darle importancia y en comportarse de manera profesional, y al final del ensayo se acercó a él.

—Gracias por la recomendación —le dijo—. Y enhorabuena por...

—Gracias —le cortó él—. Ha sido muy amable por su parte ofrecérmelo. Hace años me hubiera encantado el trabajo. Pero ahora mismo, la verdad, tengo mi vida en otro país. Voy a rechazar la oferta. Así que no me felicites por ella, por favor.

Lucía se quedó inmóvil, como si le hubiese alcanzado un rayo.

—Vale... Lo siento.

—No pasa nada —Guillermo la miró, con seriedad. A Lucía le pareció distinguir incluso algo de pena en sus ojos oscuros—. Esta ciudad me trae demasiados recuerdos. No sé si estoy preparado para vivir en ella, sinceramente. No sé si alguna vez lo estaré. En fin. Por suerte, hay otras alternativas, ¿no?

«Sí», pensó Lucía. «Pero no me incluyen a mí».

No lo dijo, claro. Era ridículo.

Al fin y al cabo, no había pasado nada entre ellos.

SEGUNDO ACTO

ESCENA V

Inés

El salón estaba iluminado por una de las lámparas bajas, de lectura. Lucía estaba sentada en el sofá, en silencio, sin hacer nada más que reflexionar mirando la oscuridad a través de la ventana. El piso estaba en silencio, a excepción del suave murmullo de la nevera. El estado de ánimo de Lucía era trémulo, expectante, un poco aprensivo, pero también decidido. Inés, por su parte, se había expandido por toda la habitación, intentando combatir la espera con calidez. Aunque Lucía no lo dijese en voz alta, ella sabía que su presencia allí le aportaba, si no apoyo, al menos compañía.

Los músculos de Lucía se tensaron al escuchar la llave girando en la cerradura. Pudo escuchar a Juan en el descansillo, colgando su abrigo. Después, él entró en la habitación.

Parecía agotado.

—Ah —murmuró—. Así que aquí estás. ¿Vas a decírmelo ahora?

—Hola, ¿no? —dijo Lucía, aunque le temblaba un poco la voz.

—Sí, sí. ¿Me vas a decir que me pusiste los cuernos ayer?

La indignación subió por el cuello de Lucía hasta sus mejillas. Juan también se dio cuenta.

—Juan...

—Me dijiste que era una cena, una cena, como si fuese una cuestión de trabajo. Y luego te vas como disfrazada de puta o algo, con él, y no vuelves en toda la noche... ¿Os fuisteis a su casa o él también tiene pareja y tuvisteis que

ir a un hotel?

Lucía se debatió. Quería decirle que ella no había sido infiel, pero no era capaz. En el fondo, sentía que sí lo había sido. Había estado con Guillermo, deseando no tener ningún compromiso con Juan, deseando poder tener la libertad de hacer lo que quisiera, deseando...

—No me he acostado con él —dijo.

—Ya, claro —replicó Juan, con sorna—. Ni siquiera os habéis dado un beso.

—Pues no.

—Todo ha sido de lo más inocente, sí, estoy seguro. Una relación de trabajo y ya está. ¿Te crees que soy tonto, Lucía? ¿Te crees que no me doy cuenta...?

Lucía se levantó, cansada de que él, de pie, le gritase desde arriba.

—Escucha, Juan, vamos a dejar a Guillermo a un lado...

—Qué cómodo es para ti decir eso. Vamos a olvidarnos de que he sido una puta y te he puesto unos cuernos como una casa, venga, como si no hubiera pasado.

—...Vamos a hablar de nosotros. Y deja de insultarme, Juan, porque de verdad que...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llamar a tu novio?

—Ya está bien, Juan —le cortó Lucía, intentando sonar tranquila, aunque le temblaba un poco la voz—. Estoy hablando de nosotros, de ti y de mí, de nuestra relación, sin nadie más de por medio. ¿Puedes concentrarte eso un momento y escucharme?

—Ya me gustaría a mí que esto fuera sobre nosotros dos, sin nadie de por medio.

Lucía sintió una punzada de remordimiento, pensando que él tenía razón. No estaba segura de haber llevado toda aquella situación de la mejor manera posible, y eso pesaba sobre su conciencia. Sin embargo, había reflexionado y tomado una decisión, y el sentimiento de culpa no iba a cambiar eso.

—Se ha acabado —informó, en un tono que no daba lugar a que se la contradijera—. Se ha acabado lo que había entre nosotros. Ya no nos queremos, Juan. Al menos, yo no te quiero. Quizá lo hayamos apresurado todo demasiado, no sé.

Él la miró, lívido. Ella, por su parte, parecía triste.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó él.

—Sí —respondió Lucía. A ella también le parecía demasiado rápido, demasiado directo. Una vez había dicho que ya no sentía nada por él, la enorme bola en la que se había convertido aquel problema se había deshecho, dejándola con un gran vacío—. Eso es todo. Me voy a llevar ahora un par de cosas que necesito, y ya volveré con más tiempo a llevarme el resto. Quédate en el piso tú, yo ya veré qué hago.

Él la contempló un momento, como si repasase mentalmente sus opciones. Finalmente se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Pasó junto a ella y se sentó en el sofá. Alargó la mano hacia el mando para encender la tele y miró fijamente la pantalla.

Lucía quiso decirle algo más, pero Inés se interpuso entre los dos. El segundo que tuvo para pensar hizo que Lucía se diera cuenta de que aquello no era buena idea. Se fue al dormitorio, sacó una maleta del altillo y la empezó a llenar con rapidez de todas las cosas que creía que podía necesitar a corto plazo. Varias mudas de ropa, algunos pijamas, un neceser, el cargador del móvil.

Cuando salió al recibidor, Juan seguía viendo la televisión.

—Adiós —dijo Lucía.

Él no respondió. Ella bajó en el ascensor y, ya en la acera, llamó por teléfono a un taxi. No estuvo tranquila hasta que no entró en él y dio la dirección de casa de sus padres.

«Dejó a Juan», le envió un mensaje a Milo.

La respuesta fue inmediata.

«Bien por ti. Estás mejor sin él. ¿Quieres que te llame?»

«Sí.»

No hablaron mucho. Lucía no quería contarle exactamente lo que había pasado, porque eso era cosa de ella y de Juan, y Milo no preguntó. Charlaron en una conversación lenta, espaciada, un poco de nada. Escuchar su voz y su respiración, saber que él estaba allí para ella, al otro lado de la línea, era suficiente para que Lucía se sintiera mejor.

Vicente y Julia se habían ido a dormir ya, de modo que Lucía pudo entrar discretamente en la casa. Dejó un *post-it* pegado en la puerta de la nevera:

«Vine a pasar la noche. Mañana madrugo para ir al trabajo, no sé si os veré por la mañana o a la vuelta. Besos». Después, se fue directamente a dormir.

A la mañana siguiente, el *post-it* seguía allí, por lo que supuso que sus padres aún no se habían levantado. Lucía cogió otro taxi hasta el teatro, sintiendo que todo lo que había pasado la noche anterior y sus consecuencias caían sobre sus hombros con más fuerza aún que el día anterior. Había dejado a Juan. Tendría que recoger las cosas del piso y buscar otro sitio donde vivir. Estaba sola, por primera vez en varios meses. Se había acostumbrado enseguida a tener pareja y tendría que hacerse de nuevo a la soltería. Sí, porque Guillermo iba a volverse a Berlín y ella se quedaría allí. No había dejado a Juan por Guillermo, por mucho que él lo creyera así. Le había dejado porque no estaba contenta. Podía ser que Guillermo le hubiera hecho darse cuenta de eso, sí, pero no había dejado a su prometido por él.

Lucía estaba alicaída, y eso se reflejaba en la energía que transmitía. Era tan evidente que no solo Inés era capaz de percibirlo. También Guillermo se dio cuenta, y su propia actitud se volvió malhumorada a lo largo del día. Inés le rodeó, giró a su alrededor, se arrimó a su pecho intentando calmarle, pero le resultó imposible. El director estaba demasiado obcecado con sus propios pensamientos.

Se acercó a Lucía al final del día, cuando ya habían terminado los ensayos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Aunque la pregunta parecía amable, la tensión beligerante que había de fondo fue tan perceptible para Lucía como si él no se hubiera molestado en disimular.

—Más o menos —respondió, un poco a la defensiva—. ¿Y tú qué tal estás?

Guillermo puso los ojos en blanco un instante, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no perder la paciencia. Su enfado, en realidad, se debía a causas ajenas a Lucía y que tenían más que ver consigo mismo. Inés lo sabía: se sentía presionado, culpable, incluso. No le hacía gracia pensar que Lucía estaba juzgándole y, en su fuero interno, darle la razón. Aunque fuera por motivos que ella desconocía.

Era un enfado irracional, pero eso no lo hacía menos real.

—Mira, si tienes algún problema lo siento mucho —le dijo él.

Ella le miró, frunciendo el ceño.

—¿Cómo que si tengo un problema?

—Por lo que pasó... en la cena y todo eso. Entiendo que te moleste que yo me vaya a volver a Berlín, sobre todo teniendo la oportunidad de quedarme... A lo mejor que Ángela lo anunciase así no fue lo más oportuno. ¡Lo entiendo! Pero no podías esperar que por haber salido juntos una noche yo sacrifique mi vida profesional por ti...

La última frase fue casi una súplica, como si Guillermo necesitase que ella le confirmara que estaba en su derecho de marcharse.

La frustración de Inés alcanzaba límites inauditos en un ser incorpóreo. Sabía que el conflicto de Guillermo sobre si irse o quedarse no tenía tanto que ver con Lucía como con otra persona, y no podía soportar ver cómo él lo volcaba todo sobre la pobre actriz, que le miraba con incredulidad.

—Yo nunca te he pedido nada semejante —bufó, hastiada—. Mira, por mí como si te vas a Cancún. No tengo hoy el día para estas tonterías, así que deja de inventarte cosas y déjame en paz.

Guillermo no se esperaba aquella reacción. Se quedó perplejo.

—Pero después de lo que pasó en la cena... —insistió.

—No pasó nada, Guillermo. Bailamos, ya está. Estoy harta de que lo saquéis todo de quicio, de verdad... —Sin querer escuchar más, Lucía le dio la espalda y empezó a subir la escalera hacia la puerta.

—¡Lucía!

—Vete a la mierda —replicó ella, sin mirarle.

Salió a la calle. Caía aguanieve, que le empapó la cara. Sin hacer caso a nada, Lucía caminó dando grandes zancadas hasta la carretera y paró a un taxi que se acercaba.

Guillermo había salido del teatro, sin abrigo, y corría hacia ella.

—¡Lucía, espera!

Ella subió al taxi y cerró la puerta. Le dio la dirección a la taxista, que arrancó.

—Por los pelos, ¿eh? —comentó la conductora—. ¿Le conocías?

—Sí —respondió Lucía, sin ganas de comentar su vida con una desconocida.

—Esos son los peores —dijo ella, simpatizando, y puso la radio.

El trayecto se hizo corto, y en menos tiempo de lo que hubiera deseado, Lucía estaba sentada a la mesa de la cocina de casa de sus padres, mientras

Julia cocinaba.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Julia, formulando la pregunta que su hija había estado temiendo.

—He dejado a Juan —confesó Lucía—. No nos entendíamos muy bien.

Su madre la miró un momento por encima del hombro y después siguió cocinando. Tras una larga pausa, comentó:

—No, yo también pienso que no os entendíais muy bien. ¿Es definitivo?

—Sí —confirmó Lucía—. Pero, mamá, ¡yo pensaba que a vosotros os gustaba!

—Bueno, a mí me gusta —admitió ella—. Pero eso no significa que tenga que gustarme para ti.

Lucía se relajó sobre la silla.

—Me parece que tenía una idea de cómo era su pareja ideal y quería que yo me pareciera a eso —explicó—. No tenía mucho interés en cómo soy yo de verdad, e incluso le irritaba que a veces no cuadrara con su idea previa.

—Puede ser. Creo que todos hacemos eso en mayor o menor grado, hasta que aprendemos a querer al otro tal y como es, y no a la imagen que nos habíamos hecho. A veces no pasa, y entonces lo mejor es lo que has hecho tú: acabar lo mejor que se pueda y seguir adelante, cada uno por su lado...

El teléfono de Lucía se iluminó, llamando su atención. Un gruñido de su hija llamó la atención de Julia.

—¿Es Juan?

—No... Es Guillermo.

—¿Quién es Guillermo?

—Otro hombre... ¡Mamá, no me mires así! Me gusta, ¿qué le voy a hacer? Y al parecer yo le gusto a él. No lo puedo evitar, ¿vale? De todas formas, es un imbécil.

—Bueno —Julia se encogió de hombros—. Si ha servido para que te desencantaras de Juan, no nos vamos a quejar. Pero para la próxima podrías escoger a uno que no sea «un imbécil».

—Me esforzaré —aseguró Lucía—. Le he colgado, pero me vuelve a llamar. No va a parar hasta que lo coja, así que... Ahora vuelvo, ¿vale?

Cogió el móvil y salió con él al pasillo. Por inercia, subió las escaleras hasta su cuarto, mientras pulsaba el icono verde para aceptar la llamada.

—Hola —saludó, en tono hosco.

—Lucía, lo siento mucho —la voz de Guillermo sonaba contrita—. He sacado conclusiones precipitadas, influenciado por otros asuntos que me preocupan pero que no tienen que ver contigo, y he dicho cosas que no quería decir. Lo lamento de verdad. ¿Querrías venir a cenar conmigo esta noche?

Lucía se sentó en su cama con tanta fuerza que botó sobre ella.

—¿También esta vez te ha propuesto Sebastián que me invites?

Lo preguntaba de forma retórica, pero el silencio al otro lado de la línea le dio a entender que había dado en el clavo. Aquello la enfadó, aunque no hubiese sabido decir por qué.

—En realidad sí, él me sugirió que te llamase —concedió Guillermo.

—¡Déjame en paz! No tengo el menor interés en quedar contigo para complacer a Sebastián. Antes me iría a cenar con él, que por lo menos parece que piensa por su cuenta, sin necesitar que su amigo le vaya chivando todo. ¡No me vuelvas a llamar!

Colgó. Se quedó un momento callada, hasta que cayó en la cuenta de que su madre estaba en el quicio de la puerta.

Lucía la miró, parpadeando para disimular las lágrimas de rabia y decepción que tenía en los ojos. Inés fue a empujar a Julia, para instarla a acercarse, pero no hizo falta: antes de que llegase hasta ella, la mujer había avanzado y se había sentado junto a su hija en la cama. La rodeó con los brazos.

—Es complicado, ¿verdad? Siempre es complicado. No te preocupes, aunque ahora parezca mucho, se pasará —le aseguró, en voz baja—. Lo importante es que tienes por fin un trabajo que te gusta y que vas a seguir adelante, pase lo que pase. Eso es lo que de verdad importa.

Lucía asintió, sin hablar, porque no quería llorar.

A Inés le pareció escuchar una música. Ondeó en el aire, siguiendo su ritmo, hasta que Lucía y su madre levantaron la mirada. Ellas también la habían oído.

—¿Serán los vecinos? —aventuró Julia.

—Es la música del final de la obra —dijo Lucía, asombrada—. De cuando Lázaro y Malena se reconcilian...

—Ay, hija, voy a tener que leer esa obra tuya porque si no, no me entero de nada.

—Nada, una escena que no me sale... —murmuró Lucía, prestando más

atención a la música que a lo que estaba diciendo—. Creo que viene de abajo.

Se acercó a la ventana para intentar ver qué pasaba fuera. Su madre la siguió. Las dos vieron, pasmadas, que había un coche aparcado delante de la casa y un hombre de pie junto a él, con un radiocasete en las manos.

—Esto es como de película —dijo Julia.

—Es Guillermo —masculló Lucía—. ¿Qué se cree que hace?

—¿Vas a ir a decirle algo?

Lucía se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de su cuarto.

—¡Sí! —exclamó. Julia e Inés pudieron oírla murmurar mientras bajaba las escaleras—. Vaya un idiota... peliculero...

Inés atravesó la pared y bajó flotando mientras Lucía, con su abrigo puesto, salía de la casa. Guillermo estaba allí, con expresión esperanzada, esperándola.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía.

—Pedirte perdón. Es verdad que Sebastián me dijo que llamase por teléfono y te invitase a cenar... Pero porque le parecía que todo esto era demasiado, que presentarme en tu casa era un poco invasivo. Y me dio miedo que te lo pudiera parecer, así que le hice caso. Pero venir iba a venir de todas formas, Lucía —aseguró—. Estoy aquí. Para pedirte perdón, porque me he portado mal contigo hace un momento, pero ha sido un malentendido y puedo explicarlo. Y, en cualquier caso, lo siento.

Lucía se dio cuenta de que la radio que llevaba Guillermo en la mano era de cartón piedra. La música venía del coche, que tenía las ventanillas abiertas.

—¿Qué es eso? —preguntó, conteniendo la risa.

Él miró el aparato de mentira con una media sonrisa avergonzada.

—Es parte del attrezzo de alguna obra de otra temporada —explicó—. La encontré en el teatro. A falta de una de verdad, me pareció más romántico que poner solo la música en el coche.

Lucía se rio.

—Es verdad. Es más romántico.

Guillermo dejó el radiocasete en el suelo y cogió las manos de Lucía entre las suyas.

—Perdóname —pidió—. Es verdad que soy torpe y que he metido la pata. Esto está siendo un poco difícil para mí... pero sé que esa no es excusa para

comportarme como un idiota. Por favor, ven a cenar conmigo y déjame arreglarlo. No te lo pido porque me lo haya dicho nadie —agregó, con una sonrisa.

Lucía sintió un movimiento a su espalda. Su madre estaba en la puerta del jardín, mirándolos con expresión divertida.

—Mamá, puede que vuelva tarde esta noche —comentó Lucía.

—Te dejaré las luces de fuera encendidas —respondió ella, con naturalidad.

Después, entró en el jardín y cerró la puerta.

Lucía se dio cuenta de pronto de que Guillermo no conocía aquel sitio. Le miró con curiosidad.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—En tu casa no había nadie. Sebastián mencionó la casa de tus padres cuando hablé con él. Por alguna razón, sabía dónde era, así que me lo dijo. Espero que no te parezca mal.

—No, no. Ahora todo tiene mucho más sentido —Lucía tuvo que reírse. Sebastián volvía a aparecer, como el hada madrina de Guillermo igual que Milo era la de ella—. ¿A dónde vamos?

Él la invitó a subir al coche con un gesto.

—A donde tú quieras.

SEGUNDO ACTO

ESCENA VI

Lucía

Como no sabían a dónde querían ir, aparcaron en el centro y echaron a caminar. Hacía frío, así que las calles estaban vacías a aquella hora. Lucía hundió la nariz en su bufanda y mantuvo el paso de Guillermo, que llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Pasearon hasta llegar a un parque. Los árboles se alzaban, oscuros, como centinelas guardando un pequeño retazo de tranquilidad en medio de la ciudad. Guillermo miró a Lucía, interrogante, y ella asintió. No estaba segura de que hubiera querido atravesar el parque sola, pero siendo dos estaba bien.

Dentro no había ni un alma.

—Mira, yo soy consciente de que tengo algo de dificultad para comprometerme —dijo Guillermo, rompiendo el silencio—. De por sí soy muy de pensar demasiado las cosas y me cuesta dar pasos adelante sin haberle dado mil vueltas primero. Además, desde... —se detuvo un momento antes de continuar—. No es que quiera justificar todo lo que hago con lo que pasó, no es eso. Pero sí puedo analizarlo y darme cuenta de que me ha cambiado. Y desde que murió mi hija y me divorcié, me cuesta...

No fue capaz de encontrar palabras para terminar la frase, de modo que se quedó callado. Tras intentar encontrar el modo de decirlo y fracasar, miró a Lucía, como pidiendo ayuda. Ella lo comprendió.

—Ya —respondió, haciéndole entender que no era necesario que siguiera, que ella ya había entendido la idea—. Supongo que es normal.

—Sí, pero ha pasado ya mucho tiempo. No puedo estar toda la vida sin dejar acercarse a nadie... No puedo vivir con miedo a que vuelva a pasar lo mismo. Te lo estoy diciendo ahora muy convencido, pero aunque racionalmente me dé cuenta de esto, la verdad es que luego me cuesta un esfuerzo reaccionar bien —añadió, con una sonrisa.

—Claro. Es un paso darte cuenta de que no tienes que estar asustado, pero no se puede decidir no estarlo.

Él la miró, un poco sorprendido.

—Sí, exactamente eso. Así que lo único que puedo hacer, supongo es... superar el estar asustado. Es cosa mía y soy yo el que tiene que trabajar en ello. Solo te pido que tengas un poco de paciencia conmigo... por favor.

Lucía asintió.

—No te preocupes.

—Lo que no me gustaría es que este miedo irracional arruinase lo que hay entre nosotros. Sea lo que sea —añadió él con voz suave.

—Lo que sea —repitió ella, y sonrió.

—Aunque tampoco quiero interponerme entre Juan y tú —admitió él, mirándola de reojo—. Te aprecio mucho, y entiendo que poner en peligro una relación estable a causa de alguien que está todavía recomponiéndose y no tiene claro que es lo que quiere no es la mejor idea.

—Qué mal te publicitas.

Él se rio.

—Es que no quiero publicitarme, quiero decirte lo que hay para que lo tengas en cuenta. No me gustaría que tomaras decisiones que te puedan hacer infeliz... Y menos aún, por mi culpa. Si él o cualquier otro es mejor opción para ti, soy el primero que te diría...

—Juan no es lo mejor para mí. Lo dejamos ayer.

Él pareció gratamente sorprendido, pero intentó disimularlo.

—¿De verdad?

—Sí. Podemos dejar de preocuparnos por eso...

Llegaron a una zona de juegos para niños desierta. Lucía se sentó en uno de los columpios.

—Ahora que estamos poniendo las cartas sobre la mesa —dijo Guillermo, con aire culpable—, en realidad, estoy pensándome mucho lo de aceptar el

trabajo en la ópera. Llevo un tiempo dándole vueltas a la idea de volver aquí... pero no durante un tiempo, sino de forma permanente. La verdad es que precisamente porque llevaba un tiempo intentando decidirme, me sentó mal sentir que tú también tenías expectativas sobre mí en ese sentido y que me presionabas para que me quedase. Ya, ya sé que no lo estabas haciendo —se corrigió enseguida, al ver la expresión de ella—. Pero creo que justo por eso lo saqué todo un poco de quicio: porque yo por mi parte estaba debatiéndome entre quedarme o irme, y me puso nervioso no saber cómo encajar... bueno, encajarte *a ti* en la balanza.

Ella se balanceó un poco sobre el columpio.

—Pero no es por mí por lo que estás planteándote quedarte, ¿no?

—No —la tranquilizó él—. Pero darme cuenta de que mi primer impulso ante lo que sentía... *lo que siento* por ti fue alejarme me ha hecho pensar que puede que haya estado haciendo eso mismo en otros ámbitos de mi vida también. Así que estoy intentando enmendar ese error.

Lucía podía imaginarse de qué estaba hablando él. Al fin y al cabo, había dejado a otras personas atrás a la hora de irse a vivir a Berlín.

—De todos modos —comentó—, sinceramente, yo tampoco estoy ahora como para saltar corriendo de una relación a otra. Así que no tienes que preocuparte por mí cuando decidas si te vas o te quedas. Piensa eso por tu cuenta y, cuando lo sepas, ya vemos qué hacemos nosotros. Sin presiones. Prefiero que nos lo tomemos todo con calma y, en el peor de los casos, quedemos de amigos. No tenemos por qué precipitar nada.

Él asintió, mirándola con afecto.

—Estoy de acuerdo.

Ella se levantó y siguieron caminando. El viento hacía que los árboles susurrasen cuando ellos pasaban delante. Lucía se estremeció y Guillermo la rodeó con el brazo. Caminaron lentamente, muy pegados el uno al otro, estorbándose un poco para andar, pero sin ninguna intención de separarse. No tenían prisa.

—Entonces, ¿la ruptura con Juan es definitiva? —preguntó él.

—Sí. Completamente.

—Lo siento.

—¡No seas mentiroso! —exclamó Lucía—. Pero si le conociste durante dos

minutos y ya pensaste que es un imbécil.

Él se encogió de hombros, conteniendo una sonrisa.

—Admito que mi opinión puede ser tendenciosa.

—Y tanto.

—Digo que lo siento porque sé que las rupturas son siempre duras, incluso aunque tengas claro que la relación no podía seguir adelante.

Lucía se estremeció y se arrimó un poco más a él, resguardándose del viento.

—Es verdad. Pero si te soy sincera, al mirar hacia atrás lo que me sorprende es que en algún momento me pareciera todo buena idea. Quiero decir, muchas cosas no salieron como yo habría querido... Otras fueron desastrosas desde el principio. Oye. No debería estar hablando esto contigo. Tú mismo dijiste una vez que estaba feo hablar de los ex.

—Y sin embargo te conté toda mi vida y la de mi ex mujer —Guillermo enarcó las cejas—. Digamos que estoy escuchándote como amigo, nada más, y que no estamos juzgando en ningún momento a Juan, sino hablando de tu relación con él.

—Está bien.

—¿Cosas desastrosas, decías?

—Me refiero a momentos que tendrían que haberme dicho desde el principio que aquello no iba a ninguna parte... Y, sin embargo, los pasé sin darme cuenta de nada. Por ejemplo, el momento en el que me pidió matrimonio o el de nuestra primera cita...

Guillermo parecía divertido.

—Siempre puedes hacerlo todo otra vez.

—¿A qué te refieres?

—Podrías repetir esos momentos, mejorándolos. Como si la primera vez hubiera sido un ensayo. Los vuelves a representar, mejorados... Y te quedas más tranquila —comentó, medio en broma.

—Ah, buena idea. ¿Llamo entonces a Juan para repetir? No, gracias.

Él se rio.

—No, no. Si uno de los fallos en los ensayos era precisamente uno de los actores, sustitúyelo.

—Qué fácil es decir eso, y me lo propone el señor que no ha sido capaz de sustituir a Alfredo... Ese sí que es un fallo...

—Lamentablemente, yo no decido a quién se contrata en ese teatro. Pero tú decides el *casting* en tu vida personal.

Lucía reflexionó sobre ello un instante. Él estaba bromeando, pero ella empezó a verlo como una posibilidad real. Podría repetir todo lo que había hecho con Juan, pero mejorándolo, demostrando que aquello podría haber ido mejor si hubiese sabido cómo. Y una de las formas de perfeccionarlo, por supuesto, era que Juan no estuviera allí.

Miró a Guillermo.

—¿Querías hacerlo? ¿Quieres rehacer conmigo escenas de mi vida romántica, mejorándolas? Seguramente me ayude a superarlo —comentó, riendo por lo bajo—. Y podría utilizar tu imaginación para versionar algunos de estos momentos. ¿Qué me dices?

Guillermo le sostuvo la mirada, con ojos brillantes.

—Está bien. Como amigos... de momento.

—Claro. Si no, estaría feo. Como amigos.

A Lucía le pareció que las hojas de los árboles se movían con más fuerza, como si estuvieran aplaudiendo aquella decisión, contentos de ver la complicidad entre ellos dos. Salió del parque sintiendo que había allí una presencia que les observaba y que celebraba el nuevo curso de los acontecimientos.

Lucía sacudió la cabeza, convencida de que aquello había sido fruto de su imaginación, y Guillermo y ella se internaron de nuevo en las calles de la ciudad.

SEGUNDO ACTO

ESCENA VII

Inés

Inés se apresuró a adelantarles para encender la farola que parpadeaba unos metros por delante de ellos. Después, barrió algunas hojas sobre la acera, haciendo que bailasen, y pasó apresuradamente por entre las flores de la mahonia que crecía en la esquina, levantando su aroma. Guillermo sonrió cuando pasaron junto a ella, volviendo la mirada para observar las flores amarillas.

—¿A dónde vamos primero? —preguntó.

Lucía reflexionó un segundo.

—Cuando me pidió matrimonio estábamos cenando en un sitio muy elegante, de esta cocina moderna imposible de entender. No me gustó nada. Además, yo no tenía ganas y me hubiese apetecido mucho más otro tipo de plan.

—Muy bien. Empecemos por la cena. ¿Dónde podríamos ir a cenar que te apetezca más?

—No sé. Algo más casual, que los camareros no vayan emperchados, por favor.

—¿Comida internacional?

—¿Qué se te ocurre?

—Conozco un senegalés estupendo. No te puedes esperar conocer nada de lo que hay en la carta, pero da igual, está todo buenísimo.

Lucía asintió con entusiasmo.

—Suena genial. ¿Está lejos?

—No, un par de calles más allá. A ver si encontramos sitio.

Inés se adelantó. Ella también conocía aquel restaurante, porque había ido con Guillermo más de una vez. Entró en el local, flotó entre las delicadas mesas de madera hasta la que se encontraba junto a la ventana, y atosigó a los clientes que estaban sentados sobre los cojines del ancho alféizar. Sintiendo su urgencia, estos se dieron prisa y ya habían pagado cuando Guillermo y Lucía cruzaron la puerta.

—Qué decoración tan bonita —comentó ella, admirando los cuadros y la iluminación tenue.

El camarero les condujo a la mesa junto a la ventana. Se sentaron uno junto al otro y leyeron una de las cartas, con curiosidad.

—Lo dicho —repitió Guillermo—. Da un poco igual lo que pidamos.

—¿Quieres compartir un par de platos y algún entrante?

Se dejaron recomendar por el camarero y se sumergieron en su propia conversación, discutiendo qué podrían hacer después de cenar.

—Ir al teatro —sugirió Guillermo—. Pero en nuestro caso quizá sea un poco redundante.

—Vi hace poco *La colmena de abejas* en el Teatro Luna. Era un montaje de la compañía de Lara Gómez, ¿la conoces?

Se enzarzaron en una charla animada sobre teatro y sus propias opiniones y experiencias, hasta que llegaron los platos. Incluso sin saber exactamente qué eran algunas de las cosas, no se arrepintieron de haber pedido ninguno de ellos.

—Creía que íbamos como amigos —protestó Lucía cuando él alargó la mano hacia la cuenta.

—Y vamos como amigos. Amigos que se invitan a cenar —rebató Guillermo—. Esta vez me toca a mí. Así estoy seguro de que habrá una segunda vez, ¿no?

Durante la conversación de la cena habían decidido ir a ver *Cyrano* a un teatro cercano. Consiguieron buenas butacas y se sentaron uno junto al otro, sin atreverse a tocarse, durante la duración de la obra. La puesta en escena era buena y la magia de la historia les cautivó enseguida. Lucía dejó su mano en el borde del asiento e Inés sopló sobre su padre para obligarle a revolverse y, por casualidad, encontrar la mano de ella. Conscientemente, Guillermo dejó

reposar la suya cerca, sin cogerla, pero rozándola.

Cuando se encendieron las luces de sala al final de la obra, se incorporaron con rapidez, como si alguien fuera a decirles algo. Lucía se dio cuenta, con sorpresa, que los ojos de Guillermo estaban empañados.

—¿Te ha hecho llorar *Cyrano*? —le preguntó, enternecida.

—No, no... —Él desvió la mirada—. Solo me ha conmovido un poco. Venga, vamos a salir. ¿A ti no te ha gustado?

—¡Claro que me ha gustado!

En la calle, la marea del público se dispersó. Ellos dos se encontraron de nuevo paseando por la ciudad de noche, sin rumbo.

—¡Bueno! ¿Crees que hemos mejorado esa noche?

—Sí. Y eso que no me has pedido que me case contigo. —Los dos se rieron.

—Esto me está gustando. ¿Qué otra ocasión tenemos que versionar?

Lucía lo pensó de nuevo.

—Nuestra primera cita —respondió—. Fuimos al parque de atracciones, porque se le ocurrió a él y yo no me atreví a decirle que no. Es que me da un poco de miedo estar dentro de una multitud, ¿sabes? Siempre que estoy en el parque de atracciones pienso que uno de los carritos o de los trenes podría descarrilar y caer, y que entonces todo el mundo echaría a correr y no podría salir de allí... Me da escalofríos.

—Muy bien. Un sitio tranquilo, entonces, ¿no? —propuso Guillermo—. Yo sé uno que podría valernos para una primera cita.

Echaron a caminar, charlando, hasta bajar al puerto. Tras cruzar un pequeño túnel que Lucía no conocía, se encontraron en el muelle, caminando junto a los pequeños veleros que atracaban allí. El viento jugaba con los cabos y las banderas, haciendo cabecear los cascos sobre el agua. Al final del paseo se encontraba el antiguo faro, alzándose espléndido sobre las aguas negras, con su luz apagada hacía ya mucho tiempo.

Guillermo y Lucía se apoyaron en la barandilla para mirarlo.

—¿Tienes frío? Podemos volver si quieres —ofreció él, pero Lucía no estaba temblando de frío, sino porque Inés estaba jugando con su pelo, intentando acercarla a él.

—No, estoy bien. —Funcionó; Lucía avanzó un paso y apoyó una mano en el brazo de Guillermo—. Gracias por estar aquí conmigo. Si esta fuera nuestra

primera cita, el lugar sería perfecto. Es precioso...

—En realidad, si no contamos la cena de la otra noche porque tú todavía no estabas soltera, esta es nuestra primera cita —indicó Guillermo.

—Es verdad. Supongo que entonces es demasiado pronto para darte un beso —supuso Lucía.

—No lo sé, no estoy muy puesto en el tema de las citas —admitió él, rodeándola con un brazo y acariciando su espalda.

Lucía se puso de puntillas y le besó. Sus labios, como si fueran muy conscientes de que era la tercera vez que se acercaban y no estuvieran dispuestos a también en esta ocasión acabar sin beso, se unieron enseguida, con urgencia. Guillermo la estrechó un poco contra sí y Lucía pasó los brazos por encima de sus hombros. Bajo ellos, el mar chocaba calmadamente contra las paredes del faro.

Inés se retiró para dejarles espacio y utilizó aquel momento para ascender y apartar las nubes de delante de la luna. Volvió a unirse a ellos cuando reanudaron su paseo, con los dedos de las manos entrelazados.

Caminaron hasta la parte del puerto más alejada de la tierra firme. Allí, un muro de casi tres metros de ancho, excavado en roca, protegía a los barcos de las olas. Guillermo señaló una escalerilla, compuesta de varias barras de metal negro clavadas en la roca.

—¿Te atreves?

Lucía subió la primera, colgándose de las barras y subiendo con seguridad, primero las manos y luego los pies. Guillermo la siguió. Los dos se quedaron de pie sobre el muro, contemplando el mar a sus pies, completamente negro y brillante por la luz de la luna. Lucía abrazó a Guillermo, buscando amparo bajo su brazo.

—Esto es increíble.

Él sonrió.

—Y si esta fuera nuestra primera cita, te preguntaría —comentó, separándose un poco de ella y ofreciéndole la mano—: ¿Quieres bailar conmigo?

—¿Aquí?

—¿Se te ocurre algún sitio mejor?

Ella aceptó su mano y se agarró a su hombro con la otra. Giraron lentamente,

dibujando figuras geométricas sobre la piedra negra, bañados en la luz blanca. Estaban tan inmersos en aquel universo marino, a unos metros por encima del agua y acariciados por la brisa cargada de sal, que a Lucía le daba la impresión de estar bailando directamente sobre las olas.

La pieza, compuesta por el murmullo del mar y sus propias respiraciones, no acababa nunca, de modo que ellos mismos decidieron cuándo parar, sin hablar. Sus movimientos se hicieron cada vez más lentos, hasta que ya no giraban sobre sí mismos, sino que permanecían atrapados en un abrazo y un beso interminables.

Cuando volvieron a la ciudad, todavía estaban embargados por el hechizo del baile. El ir y venir de los coches por el paseo marítimo les despejó poco a poco, pero no logró que se separasen ni rompieran su abrazo.

—Nuestra tercera noche a versionar tendría que ser aquella en la que nos conocimos —indicó Lucía—. ¿Te acuerdas de que te lo conté? En aquel antro lleno de humo, en San Valentín...

Cogieron un autobús hasta allí y observaron durante un rato la puerta del lugar. Aunque ya no había humo dentro, sí estaba lleno de veinteañeros borrachos.

—¿De verdad quieres que entremos? —preguntó Guillermo—. Si hay que hacerlo, entramos, no me entiendas mal. Pero no sé si tengo cuerpo ahora como para meterme en un sitio así. ¿Mejor un par de copas en algún sitio tranquilo?

—Conozco un bar estupendo en el que tienen música jazz y margaritas. ¿Nos sirve? —preguntó Lucía.

—Suena perfecto.

Emprendieron la marcha hacia allí, pero el teléfono de Guillermo empezó a sonar. Él lo sacó, molesto, para apagarlo, pero el número de la pantalla le llamó la atención.

—No lo conozco. ¿Quién me estará llamando a estas horas? —lo pensó un momento, antes de dedicarle a Lucía una mirada de disculpa—. ¿Te importa...?

—No, no. Cógelo.

Él lo hizo. Su expresión de intriga se trocó en preocupación.

—Sí, soy yo. ¿Está bien? Sí. No, por supuesto. No, yo me encargaré de

avisarla. ¿Dónde está? Voy ahora mismo.

Cuando colgó, se volvió hacia Lucía con el ceño fruncido.

—Mi hija ha tenido un accidente y se ha roto la pierna —informó—. Está en el hospital.

Inés se desinfló, expandiéndose a la altura del suelo.

Con eso no había contado.

SEGUNDO ACTO

ESCENA VIII

Lucía

Subieron al coche de Guillermo. Lucía le miró, un poco apurada.

—Puedes dejarme en cualquier sitio que te venga bien de camino —aseguró.

Guillermo la miró un momento, con las manos en el volante. Parecía estar valorando una idea, sin estar seguro de si comentársela o no. Por fin, se decidió:

—¿Querrías acompañarme? No quiero que se acabe la noche... Aunque entiendo que no es el mejor plan del mundo —añadió.

—Bueno, siempre podemos versionarlo en otra ocasión —respondió Lucía, esbozando una sonrisa—. Claro, si quieres, te acompaño. No hay ningún problema.

Él asintió, agradecido.

—Tengo... tengo que llamar a su madre —afirmó. Lucía le hizo una seña para mostrar que estaba de acuerdo y él pulsó una tecla de marcación rápida. El teléfono comunicó por el manos libres del coche un rato, hasta que alguien lo cogió—. Hola.

—¿Hola? ¿Guillermo? ¿Qué pasa?

—Me han llamado de la excursión de Nina. Ha tenido un tropiezo y está en el hospital. No es nada grave, se ha roto una pierna, pero ya la tienen escayolada...

—¿Qué? ¿Se ha roto una pierna?

Lucía volvió la vista hacia la ventanilla, aunque estaba tan oscuro que no se

veía nada, y se esforzó por fingir que no escuchaba la conversación.

—Sí, una pierna... Estaban haciendo una actividad de noche o algo así y se ha roto una pierna.

—Ay... ¿En qué hospital? Voy para allá... ¿Por qué te han llamado a ti?

—No, escucha, no hace falta que vayas. Ya estoy yendo yo. Es tarde, deja que la lleve a mi casa, que está más cerca, y que descanse un poco. Mañana te la llevo.

—¿Por qué te han llamado a ti? —insistió la mujer.

—Les daría Nina mi número, me imagino. No te preocupes por nada, yo me encargo.

Ella lo pensó un momento.

—Está bien. Llámame cuando estéis en casa.

Una vez terminada la llamada, Guillermo miró fugazmente a Lucía.

—La verdad es que a mí también me sorprende que me hayan llamado a mí —confesó.

Dejaron el coche con intermitente delante de la puerta del hospital. Lucía se quedó dentro, dispuesta a dar explicaciones o a llevarse el coche si molestaba a alguien, y Guillermo entró en el hospital. No hizo falta moverse de allí, de todos modos; al cabo de unos minutos, él salió empujando una silla de ruedas en la que iba sentada una niña rubia con una pierna enyesada.

Guillermo ayudó a la pequeña a entrar en el coche y devolvió la silla al interior del hospital.

—Hola —saludó Lucía—. Yo soy Lucía.

—Yo Nina —respondió ella—. Me he roto una pierna.

—Ya veo. Eso tiene que haber dolido.

—No tanto como piensas. Duele menos que el dolor de oídos —opinó Nina.

La puerta del conductor se abrió y entró Guillermo en el coche. Miró por el retrovisor a su hija mientras arrancaba.

—Nos vamos a dormir a mi casa, entonces, ¿te parece, Nina?

—¿Ella también viene a dormir a tu casa? —preguntó audazmente la niña.

Guillermo se encogió de hombros con naturalidad.

—No lo sé. ¿Quieres, Lucía?

Lucía contuvo la risa. Hasta entonces ningún chico le había preguntado de un modo tan casual si quería dormir con él.

—Está bien —respondió.

—Pues vámonos entonces.

El coche se deslizó con rapidez por la carretera casi desierta. Era ya muy tarde.

—¿Estás cómoda, Nina? ¿Quieres que eche el asiento hacia delante?
—consultó Lucía.

—No, está bien así. Papá, ¿sabes que hemos ganado el torneo de invierno?

—¿Sí, hija? ¿De qué has ganado el torneo?

Nina reaccionó con impaciencia.

—De voleibol, papá. Ya sabes que estoy en el equipo. Dos de mis mejores amigas estaban en él, así que me metí yo también y me encanta. ¿No te lo había dicho? Sí, sí te lo había dicho...

—Qué bien —respondió Guillermo, y la volvió a mirar por el retrovisor—. Siempre había pensado que el deporte no te gustaba mucho.

—Sí, *a mí* sí me gusta. Y mamá me ha regalado una pluma estilográfica como la tuya, solo que es de plástico y de usar y tirar —explicó—. Dice que, si de verdad empiezo a escribir con ella, me regalará una de verdad por mi cumpleaños. No me gusta nada escribir con bolígrafo.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —contestó él.

—*Ya lo sé* —Nina puso los ojos en blanco.

Guillermo dejó el coche en el aparcamiento y levantó a Nina en brazos. Lucía se encargó de cerrar las puertas y llamar al ascensor.

—Habrás que conseguirte unas muletas —comentó él.

Nina asintió, solemne.

—Aunque sería mejor una silla. Es más divertida una silla.

—Claro, para que te caigas por unas escaleras con ella mientras haces el cabra. No, no. Unas muletas...

Dejó a la niña instalada en el sofá y trajo un par de vasos de agua para ella y para Lucía.

—Voy a salir un momento a comprar estas pastillas que nos han dicho en el hospital —indicó—. Y de paso llamo a mamá, ¿vale, Nina? Vuelvo enseguida. No te importa, ¿verdad? —añadió, mirando a Lucía.

—No, vete tranquilo —aseguró ella.

La puerta del piso se cerró detrás de Guillermo y se quedaron las dos solas.

Nina miraba a Lucía con enorme curiosidad.

—¿Eres amiga de mi padre?

—Sí.

—¿Del teatro?

Lucía sonrió, aliviada. Esa pregunta era más fácil.

—Sí, soy actriz.

—Qué guay. Aunque yo nunca sería actriz. Soy malísima aprendiéndome cosas de memoria —razonó la niña—. Y aun así he aprobado todos los exámenes.

—Enhorabuena. Te traerán muchas cosas los Reyes.

La niña asintió enfáticamente.

—He escrito las dos cartas, pero no sé dónde se echa la segunda —dijo.

—¿Dos cartas?

—Sí, ya sabes. Una en la que dices qué juguetes quieres, esa es en realidad para los padres —explicó Nina—. Como los Reyes no tienen tiempo de dar todos los regalos, les encargan a los padres que compren algunos. Por eso algunos niños tienen siempre un tipo de regalos y otros, otro. Se lo explicó una compañera de clase a una amiga mía y ella me lo dijo a mí. Les preguntó a sus padres por qué tenía siempre menos regalos que su vecino, que es rico, y su padre le dijo que el precio de los regalos es proporcional al sueldo de los padres.

Lucía contuvo una carcajada y puso todo su talento como actriz en asentir con aire interesado.

—¿Y entonces, la segunda carta?

—La segunda carta es de verdad para los Reyes, porque son cosas que los padres no pueden conseguir. Yo esta no sabía que existía, me he enterado este año, así que es la primera vez que la escribo. Por eso los demás años solo me trajeron juguetes, ¡si lo hubiera sabido...! Bueno, este año la he escrito... pero no sé dónde se deja.

Nina miraba a Lucía con la esperanza de que esta despejase su duda. Ella lo pensó durante un momento, haciendo un gran esfuerzo por expresar su imaginación, pero no estaba en su punto álgido en aquel instante.

—Hay que enviarla por correo a una dirección especial que tienen en la oficina —resolvió—. Lo mejor es que la dejemos sobre la mesa y mañana tu

padre podrá acercarla y echarla en el buzón por ti, seguro.

—Vale —Nina parecía convencida—. Ya me imaginaba que debía ser algo así. ¿Quieres leerla?

—¿No se romperá la magia si la leo?

—No, no es como los deseos. Puede saberlo otra gente, no pasa nada —aseveró Nina.

La niña sacó un sobre arrugado del bolsillo delantero de su mochila y se lo tendió a Lucía. Esta lo abrió y lo leyó. De este modo se enteró de que Nina deseaba por Navidad que Maite y Pablo dejaran de pelearse, no tener nunca que llevar gafas y, sobre todo, que papá viviese más cerca. Al leer las últimas palabras, a Lucía le dio un vuelco el corazón.

—Es una carta muy bonita —juzgó, volviendo a guardarla en el sobre—. ¿La dejo sobre la mesa?

—Sí, pero la de la entrada mejor, así no se la olvidará papá.

Lucía se puso de pie y dejó el sobre donde había indicado la niña. Después, volvió al salón.

—Te llevas muy bien con tu padre, ¿verdad?

Nina se encogió de hombros.

—No nos vemos casi nunca. Es porque todo el mundo dice que me parezco a mi hermana, pero no es verdad. Yo tenía una hermana, ¿sabes? Pero se murió. Se cayó de una casa. Yo era un bebé así que no me acuerdo, pero sé que nos parecemos mucho porque he visto fotos. Lo que pasa es que luego en realidad no nos parecemos tanto. O eso dice mamá. Por ejemplo, ella era más tímida y yo no, y a mí me gusta el deporte y a ella no, cosas así. Pero papá no lo sabe, porque como casi nunca hablamos, piensa que soy igual que mi hermana —explicó Nina—. Y claro, yo creo que se acuerda de ella, se pone triste, y no quiere verme. Es como la pescadilla que se muerde la cola.

Lucía no supo qué decir. Miró a la niña con algo de abatimiento, sin encontrar nada con lo que la pudiera consolar.

—Pero si los Reyes me conceden mi deseo, a lo mejor eso cambia —concluyó ella, con optimismo—. ¡Bueno! Y en realidad en algunas cosas sí que nos parecíamos mi hermana y yo. De juguetes he pedido una muñeca que me encanta y dice mi madre que esa misma la tenía mi hermana y que a ella también le encantaba. Pero se debió perder o algo así y ya no la tenemos, así

que la he pedido otra vez.

—Pues si has aprobado todos los exámenes, seguro que te la traen —se apresuró a decir Lucía.

—Yo creo que sí —estuvo de acuerdo Nina.

Al cabo de unos minutos, Guillermo volvió a entrar en el piso.

—Guillermo, acuérdate de llevar a correos mañana la carta de verdad para los Reyes que ha escrito Nina —indicó Lucía—. Está encima de la mesa de la entrada.

Él supo reaccionar con naturalidad.

—Muy bien —respondió.

Le oyeron trastear en el recibidor, quitándose el abrigo y descalzándose. Lucía sonrió en dirección a Nina y se levantó para ir al baño. De camino, echó un vistazo al recibidor. Guillermo estaba de pie, en un punto en el que Nina no podía verle desde el salón. Estaba leyendo la carta, con expresión muy seria. Lucía esperó a que él levantase la mirada y le comunicó por gestos que iba a entrar en el baño y luego se iría al dormitorio. Él asintió, agradecido, dejó la carta donde estaba y volvió al salón, con su hija.

Lucía se dio una larga ducha, decidiendo que lo mejor era dejarles solos un buen rato. Se secó con la única toalla que había allí, una de color gris plomo grande y pesada que supuso era de Guillermo. Después, se puso una bata que había detrás de la puerta del baño y que le quedaba enorme, pero que era mejor que volver a ponerse la ropa usada o quedarse desnuda. Bien envuelta en la tela suave de la bata, entró en el dormitorio de Guillermo y se tumbó en uno de los lados de la cama. Envío un *WhatsApp* a su madre, avisando que no iría a casa a pasar la noche, y se contuvo para no enviarle uno a Milo cotilleando sobre dónde estaba.

Sobre la mesilla había algunos libros. Los ojeó hasta que la puerta se abrió y entró Guillermo.

—Ya se ha ido a dormir —informó, antes de darse cuenta de que Lucía estaba tumbada en la cama, con su bata puesta.

—Espero que no te importe que la haya cogido —dijo ella—. Me preguntaba si podrías dejarme una camiseta o algo para dormir...

Guillermo le sonrió, con un brillo distinto en los ojos.

—Claro que sí —dijo desabrochando su propia camisa y deshaciéndose de

ella—. ¿La quieres ahora mismo?

Apoyó las rodillas en la cama. Lucía gateó por ella hacia él y se estiró para besarle. Él la empujó con cuidado y los dos cayeron sobre el colchón. La bata se le levantó un poco, pero a ninguno le molestó. Guillermo se inclinaba sobre ella, apoyado en sus codos, uno a cada lado de la cabeza de Lucía. Ella cerró los ojos y se sumergió en el beso, disfrutando de la cercanía.

—No podemos hacer ruido —susurró él.

—No pasa nada —respondió ella—. Hay muchas cosas que podemos hacer en silencio.

SEGUNDO ACTO

ESCENA IX

Inés

No había tenido nada que ver con el accidente de Nina. La verdad es que ni siquiera se le había ocurrido que la mejor forma de hacer feliz a su padre y de reencontrarle con su hermana fuese precisamente hacer que le llamase ella. Quizá no había confiado en la capacidad de Nina para expresarle a su padre lo mucho que le necesitaba. Tal vez, como cuando Inés se había separado de ella la niña solo había sido un bebé, nunca sería capaz de prever que se comportase con la autonomía de una niña mayor.

Inés esperó unas semanas más, para poder volver a verlos a todos juntos una vez más antes de irse. El día del estreno, cuando la música se detuvo y las luces de sala se apagaron para dar comienzo a la obra, Inés estaba allí, imbuyéndose del ambiente expectante, del humo que dotaba la escena de un aire irreal, de la respiración del público. Cuando Lucía salió al escenario e hizo sus escenas con Alfredo, Inés estaba allí procurando llevar hasta ella el olor del *after-shave* de su padre, que contemplaba la obra entre bambalinas. Así a Lucía le resultaría más fácil meterse en el papel.

Funcionó: las escenas salieron a pedir de boca.

Cuando la obra terminó, los miembros del equipo y sus invitados subieron a la parte de arriba del teatro, donde tendría lugar la fiesta. Guillermo fue el primero en subir, porque abandonó la sala en cuanto empezaron a sonar los aplausos. Inés le siguió. El director se reunió en las escaleras con su ex mujer y su hija, Nina, que habían ido a saludarle. Le dio un beso a cada una y

después de darle la enhorabuena ellas se despidieron, porque era tarde y la niña se caía de sueño. Por un momento estuvieron allí juntos los cuatro, e Inés se hinchó de felicidad.

Lucía tardó algo más en subir, porque tenía que desmaquillarse y cambiarse de ropa. Sus padres estaban allí, muy orgullosos, y también su amigo Milo, que había viajado para aprovechar la invitación que Juan había rechazado. La abrazó, alegre.

—¡Mi artista favorita! Has estado genial —le dijo.

Lucía se sonrojó de placer.

—Me alegro de que te haya gustado. Ah, dejad que os presente a Guillermo —y les condujo hasta él—. Mamá, papá, él es el director, Guillermo Arco. Guillermo, estos son mis padres, y este es mi amigo Milo...

Todos se saludaron e intercambiaron enhorabuenas y agradecimientos.

—Yo no sé mucho de teatro —dijo Vicente—, pero me ha gustado mucho.

—Muchas gracias —respondió Guillermo—. Su hija es una actriz estupenda. Has estado fantástica, Lucía, el público te ha ayudado mucho.

—Gracias —contestó ella, con las mejillas aún ardiendo.

Un hombre alto puso una mano en el hombro de ella y otro en el de Guillermo. Era Sebastián, que sonreía. Junto a él, había otro hombre de su misma edad, de cabello rubio y mandíbula cuadrada, que no parecía hablar español, pero les sonreía a todos.

—Enhorabuena, chicos —dijo Sebastián, y saludó también a Milo y a los padres de Lucía—. Encantado de conocerles. Lucía, por cierto, creo que tú no conoces a mi marido, Mark. —El hombre rubio le tendió la mano y Lucía la estrechó.

—Encantada de conocerte, Mark.

—En-can-tad-o —sonrió él.

—¿Les has dado ya la noticia, Guillermo? —preguntó Sebastián.

Lucía le miró, con curiosidad. Milo también estaba interesado, casi como si conociera toda la historia y no pudiera esperar a escuchar el desenlace.

Guillermo carraspeó.

—No, la verdad es que todavía no... —Esbozó una sonrisa—. He aceptado el puesto como director en la ópera. Voy a estar tres meses más en Berlín y después me mudaré. Estaré viviendo aquí al menos dos años... quizá más.

—Terminó su declaración mirando a Lucía, con las cejas arqueadas, como si estuviera haciendo una pregunta.

Lucía no respondió, pero sonrió de oreja a oreja. Un camarero pasó junto a ellos con una bandeja llena de copas y todos cogieron una.

—Por la ópera —propuso Lucía.

—Y por vosotros —añadió Milo—. Por vuestro trabajo, vuestro esfuerzo y vuestro valor, que no os falta. Que sigan a esta muchas otras representaciones exitosas.

Mientras ellos brindaban, Inés se alejó poco a poco, hasta atravesar la pared y flotar en el aire de la noche por encima del teatro. Ascendió lentamente hacia las estrellas, cada vez más lejos. En lo más profundo de su conciencia, se recreaba en ese instante de felicidad en el que habían estado los cuatro juntos, los cuatro contentos, los cuatro siguiendo adelante. Y con esa última sensación, se expandió en el aire hasta que todo su ser se diluyó en el cielo nocturno.

TERCER ACTO

ESCENA I

Guillermo

El salón era un poco más grande que el del apartamento que le había proporcionado el teatro y, además, tenía un balcón que daba a la calle. Guillermo lo había llenado de macetas y plantas. A Nina y a él les gustaba pasear por el vivero, leyendo todos los carteles en busca de alguna nueva adquisición. Apuntaban los nombres en tarjetas, las plastificaban y las clavaban con una varilla en la tierra de la maceta. Horacio, el gato, se paseaba por entre los tallos y las hojas como si fuera un tigre, llevándose por delante los carteles. Nadie podía hacer nada por evitarlo.

El gato, que estaba en aquel momento tumbado todo lo largo que era en el alféizar de la ventana, disfrutando de los rayos de sol de la mañana que entraban por ella, no era de Guillermo, sino de Lucía. Y aunque oficialmente ella todavía vivía en casa de sus padres, porque no se había animado a mudarse del todo, la verdad era que apenas pasaba allí un fin de semana de tanto en tanto y casi todas sus cosas estaban en el piso nuevo de Guillermo. No habían hablado nunca del tema, pero llevaban mucho tiempo viviendo juntos. Sin planearlo.

Los dos lo preferían así. No habían querido apresurar nada en su relación. Como las plantas, había crecido despacio y sin atender a sus expectativas o deseos. Se había desarrollado sin seguir ningún esquema, a medida que las cosas iban surgiendo, de forma natural, sin prisas.

—Te quiero —le había dicho Guillermo una noche.

Fue un momento cualquiera, no una ocasión especial. No había un atardecer ni era su aniversario ni había pasado nada extraordinario. Las palabras se le escaparon, sencillamente, sin pensarlo demasiado. Ella había sonreído en silencio. No había dicho nada. No era necesario.

No había sido fácil dejar atrás su vida en Berlín, pero se alegraba de haberlo hecho. Los años allí le parecían en aquel momento como parte de un sueño, otro universo en el que había vivido, siendo otra persona, para escapar de un momento demasiado duro. Regresar, darse cuenta a la vez de todo lo que había ganado y de todo lo que se había perdido por estar lejos, le permitía mirar al espejo y ver a alguien mucho más real.

Contempló su reflejo en aquel momento. Estaba extraño, vestido de traje. Se pasó la mano por el pelo, ordenándolo. Después, revisó la hora en la pantalla del móvil por enésima vez.

—Lucía —llamó—. No vamos a llegar a tiempo.

—¡Ya voy! —respondió ella desde el dormitorio—. Estoy casi.

Ella llevaba un vestido de fiesta de color verde, todo de raso y encaje. Guillermo sonrió al verla. Estaba contenta, le brillaban los ojos.

—¿Ya estás listo tú? ¿Nos vamos?

Él asintió. Su móvil vibró: era un mensaje de su ex mujer, diciendo que ella y Nina le deseaban un buen fin de semana. Habían acordado que la niña se quedaba con ella hasta el lunes. Después, pasaría casi dos semanas seguidas con Guillermo.

Condujo hasta la iglesia. Llegaban de los primeros, así que Lucía pudo saludar a varios amigos y presentarle. Él se mantenía después en un segundo plano, viéndola abrazar a algunas personas. Decía sus nombres con emoción. Eran amistades que hacía años que no veía.

—¿Quién iba a decir que Milo iba a ser el primero en casarse? —comentaban.

—Yo —decía Lucía, convencida—. Desde que conocí a Marina y los vi juntos, supe que con ella se iba a quedar. Casarse o no... Bueno, eso es otra cosa y la verdad es que no lo sabía. Pero que estaban hechos el uno para el otro... eso ha estado claro desde el principio...

Guillermo se sentó en uno de los bancos cuando llegó Milo. Lucía, que al fin y al cabo había sido siempre su mejor amiga, iba a hacer de padrino. En esa

misma tónica, la madrina de Marina iba a ser Jorge, su hermano.

La ceremonia fue entrañable y rápida. Después, todos se reunieron en el jardín en el que iba a tener lugar la comida. Era un lugar bonito y hacía buen tiempo, el sol iluminaba el césped y los árboles ofrecían una sombra agradable. En dos esquinas opuestas había barras con bebida y comida, y los invitados podían circular a placer, charlando y riendo.

Lucía estaba tan entretenida conversando con la gente y bromeando junto a Milo que Guillermo tuvo que asumir la responsabilidad de ir trayendo de tanto en tanto canapés, asegurándose también de que siempre tuviera una bebida en la mano.

—No —Lucía le devolvió una copa—, gracias. Prefiero uno de esos zumos de frutas del bosque. ¿Los has probado? Están buenísimos.

Él asintió. Había muchos niños presentes, de modo que los novios se habían ocupado de que se dispusiera de muchas alternativas sin alcohol para beber. Y era cierto que con el calor apetecían los zumos. Estaban teniendo mucho éxito.

Le enterneció verla tan emocionada, posando para las fotos con sus dos amigos. Milo y Marina también parecían felices, incluso en aquellas circunstancias, siendo anfitriones para tanta gente y teniendo que encontrar el tiempo para hablar un ratito con todos. Guillermo había pasado por aquello ya, pero Lucía no.

La siguió con la mirada, preguntándose si ella desearía casarse. Se sorprendió un poco al darse cuenta de que había asumido que, de hacerlo, sería con él. No se lo había planteado antes, pero quizá estuvieran en aquel momento de la relación en el que las cosas eran tan serias que empezaban a pensar en ello.

Aunque Lucía siguiera teniendo un pijama en casa de sus padres y diciendo que ella vivía allí, la verdad era que cuando iba a pasar el fin de semana, siempre le faltaba todo. Quizá hubiera llegado el momento de que el piso de Guillermo fuera del todo de los dos. O tal vez fuera lo propio buscar otro nuevo, en el que empezar juntos desde cero.

¿Casándose? Guillermo no lo sabía. Le tendría que preguntar a Lucía qué quería ella. Él tenía claro que quería continuar en la misma dirección, sintiendo que el camino de ella y el suyo se habían ido juntando poco a poco y que avanzaban juntos. Guillermo no era alguien que comprendiese bien el

amor y a veces sentía que su propia forma de pensar, esforzándose por ser objetivo y sensato, se interponía entre él y el romanticismo. Sin embargo, sabía una cosa: tanto él como Lucía eran más felices en aquel momento que antes de conocerse. Y eso significaba algo para él.

—¿Cómo estás? —le saludó Milo, acercándose a él con una sonrisa—. ¿Todo bien?

—Enhorabuena. —Guillermo le tendió la mano y él se la estrechó—. Todo perfecto. Es una boda preciosa.

—Gracias —respondió Milo—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Creo que todo el mundo lo está haciendo. ¿Cómo estás tú?

—Estoy que no me lo creo —admitió Milo, mirándole con esos ojos que parecían transparentes, como si sirvieran para certificar que su dueño decía exactamente lo que pensaba en cada momento y nunca otra cosa. Guillermo se preguntaba si Milo sería capaz de mentir o de actuar, interpretando a alguien que no fuese sí mismo. Tendía a pensar que no—. Mañana o pasado me lo creeré —se rio—. Estoy muy contento.

—Me alegro.

Alguien propuso un brindis y repartió copas. Lucía le pasó la suya a Guillermo.

—¿Vas a brindar con zumo? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

Brindaron, pero él tuvo un ojo puesto encima de ella el resto de la tarde. Todo el mundo bebió, menos ella, que solo quiso zumo y agua. No probó ni un trago.

Guillermo hizo memoria. No es que lo hubiesen estado buscando, pero tampoco se habían esforzado en evitarlo a toda costa. Podía haber pasado. Su corazón se aceleró un momento, demasiado aturdido para pensar con claridad. Aunque había sabido que era una posibilidad, no la había tenido en cuenta de forma realista. No había tenido presente que podía ocurrir. No tan pronto. No *sin buscarlo*. Eso solo pasaba en las películas. Con su ex mujer habían estado intentándolo meses antes de lograrlo, tanto con Inés como con Nina.

Quizá estuviera dándole vueltas a algo que ni siquiera era real.

—Esto es estupendo —comentó, ofreciéndole su copa a Lucía—. Pruébalo.

—No, gracias —dijo ella, desviando la mirada con una sonrisa, como si

guardase un secreto.

Manteniéndose tranquilo en apariencia, Guillermo se quedó allí, participando pasivamente en la conversación del corro de invitados en el que se encontraba, mientras se intentaba imaginar volviendo a tener un hijo o una hija, cambiando pañales, dando biberones de noche, llevando y trayendo del colegio. Se preguntó, con un pinchazo de inquietud, si no sería ya demasiado mayor para aquello.

Sus ojos se desviaron hacia los niños que jugaban a un lado del jardín y les contempló un rato largo. Uno de ellos era demasiado pequeño para encestar en la canasta que alguien había fijado al muro. Guillermo se acercó para alzarle.

—Nos falta uno para un tres contra tres —le dijo otro—. ¿Juegas?

Guillermo sonrió para sí. Quizá no fuera demasiado mayor para algunas cosas. Se quitó la chaqueta.

—Claro.

Jugó un par de partidos y después regresó para recuperar su chaqueta y acercarse a Lucía. Ella seguía charlando, pero miró en su dirección y sonrió al verle llegar. El sol caía sobre ella, arrancando destellos de los mechones de pelo que se habían escapado del recogido. Guillermo se detuvo a su lado, la rodeó con el brazo y besó uno de ellos contra su cabeza. Lucía se rio.

La tarde cayó lentamente. Alguien encendió la música y algunas parejas salieron a bailar. Ellos se miraron. Sabían que no podrían resistirse a aquello, así que se reunieron con el resto en la pista improvisada. Las pequeñas luces de jardín estaban encendidas, dotando de cierta magia especial al ambiente. Guillermo y Lucía giraban juntos, disfrutando de la cercanía mutua, en otro de esos momentos en los que no existía nadie más que ellos dos.

Fueron de los últimos invitados en abandonar la fiesta. Unos amigos comunes de Lucía y Milo, que vivían allí al lado, les habían ofrecido pasar la noche en su casa, pero como Lucía podía conducir y decía que no estaba cansada, decidieron regresar. Cuando llegaron a casa estaba ya amaneciendo.

Lucía pasó al baño primero para darse una ducha rápida mientras Guillermo hacía café descafeinado. Desayunar antes de irse a dormir era algo tan poco habitual que le hacía sentirse como si fuera Año Nuevo y estuvieran faltando a la tradición por no haber comprado unos churros. Cuando oyó que Lucía había terminado, entró él en la ducha.

—Estoy súper despierta —comentó ella, trasteando en el baño mientras él encendía el agua—, pero seguro que en cuanto nos tumbemos en la cama caigo rendida.

Cuando salió, se secó con la toalla y se puso directamente los pantalones con los que dormía. Lucía también se había puesto el pijama. Se quedó de pie en medio del dormitorio, secándose el pelo con la toalla. Miró el despertador, en peligroso equilibrio sobre la montaña de libros que había sobre la mesilla, y tuvo la buena idea de apagarlo. No quería que les despertase al poco tiempo de irse a la cama. Valoró la idea de cambiarlo de mesilla, pero la de Lucía también estaba colapsada de libros. En eso eran iguales.

Fue a reunirse con ella en la cocina, pero no estaba allí. Guillermo se asomó al salón. Lucía había abierto las puertas de la terraza y colocado un mantel sobre la mesa, una maceta con flores y un plato con tostadas. También había llevado el café, leche en una jarrita, y mermelada.

—¿Y esto? —preguntó él, con una sonrisa divertida—. Qué lujo, ¿no?

Ella estaba sentada ya, mirándole con una sonrisa expectante. Él se sentó enfrente. Ladeó la cabeza, sin entender. Entonces, sus ojos se fijaron en las tazas de café. En la de ella se leía «mamá». En la suya, «papá». Y Lucía había añadido a mano, con uno de esos rotuladores para cerámica: «otra vez».

Guillermo sonrió y levantó la mirada. Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ayer. No quería decírtelo antes de la boda... Sé que viene de improviso, pero...

Él se levantó y se acercó a ella. La besó en los labios.

—Te quiero.

—Y yo —respondió ella, entre beso y beso—. Tenemos que decírselo a Nina.

—Le va a encantar.

Arrimaron las sillas, porque sentarse uno a cada lado de la mesa les parecía estar demasiado lejos el uno del otro en ese momento.

—¿Y si no hubiéramos venido a casa a desayunar? —preguntó Guillermo, curioso—. ¿Si nos hubiésemos quedado con tus amigos?

—Tenía un plan B —admitió Lucía.

Se levantó la camiseta, descubriendo un tatuaje temporal en color rojo. Era

una barra hueca, con solo el principio coloreado. Debajo se podía leer:
«Cargando. 16%»

A Lucía se le escapó la risa y Guillermo se unió a ella enseguida. Pensó que ese instante, con él y Lucía abrazados y tan contentos que no podían reprimir las carcajadas, era un maravilloso principio.

AGRADECIMIENTOS

Tengo muchas personas a las que agradecer su ayuda. La primera es Lola, por su confianza, su entusiasmo y su inmensa amabilidad. Es una suerte y un placer tratar con personas como ella. Además, compartió enseguida mi idea de que del ámbito del teatro se podían sacar un montón de historias divertidas e interesantes. ¡Gracias!

La segunda es Laura, no solo por la enorme paciencia de la que hace gala al ser la correctora de un obseso como yo, incapaz de dar por terminado un trabajo sin haberle dado más vueltas de las humanamente soportables, sino también por su capacidad de sumergirse pese a todo en las historias y disfrutarlas.

Me gustaría mencionar también a algunas de las personas que me rodean y con las que he trabajado recientemente. Aunque no he basado a mis personajes en ellas (lo prometo, son todos inventados) sí que es gracias a su presencia que yo disfruto tanto del teatro y, por lo tanto, he podido escribir esta novela. A Rose, que hace que parezca sencillo elegir nombres, encender chimeneas y hacerme sentir afortunado. A Alex y a Iris, cofundadoras de la Strawberry Co., que empezó como teatro de marionetas y se transformó en algo mucho más grande. A Mon, la mejor pareja de baile que podría imaginar. A Kas, *kindred spirit*, una de las personas más creativas que conozco y a quien hubiera dedicado la novela si él, muy discretamente, no me hubiera insinuado que tal vez Jorge era el adecuado para eso. Y a Quique, claro. Gracias por soportarme cuando estoy en plan escritor insufrible, gracias por ser el primero en leer todo lo que escribo, gracias por intentar (a veces sin éxito, pero te quiero igual) ser suave con las críticas.

Y finalmente, a Sebastian, que no va a leer esto, pero que es el director de teatro más parecido a un personaje de novela que he conocido nunca.

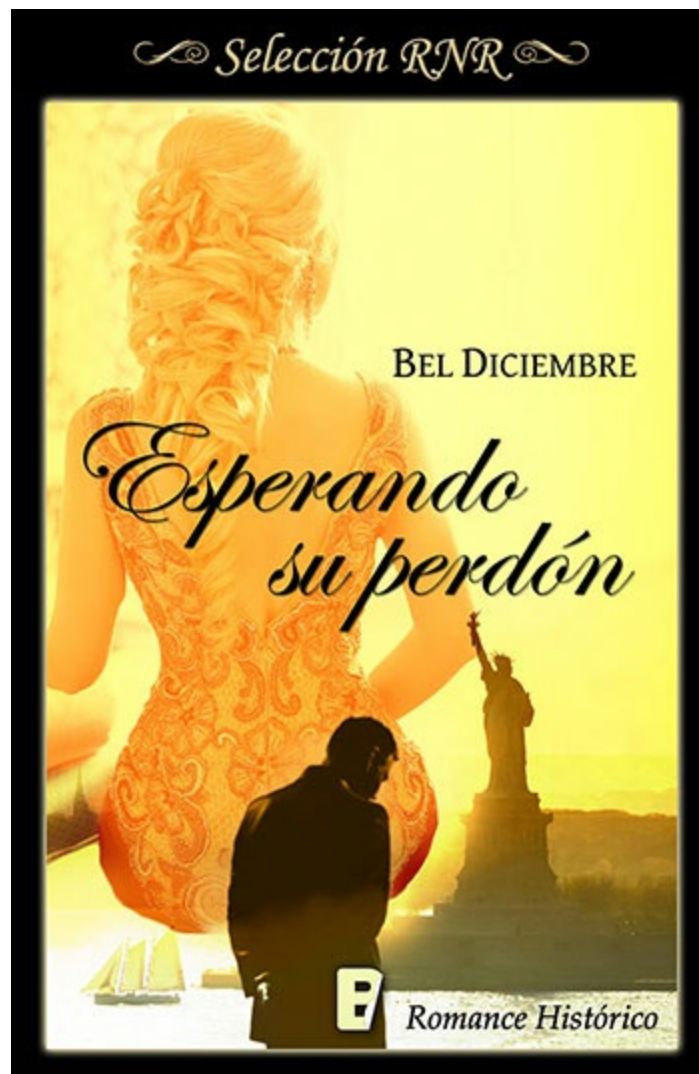
Si te ha gustado

Backstage lovestory

te recomendamos comenzar a leer

Esperando su perdón

de *Bel Diciembre*



CAPÍTULO 1

Los gendarmes rompieron la puerta con la maza manteniéndolo a él algo retrasado. La sala a la que accedieron era amplia, con solo algunas columnas dispersadas, sin paredes que hicieran de separaciones. Sin embargo, había lienzos que colgaban desde el techo y esculturas por doquier.

En el suelo, a modo de alfombra y sobre unos finos somieres, hombres y mujeres mezclados empezaron a incorporarse tras despertarse por el ruido que habían hecho al entrar. Ninguno mostraba sorpresa, ni miedo, más bien incomodidad y disgusto.

La policía los obligó a situarse alrededor de la sala, pegados a las únicas paredes que había.

—¡Vizconde! —lo llamó entonces uno de los policías.

Michael miró hacia donde surgía la voz y vio que estaba junto a unas cortinas que parecían separar aquella amplia estancia de otra más reservada, aunque la obvia ausencia de muros no podía hacer privado ningún espacio.

Se dirigió hacia allí y, al llegar, el policía apartó la tela para hacerlo entrar. La luz era más tenue porque la misma ropa cubría las ventanas, lo que le daba un aspecto azulado. En medio de la estancia, una cama enorme lo ocupaba todo.

Entonces la vio. Lo estaba mirando con ojos de terror. Se cubría los pechos desnudos con la colcha. Sus rizos rubios caían sobre sus hombros y, al ver aquella piel nacarada, se descubrió a sí mismo pensando algo tan absurdo como que, tal vez, tendría frío. A su lado, un hombre también desnudo lo miraba con cierto aire de superioridad pese a hacerlo desde una posición más baja.

—¿Es esta su mujer, milord?

El comisario que también se hallaba en el interior del habitáculo, lo había preguntado, pero más bien parecía una afirmación. Le había cogido a ella la barbilla y la había levantado sin ningún miramiento como si así pudiera verle la cara mejor.

—Al final, no estaba en peligro de muerte —dijo otro de los policías

mofándose.

Michael sintió unas horribles náuseas en la boca de su estómago, pero hizo todos los esfuerzos para impedir que nadie pudiera darse cuenta. Solo ella, que lo seguía mirando con cara de horror, había notado algo. Estaba seguro.

—Espero que traigan una orden —habló entonces el hombre desnudo a quien ya había reconocido como Mario Tancredi, el cantante de ópera.

El policía que había a su lado le asestó un golpe con el fusil y en unos segundos un rastro de sangre surgido de la boca de aquel tipo manchaba la colcha. Ella tembló. Volvió a descubrirse a sí mismo pensando, de forma absurda, si no tendría frío.

—Esperaremos fuera para que pueda vestirse —dijo el comisario señalando de nuevo hacia su mujer

—No se preocupe. —Y hasta Michael se sorprendió oyendo la propia voz fría e impersonal que había surgido de su garganta—. Pueden quedarse. Mi esposa no tiene vergüenza.

El policía que había hecho la broma soltó una sonrisilla. Florence abrió un momento la boca, como si fuera a protestar, pero en seguida la volvió a cerrar. La vio cómo buscaba a su alrededor, hasta que su mirada se detuvo en un punto del suelo. Allí estaba su ropa interior. Obligatoriamente, tenía que levantarse para recogerla puesto que no la podía alcanzar desde la cama. Se dio cuenta de que el resto de la ropa también estaba desperdigada por el suelo, mezclada con la ropa de él.

«La pasión tiene esas cosas», pensó con amargura. «Te olvidas de dejar la ropa en condiciones para que no quede arrugada».

Notó un leve movimiento y la volvió a mirar. Dudaba si arrastrar consigo la colcha. Pero, si lo hacía, su amigo iba a quedar al descubierto y pareció compadecerse de él, que estaba intentando contener la hemorragia del labio.

De nuevo Michael volvió a sentir unas horribles náuseas y, esta vez, apretó la mandíbula muy fuerte.

Ella se levantó. Apareció desnuda con todo su esplendor. Sus pechos erguidos, su vientre plano, sus piernas esbeltas. El pelo cayendo por su espalda en aquellos rizos dorados. ¡Cómo podía ser tan preciosa!

Miró de reojo al policía guasón. Se había quedado con la boca abierta y sus ojos la recorrían sin ningún tipo de pudor. El comisario, sin embargo, había

bajado la vista. Mario Tancredi, desde la cama, le dirigió una mirada de odio y, sin que nadie se lo esperase, se levantó, cogió la colcha y la cubrió a ella.

Michael tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no lanzarse al cuello de aquel tipo que ahora estaba mostrando su desnudez sin ninguna turbación. El policía fue a detenerlo, pero el comisario le hizo un gesto con la mano para hacerlo desistir. Seguro, era mejor así.

Minutos después, Florence se había vestido, pero ya no lo miraba. Permanecía con los ojos en el suelo, una de sus manos posadas sobre la muñeca de la otra y la posición totalmente inmóvil, con los hombros un poco encogidos, como esperando recibir la reprimenda.

El comisario levantó de nuevo las cortinas y salieron del espacio para volver a pasar por la sala. Habían agrupado a todo el mundo en una de las esquinas y estaban registrando el local.

—Cariño. —Surgió una voz de mujer del grupo que permanecía retenido

Michael se giró y vio una mujer de voluptuosas formas, una cara ovalada, unos ojos enormes y almendrados, y el cabello de un pelirrojo extremo, que empezaba a forcejear con uno de los policías para intentar llegar hasta donde ellos se encontraban.

—No pasa nada, Olga —dijo entonces Florence—. Todo está bien, de verdad.

La mujer dejó de empujar y ellos siguieron caminando hacia la puerta. Los gritos de los gendarmes se reanudaron.

Michael se extrañó ante la voz de Florence. Tenía un tono que le costaba reconocer y volvió a dejarse llevar por pensamientos absurdos. Esa vez, imaginó que todo era un error, que aquella no era su mujer.

Fuera, un coche de caballos los esperaba. «La policía no cuenta con recursos suficientes como para tener un vehículo de motor», pensó Michael, permitiendo de nuevo que su mente le jugase una mala pasada.

La luz del día ya era evidente, pero el cielo estaba encapotado por completo. «Quizás tendrá frío». Otro nuevo desvarío y deberían llevarlo al hospital mental.

Durante el trayecto, siguieron en silencio. La presencia del comisario, que los miraba desde el asiento de enfrente, no propiciaba ninguna conversación y, en el fondo, lo agradeció. Pero, al entrar en el vestíbulo de su casa, pareció

evidente que alguien tendría que empezar a hablar.

Brick los atendió con la corrección habitual, sin un atisbo de turbación, recogiendo abrigos y sombreros. Su fiel mayordomo inglés no perdía la compostura pasara lo que pasara. Y haber estado un día y una noche entera sin conocer el paradero de la señora de la casa no iba a modificar eso.

La señora Doubtfire sí que apareció corriendo pese a todos sus quilos demás, mostrando su inquietud.

—Milady, ¡qué alegría! ¡Cómo estábamos de preocupados!

Sin embargo, en seguida se contuvo. Muy probablemente la seriedad de los rostros de ambos fuera suficiente para entender que, en aquellos momentos, debía apartarse y quedarse en las estancias que le eran propias; aunque era posible que también hubiera colaborado Brick desde detrás con un simple gesto autoritario.

Fuera como fuera, se encontraron ambos solos en el vestíbulo al pie de las escaleras. Michael volvió a mirarla. Permanecía con aquella posición de recato que tanto le había atraído de ella cuando la conoció. Se la veía tan correcta y formal que nadie hubiera creído que hacía escasos minutos había estado completamente desnuda en la cama de otro hombre.

—Me voy a dormir —dijo entonces él—. Yo no he podido hacerlo en toda la noche. Cuando me despierte, hablaremos de esto.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Así que empezó a subir las escaleras, primero con elegancia y, hacia la mitad, de dos en dos. Tenía que escapar de allí de inmediato. Estaba convencido de que no podría dormir, pero necesitaba apartarse de su presencia, al menos durante unos minutos.

Elizabeth se quedó en el vestíbulo incluso un buen rato después de que él hubiera desaparecido, sin saber qué hacer. No se atrevía a ir a su habitación por no molestarlo; pero tampoco parecía que pudiera tener derecho a moverse por ninguna de esas estancias después de lo que había pasado.

Una tristeza infinita le estaba recorriendo todo el cuerpo. ¡Dios mío! ¿Qué había hecho? ¿Cómo podía haberse comportado de aquella forma?

Apenas recordaba nada de la noche anterior. Intentó concentrarse en aquellos pequeños retazos de imágenes que habían ido apareciendo; pero el efecto de todo lo que había bebido y lo que había tomado todavía parecía estar en ella impidiéndole pensar con claridad.

La señora Doubtfire volvió a aparecer por la puerta que daba a las estancias de los criados, mirándola con ternura.

—¿Hago que le preparen un baño, milady?

—Sí, estaría muy agradecida. Pero arriba no. Prefiero no molestar al vizconde.

Mientras tomaba el baño en la estancia de los invitados que había situada en la planta baja, volvió a intentar pensar en lo que había ocurrido. No era fácil.

Sabía que había ido al ensayo general de la ópera y que estando allí habían llegado todos los amigos de Olga para celebrar su contratación como primera bailarina de la compañía de Keene. Decidieron irse al Joe's Club y ella manifestó su intención de volver a casa porque era tarde. Sin embargo, Olga la había abrazado y le había pedido que se quedase.

A partir de ese momento, todo estaba en una nebulosa. Sabía que habían caminado desde el Joe's Club hasta la vivienda de Tancredi. Se recordaba a sí misma bebiendo un líquido ámbar semidulce de unos pequeños vasos y presa de un ataque de risa, aunque sin poder recordar el motivo. También aspiró el humo de aquel aparato que calentaba una sustancia. Opio lo habían llamado.

Pero, a medida que se esforzaba en escarbar en su memoria, fueron apareciendo otras evocaciones: la relajación extrema, unas manos acariciando sus hombros, una voz melodiosa susurrándole palabras de amor... Y, de pronto, la mirada de Michael. Fría, glacial y despectiva.

La sensación de vergüenza volvió a apoderarse de ella como le había ocurrido cuando apareció la policía. Empezó en su vientre y subió por todo su interior hasta agarrarse a su corazón. Levantó los brazos por encima de su cabeza al tiempo que intentaba ocultarla entre sus rodillas. Empezó a temblar. La temperatura del agua había bajado, pero sabía que no era por eso. Apretó los dientes y los párpados, que se habían cerrado sobre sus ojos. Pensó que quería desaparecer, volver el tiempo atrás, morir allí mismo... Levantó entonces la cabeza y empezó a restregarse la piel con el guante de crin con toda la fuerza que fue capaz

—Niña —susurró la señora Doubtfire que había entrado sin hacer ruido para llevarle la toalla.

Abandonó el raspado y se dejó secar. Tenía la piel enrojecida, pero ni siquiera notaba el escozor. Era mayor el bochorno interior.

Se vistió con un traje que, según le explicó la señora Doubfire, todavía no lo habían colocado en su habitación después de pasar por la lavandería. Era el rosa con cobertura de gasa blanca que se había puesto para la entrega de alimentos para pobres de hacía tres días. En esos momentos ella era una mujer decente que hacía obras de caridad.

No quiso desayunar pese a que le sirvieron bollos y café caliente. Se dirigió al vestíbulo principal y se sentó en los bancos frente a la escalera que ascendía a las habitaciones. No sabía dónde esperar a Michael, pero le parecía que tenía que estar lo más a la vista posible.

El silencio de la sala era espectacular. Parecía como si los más de veinte sirvientes hubieran desaparecido totalmente. Además, no se habían abierto ventanas ni se habían descorrido las cortinas como se solía hacer cada mañana. Era como si todo el mundo supiera ya que ella había cometido el peor de los pecados, el más abyecto, el que jamás podría volver a permitirles mostrarse al exterior.

Recordó en ese momento a George y a Kathy. Era extraño. Hasta entonces no había pensado en sus hijos.

Se alegró de que no estuvieran. No volverían hasta el día siguiente después de pasar el fin de semana con su hermano Patrick. Se habían ido con él como hacían habitualmente, en un acuerdo tácito que les convenía a todos. A su hermano y a su cuñada porque así suplían sus carencias al no haber podido tener hijos. A los niños porque disfrutaban de fines de semana fuera de la ciudad lo cual no podían hacer por lo regular debido a las obligaciones continuas de Michael al frente de la naviera. Y a ellos porque les permitía disfrutar de unos días sin las obligaciones paternales.

Ese fin de semana, Michael le había dicho que tenía que trabajar y ella se había molestado, aunque solo acertó a formular una leve queja que su marido apenas contempló. Se había hecho ilusiones de que pudiera acompañarla a la exposición de Robert Henri. Pero al final no fue así y en la puerta de la sala se encontró a Tancredi.

Cerró los ojos con fuerza. De nuevo ese horrible sentimiento volvía a hacerla temblar mientras notaba como el rostro le ardía. ¿Cómo iba a poder soportarlo? ¿Cómo iba a mirar a la cara a su marido? ¿Y a sus hijos?

Aplicó todas las reglas que le habían enseñado de niña para contener las

emociones. Respirar hondo, aprisionarse la muñeca derecha, poner la mente en blanco, obligarse a estar muy quieta y despegarse del cuerpo.

De pronto, el sonido de unas pisadas atenuadas por la alfombra de las escaleras la situó de nuevo en el vestíbulo de su casa. Michael apareció en lo alto del tramo final. Estaba impecablemente vestido, como siempre, con un traje azul marino, chaleco gris y camisa blanca. Se había detenido al verla allí sentada y, cuando Florence vio de nuevo su gélida mirada, bajó la suya de inmediato, aunque, al mismo tiempo, se levantó del banco atenta a seguirlo donde él considerase.

Oyó cómo descendía las escaleras y de reojo cómo se dirigía hacia el salón de recepciones que había en el lado oeste. Lo siguió intentado que sus pisadas no fueran las que resonaran en el suelo de madera. No sentía que pudiera tener ningún derecho a ello.

Michael entró en el salón y dejó la puerta abierta en clara señal de que ella podía entrar. Él se dirigió hacia la chimenea que continuaba apagada. Había poca luz puesto que los postigos continuaban entornados. Se quedó en pie por lo que Florence también lo hizo.

No sabía si debía empezar a hablar, pero lo peor era que tampoco sabía qué decir. No había pensado, durante todo aquel rato que lo había estado esperando, que tendría que haber elaborado un discurso que sirviera a modo de explicación y de disculpas. Pero ¿cómo iba a poder disculparla?

Levantó un poco la cabeza y se dio cuenta de que él la estaba mirando. Sus ojos tenían ojeras alrededor y estaban algo enrojecidos lo que indicaba que no había podido dormir. Su boca cerrada con firmeza parecía torcerse en un gesto de desagrado. Una de sus manos se apoyaba en la repisa, pero lo hacía con fuerza porque sus nudillos estaban blancos. La otra desaparecía en el bolsillo de su pantalón.

Una bola enorme se había apoderado de la garganta de Florence y le parecía que no iba a poder formular una sola palabra, aunque lo intentó y empezó a abrir la boca. Entonces Michael hizo un gesto casi imperceptible con la mano de la repisa y ella se detuvo.

—Antes de nada, tengo que hacerte una pregunta

La voz de Michael tenía un tono más grave y, al mismo tiempo, le pareció más poderosa y omnipresente. Se encogió y esperó mientras la congoja en su

interior la atenazaba cada vez más

—¿Tomaste precauciones o podrías estar embarazada?

Florence sintió como si un cubo entero de agua helada hubiese caído desde el cielo. No se esperaba aquella pregunta y, lo peor de todo, ni siquiera había atisbado a pensar que un embarazo pudiera estar en esos momentos germinándose en su interior.

La garra de la vergüenza unida, ahora, a la de un terror brutal volvió a apoderarse de su vientre. En el mismo lugar donde podría haber ahora la semilla de Tancredi invadiéndolo todo. Pero ¿tomó precauciones? Su cabeza empezó a dar vueltas intentando recordar. De nuevo la sucesión de imágenes borrosas e inconexas. La cama, las sábanas, risas en el fondo, jadeos en su oreja, cosquilleo...

Una enorme turbación la invadió. Estar recordando aquello allí, frente a Michael, era casi como si hubiera estado copulando bajo su mirada. Y no se acordaba. Era imposible recordar si habían utilizado algún método o si Tancredi había eyaculado fuera de ella.

—No... no... no lo sé

—¿Qué no sabes? —insistió.

—No... no sé si utilicé... no sé si... Tal vez, sí. Tal vez... podría estar embarazada.

Michael pareció tomarse unos segundos antes de contestar, pero Florence no podía saber qué ocurría. Su vista se había clavado en el suelo alfombrado y sentía como si fuera incapaz de levantar la cabeza.

—Hasta que no lo sepas, no tendremos esta conversación. Mientras tanto, te ruego que evites los encuentros conmigo. Haré trasladar tus cosas a la habitación de esta planta.

Se encaminó hacia la puerta y desapareció.

Florence se quedó quieta en medio de la sala. El deseo de desaparecer volvió a ser impresionantemente fuerte. Era incapaz de pensar en nada más, ni siquiera en cuándo fue que tuvo el último período para calcular cuánto tendría que esperar para saber si estaba embarazada.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando la señora Doubtfire entró en la sala y la encontró en la misma posición. La tomó de los hombros y la condujo hasta su nueva habitación. Toda su ropa ya estaba allí y al mirar por la ventana

se percató que se había hecho otra vez de noche.

Entró una de las doncellas y la desvistió con cuidado. Habían dejado una bandeja con comida sobre una de las mesitas, pero le era imposible comer nada. Aquella garra horrible seguía comprimiéndole todo su interior.

Se acostó y cerró los ojos. En un primer momento creyó que le sería imposible dormir con aquella opresión, sin embargo, de pronto, un sopor increíble la hizo sucumbir.

A partir de ese momento su cotidianidad se transformó en una única cosa: rezar por que le apareciera la menstruación.

Se levantaba todas las mañanas y, sin apenas salir de su habitación, se quedaba sentada en el silloncito que daba al jardín posterior dejando pasar las horas. Alguna vez había intentado acceder a otras dependencias, siempre velando porque Michael no estuviera presente en la casa; pero se había encontrado unos espacios a los que les había estado vedado volver a ver la luz del sol y sentía tal frío interior que debía volver a refugiarse en su pequeña estancia. Seguramente había sido él quien había dado las instrucciones de mantener la casa a oscuras y Florence se preguntó si era un síntoma de la vergüenza que él debía sentir también.

El servicio le traía bandejas de comida cada poco tiempo, pero apenas las probaba, aunque se esforzaba más cuando la señora Doubtfire aparecía y la obligaba a comer con la amenaza de que no la dejaría ver a los niños.

Ese era el único momento de paz, aunque las primeras veces también estuvo presidido por el miedo a encontrar en sus hijos algún rastro de la mirada que Michael le había dirigido.

Los niños se mostraban muy considerados con ella confiados de que se trataba de una enfermedad larga pero leve, tal y como les había dicho la señora Doubtfire. Kathy, desde su maravillosa inocencia de tres años, le traía cada día una muñeca que, vestida como una enfermera, podría curarla. George mostraba mayor preocupación, aparentando mucha más edad que sus ocho años recién cumplidos.

Pero estaban con ella unos pocos minutos. El tiempo justo entre haber vuelto del parque, al que iban cada día al finalizar la escuela, y la cena que tomaban en la cocina atendidos por el servicio. Solo los fines de semana estaban algo más con ella, pero la habitación en la que se encontraba era más reducida y no

apropiada para ellos. Intentaba entretenerlos con lectura o algún que otro juego de mesa, pero en seguida se cansaba o se incrementaba el dolor que se había instalado en la boca de su estómago de manera permanente. Así que la señora Doubtfire, siempre atenta, finalizaba la visita y los llevaba al jardín o a sus habitaciones.

Así transcurrieron dieciocho largos días. Dieciocho mañanas y dieciocho noches. Todas protagonizadas por una angustia creciente, brutal y despiadada. ¿Qué ocurriría si estaba embarazada? Debería irse de casa. No podría ver apenas a sus hijos. Nunca obtendría el perdón de Michael.

Por fin, en la mañana del día diecinueve, Florence sintió un dolor agudo en su vientre e, inmediatamente después, la menstruación hizo su aparición. Por lo regular, no era así como aparecía. Apenas sí notaba ese momento. Pero había estado tan pendiente, tan obsesionada por no estar embarazada, que creía poder percatarse de cualquier pequeño cambio que hubiera en su interior.

Sin pararse a pensarlo, se lavó con precipitación y se vistió sin esperar a la doncella para salir luego casi a la carrera de la habitación. Sabía que Michael todavía estaría desayunando antes de irse a la naviera, así que no podía esperar ni un solo segundo más para decírselo.

La carrera por el vestíbulo se detuvo de golpe al verse escrutada por la mirada austera de Brick, tan correcto siempre en las formas como correspondía a un buen mayordomo inglés. Michael también era un verdadero obseso de la compostura. Odiaba los excesos, sobre todo en público. Y entonces se obligó a sí misma a serenarse. De nuevo, aplicando las técnicas que le habían enseñado de niña. Recordando que la dama perfecta siempre se mostraba impecable y sosegada. Se arrepintió de no haberse recogido el pelo en el perfecto moño que siempre había mostrado, lo que delataba el apresuramiento; pero, si volvía a peinarse, tal vez Michael se fuera. Así que no quiso arriesgarse.

Avisó de su llegada con unos golpecitos en la puerta hechos con sus nudillos y, después de unos segundos, abrió la puerta.

Michael estaba en un extremo de la mesa. Tenía el diario en la mano. Vestía el traje gris que a ella tanto le gustaba y que realzaba su elegancia. La miró desde aquella posición y Florence se alegró de no estar más cerca. Así no

distinguía del todo el sentido exacto de su mirada.

—Michael —empezó a hablar y, en ese momento, se dio cuenta de que durante todo aquel tiempo tampoco había preparado lo que tendría que decirle ni cómo pedirle perdón. Sin embargo, se obligó a continuar—. Quiero infórmate de que no estoy embarazada.

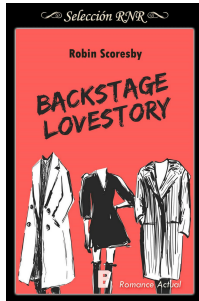
Él no pareció mover un solo músculo de la cara ni mostrar una sola emoción, aunque seguía estando lo suficientemente lejos como para que no pudiera percatarse. Florence oyó, en ese momento, un sonido a su lado y se dio cuenta de que uno de los lacayos estaba muy cerca y se veía muy incómodo ante lo que estaba presenciando, sobre todo teniendo en cuenta que ella había tenido que alzar la voz algo más de lo necesario si hubiera estado al lado de su marido.

—Bien —dijo entonces él—. Esta noche te espero, después de cenar, en la biblioteca. Ahora vete.

Florence solo asintió con la cabeza y desapareció de la habitación lo más rápido que pudo. Había cometido muchos errores. Si su institutriz hubiera estado allí, se habría escandalizado y desmayado. Aparecer con el cabello suelto, interrumpir una comida tan esencial como el desayuno, alzar la voz, hablar de la naturaleza de la mujer delante de los criados...

Aquella noche lo haría mejor. Se prepararía durante todo el día para ser la dama inglesa más exquisita que hubiera en la faz de la tierra. Recuperaría así algo del respeto de su marido o, al menos, se atrevería a pedírselo a largo plazo. Nada de ostentaciones sentimentales. Nada de grandes aspavientos. Formalidad, corrección, discreción, propósito de enmienda. Así iba a comportarse.

¿Y si cuando beso a otro actor en escena me estoy imaginado al director?



Backstage:

1. Espacio situado detrás del escenario
2. Aquello que está oculto a ojos del espectador
3. Lugar donde todo puede pasar

En el mundo del espectáculo, la realidad y la ficción a veces se mezclan. Dos personajes se quieren, se acarician, se besan, y los actores deben crear la ilusión de que ese romance es real. Para ello, a veces una se imagina a la persona de la que está enamorada; otras, sin querer, se enamora de verdad.

Lucía no está muy convencida cuando su novio, Juan, le propone casarse. Él es directivo en una empresa y no entiende que la vocación de Lucía sea el teatro, así que espera de ella que siente la cabeza y deje de soñar con cosas imposibles, como trabajar siendo actriz. Cuando parece que todo su futuro ya está encauzado en una dirección, a Lucía la llaman para un casting en un montaje grande y, para su sorpresa, la escogen para interpretar un papel.

Las cosas se complican porque el director de la obra, Guillermo, se convierte en su mejor referencia para imaginarse al héroe del que está enamorada su personaje. ¿Por qué le resulta más fácil interpretar escenas de amor imaginándose a Guillermo que pensando en su prometido? Al menos, está convencida de que no está enamorándose del director. ¿O sí?

Robin Scoresby empezó su carrera como escenógrafo compaginando los cursos de preescolar con el coloreado de los diseños de su madre, la artista Caroline Scoresby. Veintiún años después completó sus propios estudios en Londres y el Royal Welsh College of Music and Drama. Su reinvención de clásicos como *El sello del lago* (nominado para el Porchester Shooting Star Award 2009) o *Nunca digas su nombre* (Bleddyn Best Design 2015) le ha convertido en uno de los creadores más influyentes en los escenarios europeos. Su estrecho contacto con el mundo de las artes escénicas es una cantera de historias de amor o dramas existenciales. De momento se ha decidido a explorar el género romántico: *Backstage Lovestory* es su primera novela.

Actualmente vive en Brístol con su marido, Jorge, y sus dos hijos.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Robin Scoresby

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-967-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

BACKSTAGE LOVESTORY

PRIMER ACTO. ESCENA I. INÉS

PRIMER ACTO. ESCENA II. LUCÍA

PRIMER ACTO. ESCENA III. INÉS

PRIMER ACTO. ESCENA IV. LUCÍA

PRIMER ACTO. ESCENA V. INÉS

PRIMER ACTO. ESCENA VI. LUCÍA

PRIMER ACTO. ESCENA VII. INÉS

PRIMER ACTO. ESCENA VIII. LUCÍA

PRIMER ACTO. ESCENA IX. INÉS

PRIMER ACTO. ESCENA X. LUCÍA

ENTREACTO

SEGUNDO ACTO. ESCENA I. INÉS

SEGUNDO ACTO. ESCENA II. LUCÍA

SEGUNDO ACTO. ESCENA III. INÉS

SEGUNDO ACTO. ESCENA IV. LUCÍA

SEGUNDO ACTO. ESCENA V. INÉS

SEGUNDO ACTO. ESCENA VI. LUCÍA

SEGUNDO ACTO. ESCENA VII. INÉS

SEGUNDO ACTO. ESCENA VIII. LUCÍA

SEGUNDO ACTO. ESCENA IX. INÉS

TERCER ACTO. ESCENA I. GUILLERMO

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE ROBIN SCORESBY

CRÉDITOS